

CAPÍTULO IX

EL FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIIMPERIALISTA

1

LA CONTRARREVOLUCIÓN DE AGOSTO DE 1971

El 19 de agosto de 1971 estalló, en la periferia del país, el tan esperado y publicitado golpe de Estado de la derecha del ejército, teniendo como soporte civil a la desmembrada Falange Socialista Boliviana de Mario Gutiérrez (el sector timoneado por Riveros y otros se reclamaban de la izquierda) y al MNR, fisonomizado inconfundiblemente como la carta segura del imperialismo norteamericano en el llamado Pacto de Lima. Bien pronto, fracciones emeenerristas inspiradas por el ex-Presidente Hernán Siles Z. repudiaron la inconducta de Víctor Paz Estenssoro y formaron el MNR de Izquierda, que se mantuvo distante de la llamada "izquierda extremista" y del FRA, actitud explicable si se considera que se señaló como finalidad el convertirse en dirección o eje principal de un agrupamiento de las fuerzas nacionalistas y de parte del ejército que dio muestras de oponerse a Bánzer.

El Ministro del Interior Jorge Gallardo, hizo el anuncio oficial de la subversión y añadió que se había declarado estado de emergencia nacional ¹. "El Gobierno Revolucionario comunica que ha estallado el golpe fascista en Santa Cruz, encabezado por Mario Gutiérrez, jefe de la Falange Socialista Boliviana y grupos minoritarios de la derecha del MNR.

"Ante la subversión derechista, cuyo esquema golpista ha sido perfectamente detectado, se declara estado de emergencia nacional y se convoca a las organizaciones populares y revolucionarias movilizarse en torno al Gobierno Revolucionario para defender las conquistas del pueblo boliviano y destruir a la contrarrevolución fascista. El gobierno controla la situación en el país y se mantiene firme en los postulados del 7 de octubre junto al pueblo".

Por Decreto de 19 de agosto de 1971 se encomendó a los ministros del Interior y de Defensa el mantenimiento del orden y "la movilización total y activa del pueblo en torno al gobierno".

Casi nadie se percató que en los anteriores documentos oficiales estaba implícita una confesión: el gobierno había perdido el control de las Fuerzas Armadas y confiaba que la movilización y apoyo populares podrían ayudarle a recobrar sus posiciones. El ejército actuaba como partido político y como tal se unificó y se colocó contra el general Tórres, acusado de aliado de los comunistas, el desarrollo político anterior había creado un profundo abismo entre los objetivos políticos de las masas y del gobierno nacionalista pequeño-burgués. La tardía convocatoria al pueblo para que marchase contra los fascistas era producto de la desesperación más que de una línea política consecuente y cuidadosamente meditada. En esas condiciones políticas, la pérdida de la confianza del ejército en su "Capitán General" y el hecho de que el control efectivo de sus movimientos se concentraba en el Gran Cuartel de Miraflores y no en el Palacio Quemado, tenían que ser fatales para el Presidente Tórres.

El golpe castrense iniciado el 19 de agosto de 1971 (castrense, pese al apoyo prestado por dos viejos partidos políticos, porque las fuerzas decisivas y la dirección política eran militares, el frente político civil actuaba como relleno y simple apoyo), fue contrarrevolucionario, fascista (esto es lo que tercamente se pretende olvidar) y esencialmente preventivo. El plan golpista fue concebido para asestar un rudo golpe a las masas, antes de que éstas llegasen al punto culminante de su movilización, es decir, antes de que la Asamblea Popular desencadenase la insurrección.

El movimiento subversivo se inició en Santa Cruz y rápidamente se extendió desde las Divisiones de Riberalta, pasando por las de Camiri, Bermejo, hasta la de Tarifa. Esta tenaza de fuego -tenaza poderosa, ciertamente, porque en ella se encontraba comprometida gran parte del ejército- fue presionando y encerrando más y más a La Paz, no tanto a la población como a la jerarquía castrense. La dirección de las guarniciones de Cochabamba y Oruro, ocurrida a un ritmo veloz, tornó en insostenible la situación 1.- "El Nacional", periódico oficialista, La Paz, 20 de agosto de 1971.

del Presidente Tórres. El Desarrollo de los acontecimientos planteó como tarea ineludible la retoma de la última ciudad, que se encontraba fuertemente cercada por el Rangers de Challapata y a donde varios aviones trasladaron tropas y material bélico desde el Oriente. Oruro es punto estratégico fundamental para las operaciones militares y también políticas, suficiente señalar que puede decidir el control sobre minas importantes: Siglo XX, Huanuni, San José, Colquiri. Bien pronto se demostró que Tórres ya no tenía la suficiente autoridad ni poder para expulsar a los facciosos de Oruro, hecho que aseguró anticipadamente su derrota, esto porque la movilización popular no pudo desarrollarse en toda su plenitud.

La insurrección castrense se esmeró en diferenciarse tanto del gobierno Tórres, al que gratuitamente le atribuyó el carácter comunista, como del movimiento de masas. Se presentó ante el país buscando ganar el apoyo militante de las capas mayoritarias de la clase media y de los intimidados capitalistas, con un programa furiosamente anticomunista (en el enunciado y en la práctica se incluyó la eliminación física de los izquierdistas); de lucha franca contra la decisión de las organizaciones de masas y revolucionarias de implantar en el país un régimen socialista y un gobierno de los obreros y campesinos; de eliminación física de la Asamblea Popular, como órgano de poder de las masas y del proletariado y cauce de movilización que objetivizaba la consigna de conquista del poder; de oposición al peligro que significaba para la derecha y el imperialismo la participación obrera mayoritaria en Comibol y la creación de la universidad única bajo la dirección hegemónica del proletariado.

La campaña encaminada a preparar y justificar el golpe, centró sus fuerzas contra los objetivos del proletariado (en ese momento representado por la Asamblea Popular y en el espectro político por el Partido Obrero Revolucionario) y sólo tangencialmente se refirió al general Tórres. La verdadera lucha se libró entre la mayoría nacional y el gorilismo y en esa lucha Tórres jugó un papel de poca importancia.

El régimen de Bánzer, como expresión de una poderosa tendencia derechista dentro del ejército, fue fascista y no únicamente policiaco-militar Descargó la violencia estatal contra las organizaciones obreras y revolucionarias, buscando eliminarlas físicamente, y se apoyó en amplios sectores de la clase media atemorizada frente a la posibilidad de perder su propiedad y sus diminutos privilegios.

Tórres permaneció equilibrándose en la punta del alfiler durante nueve meses, gracias a la aguda tensión establecida entre los extremos en pugna, que acumulaban fuerzas sin atreverse aún a iniciar el ataque. Se poseen datos en sentido de que la Embajada Norteamericana veía con mucha desconfianza al régimen castrense nacionalista, porque prácticamente había dejado de gobernar y detrás de él asomaba amenazadoramente el movimiento radicalizado de las masas explotadas. De una u otra manera, los bandos en pugna se esforzaron por utilizar al gobierno nacionalista como a punta de lanza contra sus adversarios; también la clase obrera procedió así. De esta realidad nace la tendencia torrista hacia el bonapartismo. El régimen que apareció el 7 de octubre de 1970 se agotó en los esfuerzos que hizo por ganar o por lo menos neutralizar a los generales conspiradores, a cambio de las concesiones cada vez mayores que les hacía, al extremo de que los conjurados pudieron moverse con bastante libertad; después de cada golpe de Estado fallido, los gorilas, en la mayor parte de los casos, eran simplemente cambiados de destino (muchas veces no se les privó de ejercer mando sobre la tropa) y excepcionalmente enviados al destierro con cargos diplomáticos. El plan contrarrevolucionario consistió, como era lógico, en quitarle a Tórres todo apoyo militar y en vísperas del 19 de agosto muy difícilmente habría sido obedecido por el 20% de los mandos militares. Inspirándose en la experiencia de octubre de 1970 (Tórres se convirtió en Presidente gracias a la intervención de las masas), el gorilismo trabajó firme y pacientemente para lograr una correlación de fuerzas que le fuese clara e indiscutiblemente favorable, a fin de poder ahogar en sangre a los obreros. Descontaba que la multitudes saldrían en defensa de Tórres y se preparó afanosamente para sellar su victoria con el aplastamiento físico de las organizaciones sindicales y revolucionarias, considerando que en este hecho radicaba la garantía para la estructuración de un gobierno fuerte y duradero.

Desde el momento de iniciación de la revuelta fascista en Santa Cruz hasta la partida de Tórres al asilo diplomático, transcurrieron sólo tres escasos días y sin embargo, fue un lapso suficiente para poner en evidencia que existió una verdadera movilización de masas y éstas buscaban aplastar al fascismo y no otra cosa. Ciertamente que esta movilización fue muy desigual y con peculiaridades según los diferentes sectores de trabajadores. Más de cien muertos y cerca de un millar de heridos caídos en los combates constituyen elocuentes y trágicas pruebas.

2**POSICIÓN DE LA ASAMBLEA POPULAR**

A las once de la noche del día veinte de agosto de 1971, se reunió el Comando Político, organismo de la Asamblea Popular encargado de tomar en sus manos la dirección del movimiento de masas entre uno y otro período de sesiones de aquella, y determinó convocar a todos los explotados a ganar las calles para combatir activamente a la conspiración gorila. El Comando Militar fue ampliado con representantes de los partidos políticos pertenecientes a la Asamblea. En la misma reunión se acordó conminar al Presidente Tórres a entregar armas a la Asamblea, bajo la amenaza de denunciarlo públicamente si no procedía así.

Transcribimos la resolución aprobada por el Comando Político:

“Los últimos acontecimientos registrados en el país, ponen en evidencia, una vez más, que el gorilismo, la reacción fascista y los sirvientes del imperialismo, utilizarán el golpe de Estado, el terrorismo y todos los medios en su vano intento de aplastar al movimiento revolucionario y a la clase obrera.

“El Comando Político a nombre de la Asamblea Popular, reitera que su objetivo fundamental es la construcción del socialismo, que sólo podrá lograrse a través del total aplastamiento del gorilismo fascista y de la reacción, aplastamiento que supone la destrucción de su poderío económico, desgraciadamente intacto en muchos sectores. “El golpe fascista, que ha venido avanzando y proclamando a tambor batiente la catástrofe nacional que tanto desea, tiene un carácter preventivo con referencia a la inevitable participación obrera mayoritaria en Comibol, a la victoria segura del pueblo boliviano y de su clase proletaria, que será la victoria definitiva del socialismo. La defensa de nuestra causa, que es la causa de los hombres y de las mujeres que habitan este país, nos obliga a rechazar con toda energía y decisión la provocación fascista.

“En este momento crucial creemos de nuestro deber puntualizar que la reacción puede conspirar cómodamente, utilizar parte del aparato y recursos estatales, debido a las dudas, debilidad y peligrosas oscilaciones de derecha a izquierda del gobierno del general Tórres. El pueblo boliviano no puede estar de acuerdo ni complicarse con esta conducta y señala que toda concesión al gorilismo fascista, todo acuerdo con él, importan un rudo golpe al proceso revolucionario, una traición a los intereses nacionales y un marcado servicio al imperialismo.

“Por todo lo anterior, el Comando Político, dirección del frente único antiimperialista y revolucionario, llama a todos los bolivianos, a los hombres y mujeres, a los trabajadores e intelectuales de avanzada, a los soldados, clases y jóvenes oficiales revolucionarios a ponerse en pie de combate, a ganar las calles para aplastar total y definitivamente al gorilismo golpista, a la derecha cavernaria y a los sirvientes del imperialismo.

“El Comando Político llama a todos los bolivianos a defender su revolución, que es su propio porvenir, a salvar al país del descarado gorilismo y a arrancar de cuajo a la contrarrevolución.

“Bolivianos: el pueblo está en guerra a muerte contra el gorilismo fascista. Como en toda guerra, el objetivo central consiste en vencer y aplastar al enemigo.

“Los explotados confían únicamente en sus organizaciones y en su propia fuerza y es alrededor de aquellas que deberán movilizarse”.

El documento está fechado el 19 de agosto de 1971. Lo que debe subrayarse no es el vehemente llamado a la lucha contra la reacción, no cabía hacer otra cosa, sino el que, en el momento en que comenzaba a ser pública la conspiración, se persistiese en mantener a todo trance la independencia del proletariado y a movilizar a la nación oprimida alrededor de las reivindicaciones fundamentales que había proclamado la Asamblea Popular. El rechazo a la conjura no importó sumarse a la política oficial, tan acremente censurada, sino movilizarse con perspectivas de consumir la revolución acaudillada por el proletariado.

Las masas ganaron las calles. El viernes veintiuno por la tarde tuvo lugar, en La Paz, una multitudinaria y combativa manifestación antifascista y antiimperialista. Los trabajadores respondieron prestamente al llamado que hicieran el Comando Político y la COB. La imponente marcha duró aproximadamente cuatro

horas. Estaba programado que la concentración se efectuaría frente al local de la Asamblea Popular (ex-Palacio Legislativo); sin embargo, la conducta dual y llena de dobleces del conciliador Lechín determinó que el Palacio de Gobierno sirviese de testera al acto. Los oradores, desgraciadamente, estuvieron muy por debajo del espíritu que animaba a los manifestantes y ninguno de ellos expresó los objetivos de la clase obrera. Tórres y Lechín fueron abucheados con frecuencia y este último, hablando bajo el látigo de sus adversarios, buscó aparecer radicalizado con la consigna de expropiar a las empresas de los conspiradores fascistas. Tórres nuevamente dio muestras de los conspiradores fascistas. Tórres nuevamente dio muestras de su seguidismo servil ante las masas: los manifestantes gritaban "Jota Jotita dale duro" y el Presidente respondió como un chiquilín "les daré duro".

La manifestación, entre risas y rechiflas, volvió a demostrar que Lechín era ya una figura totalmente envejecida y superada, si tenemos en cuenta que ya no podía ofrecer ninguna respuesta política movilizadora y conforme a los intereses históricos del proletariado. El vespertino "Ultima Hora" (22 de agosto), que le era totalmente adicto en ese entonces, escribió: "Lechín habló entre rechiflas y voces de definición política. Este veterano dominador de multitudes con su oratoria revolucionaria, esta vez fue incapaz de imponer su dominio. Dijo, tal vez, conceptos diferentes a los que esperaba hacerlo, alcanzando a pedir la unidad de todas las fuerzas de izquierda y que se apoderen de las propiedades y empresas de quienes se hubieran alistado en la conspiración".

Lo transcrito es sugerente, si se tiene en cuenta, sobre todo, que dicho periódico representaba y representa el pensamiento y los intereses de la minería mediana. Los empresarios sabían que Lechín apareció como un achacoso Belzu sólo por demagogia, que su pensamiento y conducta eran y son diferentes y muy gratos a la minería y al capitalismo.

La marcha antifascista tuvo un rostro sonriente, explicable si se tiene en cuenta que todos, hombres de la calle y gobierno, estaban seguros que sus descomunales dimensiones habían ya aplastado a la conspiración fascista. Algunas horas más tarde se comprobó que la rebelión militar ya no retrocedería ante una simple manifestación, por muy grande que ésta fuese, pues el gorilismo había logrado arrastrar al grueso del ejército tras la consigna de aplastar futuras manifestaciones obreras y de impedir su realización por todos los medios.

El trabajador de base fue víctima de una ilusión: estaba seguro que se estaban repitiendo las jornadas de octubre de 1970, cuando la sola presencia física de los explotados definió el porvenir de la revolución. Este malentendido empujó a grandes sectores de las masas a la inactividad.

Desde el primer momento se comprobó que resultaba sumamente problemática la aplicación de la táctica -aprobada por la Asamblea- consistente en aplastar el golpe de Estado gorila decretando la huelga general. En las zonas periféricas, donde ya dominaban los fascistas, la huelga se tornaba problemática, en lo que se refiere tanto a su declaratoria como a sus consecuencias, esto porque no hubo tiempo de prepararla y por el poco número de los obreros. La huelga en La Paz, donde era factible, habría resultado contraproducente, un apoyo indirecto a la conspiración gorila.

El Comando Político, en su reunión del 20 por la noche, centró su atención alrededor del problema del armamento, que se tornaba apremiante en vista de la ya declarada conjura reaccionaria. Los delegados dijeron que había que recordar al gobierno que el presidente Tórres y sus ministros habían ofrecido, una y otra vez, entregar armas al pueblo; que la conspiración fascista, que avanzaba constantemente y cuya amenaza de victoria se tornaba cada vez más seria, exigían una categórica definición por parte de las autoridades. El Comando acordó enviar una última comisión (Lechín, Mercado, Lora, López, Reyes y Eid) al Palacio de Gobierno, para hacer saber al Presidente que si no cumplía su promesa de entregar armas, la Asamblea Popular lo denunciaría públicamente, además de que seguiría su propio camino, sin tomar más contactos con el oficialismo. La discusión con Tórres, realizada al filo de la media noche, fue sumamente áspera; aquel, para justificar su negativa al pedido, dijo que si él desarmaba a los soldados, para poder entregar fusiles a los obreros, los oficiales responderían rebelándose. En tono dramático añadió: "Créame que no tengo armas ni siquiera para defender mi palacio", La impotencia de Tórres, en medio de la conspiración ya desencadenada, adquirió contornos trágicos. No sabríamos decir si en algún momento el Presidente pensó seriamente entregar armas a los trabajadores (más parece que utilizó la promesa como chantaje contra sus oponentes de izquierda y de derecha), pero lo evidente es que se encontraba fuertemente presionado por los militares para no hacerlo. Circuló insistentemente el rumor en sentido de que la jerarquía castrense conminó a Tórres a no entregar armas bajo alternativa

de rebelión. El resultado de la entrevista molestó en extremo a los miembros de la Asamblea Popular, que, en la sede de la FSTMB (Avenida "16 de Julio"), se encontraban esperando reunidos la vuelta de sus delegados. Algunos de los ministros de Tórres habían llegado a la conclusión de que no entregar armas "al pueblo" era nada menos que actitud equívoca y hasta contrarrevolucionaria, conclusión que ellos se encargaban de difundirla en voz alta. Había una presión izquierdista sobre el Presidente y que nacía en el seno mismo del gabinete, presión que obligó a las autoridades respectivas a poner a disposición de la Asamblea, al amanecer del día 21, un pequeño lote de armas. ¿Era lo único que podían dar? La respuesta se torna difícil.

En la reunión con los comisionados de la Asamblea Popular, Tórres hizo conocer su plan de retoma de Oruro, operación que, según él, estaría consumada a las seis de la mañana del día 21. Pidió ayuda (que se le concedió de inmediato) para enviar emisarios clandestinos que tomaran contacto con los trabajadores, a la sazón concentrados en San José y cercados por efectivos militares. Los satinadores deberían procurar que los mineros no recibiesen con hostilidad a los uniformados, todas estas exigencias gubernamentales fueron satisfechas. Los encargados de las operaciones militares bautizaron a la maniobra con el nombre de "cien pies, aguilita voladora", que horas más tarde sería popularizada por Radio Illimani y otras emisoras. Los delegados izquierdistas de Oruro, entre ellos Emilio Pérez (que se presentaron al Comando Político exigiendo una solución para la sitiada ciudad de Oruro), quedaron satisfechos por los acuerdos adoptados en el Palacio de Gobierno. Al promediar las deliberaciones del Comando se hicieron presentes dos militantes poristas, enviados por los mineros de Siglo XX y Huanuni, que al no poder vencer a los rangers que controlaban todas las vías de acceso a Oruro permanecían acantonados en las proximidades de Vinto, a pocos kilómetros de la ciudad, aprovechando las ondulaciones del terreno. Estos trabajadores no tenían más que dinamitas y aunque lo sensato habría sido que se replegasen de inmediato a sus bases en espera de armas, pues existían lejanas posibilidades de conseguirlas, como era de conocimiento de la dirección político sindical en sus más altos niveles, permanecieron en sus precarias posiciones en espera de la llegada de las tropas leales. Los enviados de los mineros tenían la misión de informarse sobre el panorama político, la táctica adoptada por el Comando Político y recibir las instrucciones precisas sobre la conducta inmediata que debían seguir los efectivos movilizados desde las minas más grandes. Los comisionados retornaron a su base casi inmediatamente.

Más tarde se supo que los regimientos enviados por Tórres para rescatar el punto estratégico del altiplano prontamente se sumaron a los rebeldes y otros destacamentos sencillamente no abandonaron sus bases. Debido a que las masas se encontraban desarmadas, las verdaderas batallas se libraban no en las calles, sino entre los mandos militares que utilizaban a los regimientos de soldados como a fichas de ajedrez.

A pesar de que ya las tropas encargadas de recapturar Oruro habían defecionado, la radio estatal "Illimani", durante todo el día 21, siguió enviando mensajes cifrados a aquella ciudad en sentido de que la operación "Cien pies - Aguilita voladora" iba a consumarse al anochecer. Esta mentira criminal, dicha en clave muy comprensible para que los trabajadores creyesen en ella, desorientó a los combatientes de La Paz, les hizo dar pasos en falso y fue la causa de que parte de los mineros apostados en Vinto intentasen tomar Oruro.

"Presencia" de 23 de agosto proporcionó el siguiente informe: "un insensato enfrentamiento de trabajadores mineros con las fuerzas del ejército del día domingo 22, a horas 17, dejó por lo menos 8 muertos y 27 heridos en las proximidades de la fábrica Rockett, a seis kilómetros de esa ciudad, entre la aeropista Juan Mendoza y la Fundición de Estaño en Vinto". En el choque, que según la prensa tuvo poca duración participaron unos 1.500 mineros venidos de Siglo XX y Huanuni, en cerca de cuarenta camiones, contra el Rangers (Challapata) y "el Batallón Divisionario y del Centro de Instrucción de Operaciones en la Selva, que en horas de la mañana, a bordo de un transporte aéreo militar, llegaron fuertemente armados de Riberalta", Hubieron también choques incruentos en Machacamarca, a veinticinco kilómetros de Oruro, entre avanzadas mineras y efectivos del regimiento "Loa", que desde Uyuni se trasladaban hacia aquella ciudad.

El día sábado 21, aproximadamente a horas 10, se apersonaron al local de la COB, donde funcionaba el Comando Político y su Comando Militar (se habían declarado en sesión permanente), los ministros del Interior, Jorge Gallardo, y de Salud Pública, Javier Tórres Goitia, para hacer saber a la dirección del Comando que el regimiento Castrillo se había rebelado y que se tenía dispuesto que dentro de algunos minutos comenzaría un apabullador ataque armado contra el Gran Cuartel General de Miraflores para capturarlo. El plan aprobado por el gobierno y que se lo propuso al Comando (todo esto lo hicieron las

autoridades por su propia iniciativa y sin haber demandado la opinión de los organismos obreros y menos su consentimiento) estaba henchido de falsos supuestos y totalmente alejado de la realidad; consistía en que formasen un cerco de fuego alrededor del Gran Cuartel (ubicado entre dos grandes y profundas quebradas y que puede rápidamente controlar la estratégica colina de Laika Cota, que permite dominar enormes zonas de la ciudad y defender muy bien al Gran Cuartel de ataques terrestres) los regimientos "Colorados", comandado por el mayor Rubén Sánchez, y el acantonado en el cuartel San Jorge, ubicado frente al Gran Cuartel y llave maestra que puede inmovilizar las zonas de Obrajes y Calacoto, donde está ubicado el Colegio Militar; el pueblo, multitudinariamente organizado, debía presionar desde la avenida Saavedra (el local de la Facultad de Medicina estaba ya en poder de los facciosos) a fin de asaltar a la ciudadela militar en el momento oportuno, es decir, cuando hubiese sido reducida por las tropas leales a Tórres. En la Confederación de Fabriles (avenida Armentia) se repartieron alrededor de 200 fusiles mauser y garat, una parte de ellos en mal estado, y dos mil proyectiles. No todas estas armas fueron llevadas al lugar de los posibles combates, algunos de los que las recogieron se retiraron a sus casas. El enemigo no fue señalado con precisión, esto para el grueso de los trabajadores, y no se percibía con claridad, en ese momento, los objetivos inmediatos de lucha ni las posibilidades de la victoria. Esperar pacientemente, bajo el punzante sol de invierno, que el Cuartel fuese aplastado por parte del ejército para luego asaltarlo, es algo que no puede apasionar a las masas. También se puede esperar cómodamente en la casa que se produzca el desenlace. Esto pese a que el día sábado amaneció en medio de una gran tensión. La noche anterior, los dinamitazos de los mineros de Milluni hicieron estremecer a La Paz.

Lechín, con su voz casi infantil que tan bien exterioriza la ingenuidad de su pensamiento, leyó por radio una convocatoria a todo el pueblo para que, con sus armas, se concentrase en la plaza del Stadium Hernando Siles. Rápidamente se reunieron unas dos mil personas, entre las que los universitarios eran mayoría y el resto estaba constituido por elementos de la clase media y unos pocos obreros. Se trataba principalmente de militancia partidista, que había vaciado sus propios arsenales.

El Ministerio del Interior había prometido que sus efectivos ocuparían la estratégica colina de Laika-Cota, que separa el Barrio de Miraflores del centro de la ciudad. La verdad es que el regimiento Castrillo se adelantó y sus efectivos apostaron nidos de ametralladoras en ella, adquiriendo así mucha ventaja frente a las tropas leales y la multitud concentrada en la avenida Saavedra. La posesión de Laikacota se convirtió en una finalidad estratégica y alrededor de ella se libró la batalla más importante.

El comando Militar de la Asamblea se ubicó en las proximidades del stadium para poder dirigir las operaciones, pero no pudo hacerlo de manera eficiente porque carecía de datos precisos sobre la situación general, no contaba con canales propios y dependía exclusivamente de la cadena timoneada por radio Illimani, que difundía una serie de falsedades, seguramente por razones tácticas y propias del oficialismo, y de las informaciones que proporcionaban las autoridades del Ministerio del Interior a través de una unidad de radio patrulla que se ubicó junto al puesto móvil del Comando Militar. Llegó al stadium otro lote de viejos fusiles mauser, que virtualmente desaparecieron en medio de las sed de armas de la gente. De tarde en tarde se distribuían pequeñísimas cantidades de municiones. Muchas de las armas no disparaban por falta de detonadores. Bien pronto se pudo notar que los mejores combatientes, los que actuaban coordinadamente e inclusive tenían objetivos tácticos claramente establecidos, eran los militantes de partidos políticos.

La preocupación central de los obreros y estudiantes que estaban en las calles era la de armarse; se tenía la impresión de que en ese momento había que cumplir esta tarea previa para luego, algunos días u horas después, combatir contra los gorilas. Se requisaron los edificios y almacenes donde se suponía podían haber armas, todo fue en vano. La multitud concentrada en la avenida Saavedra (Miraflores) asaltó la Intendencia de Guerra y extrajo una gran cantidad de armamento que había sido utilizado en la guerra del Chaco y casi totalmente inservible, lo que sí se utilizó fue la munición. "Hoy" de 22 de agosto, en una crónica a cinco columnas y titulada "Asalto a la Intendencia fue el inicio", dice: "Las fuerzas de la COB avanzaron y en su primer intento lograron ocupar la Intendencia de Guerra de la Avenida Saavedra, de donde lograron obtener más de 1.200 viejos fusiles de sus almacenes. La Intendencia de Guerra contaba con solo una docena de soldados que no hicieron mayor resistencia a los efectivos civiles de la COB, que ingresaron a la vetusta edificación militar".

El Comando Político y la gente concentrada en Miraflores, habían llegado a la conclusión de que nada podrían hacer si no lograban dominar Laika-Cota y a este objetivo le dedicaron toda su atención. A nadie se le ocurrió asaltar inmediatamente el Cuartel General, pues la capacidad de fuego del Castrillo era muy

grande. La dirección del Comando esperaba que se cumpliera el plan gubernamental, para luego arreglar cuentas con la fortaleza del gorilismo. Los planes y esperanzas naufragaron estrepitosamente ante la evidencia de que a medida que pasaba el tiempo era menor el control del gobierno sobre los efectivos militares. La verdad es que el regimiento de San Jorge no se movió de su base y que, en lugar de atacar al Gran Cuartel, se plegó a los insurrectos. La defección del Grupo de Combate de El Alto fue el golpe de gracia que sus "compañeros" de armas dieron al general Tórres.

A las 18 o 19 horas, el Ministerio del Interior pidió a la dirección del Comando que los civiles armados se descolgasen hasta el Parque triangular, ubicado a 200 o 300 metros del Gran Cuartel, la sugerencia fue desestimada, porque habría importado llevar al matadero a la gente. Las autoridades, al saberse perdidas y abandonadas por el ejército, querían utilizar su última carta: presionar con las masas sobre el Gran Cuartel, buscando su rendición.

Desde la colina Laika-Cota se hostigó sin cesar a la gente concentrada en las proximidades del stadium y resultó mucho más grave la acción de los francotiradores ubicados en los edificios de la zona de Miraflores y también de otros barrios de la ciudad, todos ellos identificados como conspiradores de derecha (militantes de FSB, principalmente). Muchos muertos y heridos cayeron como resultado de ese fuego combinado. Miraflores es una región habitada por la clase media deseosa de ascender en la escala social y la derecha tuvo el acierto de convertir muchas edificaciones en trincheras invisibles, desde donde daba caza a los izquierdistas. En esta forma se atemorizó y desmoralizó a los combatientes.

Ya dijimos que obreros y estudiantes se fijaron como objetivo capturar Laika-Cota. Cuando la operación se realizaba exitosamente, se pidió a la gente bajar del cerro, porque, se dijo, sobrevolarían aviones para atacar a los facciosos. La verdad era otra y el haberla ocultado ocasionó serios contratiempos. Desde las 17:35 la fuerza aérea, que a las 15:30 había retirado su apoyo al gobierno y lanzado un ultimátum al mayor Sánchez para que depusiera las armas, pasó ametrallando la zona convulsionada, buscando aplastar a los colorados y a los civiles izquierdistas. Los universitarios y obreros atacaron una y otra vez las fortificaciones ocupadas por las avanzadas del regimiento Castrillo y a costa de mucha sangre y de muchas vidas lograron, finalmente, acallar a las ametralladoras de Laika-Cota. En esta acción fue posible capturar algún armamento moderno.

Sólo más tarde se supo que a las 13:30 horas, el general Reque Terán, Comandante en Jefe del Ejército, se trasladó al Palacio de Gobierno para notificar a Tórres que debía abandonar el poder, actuando como emisario de los rebeldes y como totalmente entregado a ellos. Reque fue detenido por las milicias populares y éstas se limitaron a pedirle armas, en el entendido de que permanecía fiel al Presidente. "Sin embargo, la entrevista entre ambos no dio resultado, al parecer se suscitó un altercado verbal"². El mismo Reque tuvo que cumplir la incómoda misión de parlamentar con los efectivos del regimiento Colorados, a fin de suspender el fuego y efectivizar el sometimiento a los facciosos. "Al haber sido rechazado su intento se embarcó en un jeep, circunstancias en las que se escuchó una ráfaga de ametralladora. El capitán Terrazas, cuando se aprestaba a cubrir con su cuerpo a su jefe, cayó acribillado por la espalda, juntamente con un suboficial, mientras Reque sufría una herida en el pie, de la que fue atendido en el Hospital Militar". Los jefes del golpe gorila no depositaron su total confianza en el general traidor, que en ningún momento dejó de ser tratado con desconfianza. Merodeando por las graderías del Palacio de Gobierno, concluyó comprometiéndose en un golpe militar contra el Presidente Bánzer, lo que motivó su destierro a la Argentina. Recién después de haber sido arrojado ignominiosamente del poder, se creyó obligado a revelar que el militarismo brasileño ayudó a los golpistas de agosto de 1971 con enorme cantidad de armamento, el mismo que habría sido trasladado en aviones hasta el lugar de los sucesos. Reque continuó intrigando y conspirando con militares y civiles de derecha y hasta acarició el proyecto de organizar su propio partido político.

Hombres y mujeres del pueblo, dispuestos a oponerse a la conspiración gorila, se apostaron en las zonas marginales (Alto San Pedro, Villa Victoria, Agua de la Vida y el Calvario) y lanzaban intermitentemente cargas de dinamita.

A mediodía estaban de retorno a La Paz los regimientos Andino y Motorizado de Viacha, después de haber defecionado en las inmediaciones de Oruro; estos efectivos reforzaron al gorilismo.

2.- "Última Hora", La Paz, 23 de agosto de 1971.

A las 16 y 30, jóvenes, estudiantes y mineros que se encontraban en La Paz, corrieron al Ministerio de Defensa en busca de armas, alguien tuvo la ocurrencia de propalar el rumor de que ahí se estaban distribuyendo fusiles y fueron recibidos a bala. El resultado: más heridos y muertos.

Los carros de asalto del regimiento Tarapacá (hasta la víspera Tórres sostenía que se trataba de uno de sus soportes armados), que sembraron terror y desolación en las calles paceñas, hicieron su aparición alrededor de las 20 horas en las zonas altas de la ciudad (Munaypata y Villa Victoria). La aviación y las tanquetas del Tarapacá sellaron la derrota de Tórres. El factor sorpresa jugó su papel; nadie esperaba enfrentarse con esos monstruos y, cuando bajaban hacia la ciudad, la radioemisora estatal difundía instrucciones no realizables para sabotear su marcha. La radio Illimani enmudeció cuando los tanques se aproximaban a la Plaza Murillo. A la misma hora se reunieron por última vez los dirigentes del Comando Político que quedaban en Miraflores (Lechín, Alandia, Lora) y acordaron trasladarse al centro de la ciudad, para luego volver a reunirse en el local de la Federación de Mineros, encuentro que no se realizó, las descargas de dinamita y de ametralladoras tornaron intransitable la avenida "16 de Julio". Esos elementos ignoraban la verdadera situación reinante. Seguían llegando rumores en sentido de que el Gran Cuartel estaba a punto de rendirse.

Tres tanques se posesionaron de la Plaza Murillo y otros cuatro se dirigieron hacia la universidad y Laika-Cota; la marcha de estos gigantes de fuego causó la mayor cantidad de los muertos. Descargas de dinamita y ametralladoras se prolongaron hasta la madrugada. Al día siguiente, veintidós, la aviación continuó su tarea de limpieza, teniendo siempre como a su primer objetivo al cerro de Laika-Cota.

Mientras tanto, casi toda la plana mayor de los partidos izquierdistas logró sumergirse en la vida clandestina o ganar las embajadas, para evitar así ser eliminada físicamente por el gorilismo. Los golpistas no pudieron cumplir uno de sus objetivos principales: acabar con los cuadros más esclarecidos de la izquierda.

3 LAS MINAS

Lo ocurrido en los centros mineros mostró características diferenciales y no se limitó a ser una simple réplica de los acontecimientos de las ciudades, es por esto que le dedicamos un comentario especial.

La movilización de los trabajadores mineros en la región de Oruro para aplastar al gorilismo fue gigantesca. Consignamos algunos detalles.

En siglo XX, se supo del levantamiento fascista en Santa Cruz el día 19 de agosto e inmediatamente la dirección sindical decretó estado de emergencia y convocó a las milicias armadas para resguardar los campamentos y el local del sindicato.

Al día siguiente (20), a horas 10, los dirigentes determinaron que los obreros abandonasen el trabajo para trasladarse a la ciudad de Oruro, a fin de asistir a la manifestación antifascista propiciada por la Federación de Mineros. En efecto, aproximadamente a las trece horas, partieron los efectivos obreros en treinta camiones. A la altura de Playa Verde (un poco más allá de Huanuni) se pudo comprobar que dirigentes y trabajadores retornaban de Oruro, los mismos que informaron que los rebeldes, más concretamente el regimiento Rangers, habían ocupado la ciudad. Frente a esta nueva situación, una mitad de los camiones retornó a Huanuni y la otra siguió rumbo a Oruro, sin dar mayor importancia a los datos de la ocupación. A la altura del puente sobre el río Tagarete, a dos kilómetros de la ciudad, una avanzada de San José ratificó las anteriores informaciones. En ese momento se destacó una comisión, formada por dos militantes poristas y el radialista Mancilla, para constatar en el terreno, es decir, en la misma ciudad, la situación reinante; a su retorno informó en una asamblea que la ocupación militar de Oruro era total, lo que determinó el repliegue táctico hasta las instalaciones de la Empresa Nacional de Fundiciones de Vinto. Simultáneamente, fueron enviados delegados a La Paz (obreros de Siglo XX y Catavi), con el objeto de tomar contacto con la Federación de Mineros y de recibir instrucciones, a ese equipo se integraron tres radialistas. Posteriormente, a horas 20, se determinó, después de un breve cambio de ideas, la retirada hasta Huanuni, donde se verificó una reunión de dirigentes y delegados de Siglo XX, Catavi y Huanuni, en la misma que se organizó un comando único que determinaría la conducta de los trabajadores, a dicho comando se sumaron representantes de Santa Fe, Japo, Machacamarca y

de las minas pequeñas próximas a Oruro. Los mineros paralizaron toda actividad y se movilizaron hacia Oruro, con la finalidad básica de controlarlo. De una manera particular, conforme a las circunstancias imperantes, se cumplieron las determinaciones de la Asamblea Popular.

El día sábado 21, a horas 9, se realizó otra asamblea para escuchar la información de los comisionados que ya habían retornado de La Paz. Se determinó esperar últimas instrucciones de la Federación de Mineros. A esta altura se informó que se realizaría una asamblea general en Siglo XX, la misma que acordó marchar sobre la ciudad de Oruro para retomarla. Se eligió un comando político-militar, a cuya cabeza se encontraba un trotskysta, que debía ser la única autoridad capaz de decretar el avance o repliegue de los obreros, sin embargo, cuando aparecieron los camiones procedentes de Siglo XX toda la masa los siguió. En el trayecto se conjuncionaron los comandos formados en Siglo XX y Huanuni, incluyendo al representante de los locatarios del distrito de Catavi. Se marchaba deliberadamente a un choque armado con las fuerzas del ejército, es decir, a cumplir una acción militar y, sin embargo, los mineros consideraban que tenía preeminencia la dirección política; a su comando, encargo de dirigir las operaciones militares, le llamaron político-militar, colocando a su cabeza a uno de los elementos más politizados.

A la altura del camino que va a Machacamarca, llegó el informe en sentido de que entre esta localidad y Antequera se encontraba un convoy ferroviario que llevaba refuerzos y armamento a Oruro, inmediatamente una parte de los trabajadores se encaminó a capturarlo y la otra continuó su marcha hacia Oruro. En las proximidades de la estación de Machacamarca se libró una batalla desigual. Ciento cincuenta soldados armados hasta los dientes resguardaban el convoy y los obreros sólo contaban con cinco fusiles y veinticinco proyectiles. La Operación sorpresa fracasó y el choque arrojó cuatro muertos (fue identificado rápidamente el joven porista Ramón Troncoso) y varios heridos.

Los obreros que intentaron ingresar a Oruro se vieron obligados a librar escaramuzas con las bien pertrechadas tropas del ejército y que fueron del todo adversas a los primeros; sin embargo, algunos satinadores lograron filtrarse hasta el mismo corazón de la ciudad, los mismos que retornaron al siguiente día sin novedad a su base. Se buscaba coordinar las acciones con los obreros de San José.

La imponente movilización en la zona minera no se tradujo en enfrentamientos de gran volumen con las fuerzas del ejército, que eso es lo que buscaban afanosamente los gorilas, para ahogar en sangre al sindicalismo revolucionario y eliminarlo del escenario. Contrariamente, se operó un repliegue de los trabajadores, cuando éstos comprobaron la imposibilidad de armarse a costa del mismo ejército y de hacerlo retroceder de las posiciones que había ocupado. En La Paz se registraron choques una larga batalla entre estudiantes, algunos pocos obreros y los efectivos militares. Se puede decir que la universidad se empleó a fondo en estas operaciones. En la región minera de Oruro no hubieron encuentros de tales dimensiones y los trabajadores efectuaron una gran maniobra de retroceso táctico. Los que han escrito sobre los acontecimientos de agosto olvidan esta realidad y gusta referirse al total y sangriento aplastamiento del movimiento revolucionario durante las jornadas de agosto de 1971, que, no podía menos que ser el punto de partida de un larguísimo período contrarrevolucionario, dominado por un gobierno totalitario y despótico. Ese también era el esquema de los generales gorilas: acabar con la izquierda, del modo más sangriento posible, para, sobre sus escombros, levantar un poderoso Estado nacionalista. El repliegue táctico de los mineros, el sector fundamental del proletariado y del movimiento revolucionario, impidió el cumplimiento, por lo menos momentáneamente, del programa fascista.

Podría argumentarse que no hay derrota más trágica que perder una batalla sin combatir, limitándose a ceder pacíficamente el terreno al enemigo. Estas conclusiones no pueden aplicarse al caso de los mineros, pues éstos realizaron una maniobra buscando postergar la batalla definitiva, dado su estado de extrema inferioridad material con referencia al ejército. No entregaron el terreno de sus luchas cotidianas, ni se desbandaron; contrariamente, se concentraron en los lugares de trabajo para continuar la resistencia al gorilismo (claro que de activa tuvo que pasar a pasiva), para defender sus organizaciones y prepararse para una nueva arremetida. Un proletariado minero intacto en gran medida se convirtió, desde el primer momento, en punto vulnerable del régimen fascista. No dejaron de luchar, siguieron combatiendo utilizando métodos particulares.

La historia social boliviana está llena de masacres de obreros, ocasionadas generalmente porque éstos resistieron desarmados a las tropas del ejército o arremetieron contra ellas. En agosto de 1971 deciden no librar batalla en pésimas condiciones y se repliegan ordenadamente. El discernir con claridad en qué

condiciones se van a librar los combates es uno de los elementos de la táctica revolucionaria. Por mucha madurez política que tengan las masas una decisión como la comentada no puede ser resultado exclusivo de la espontaneidad, está denunciando la presencia de la dirección política. En efecto, la retira táctica y temporal fue decidida por la dirección porista, ella presionó sobre su militancia y los cuadros obreros medios en ese sentido. En "MASAS" se sostiene que los trotskistas tomaban para sí la responsabilidad de esa maniobra de grandes dimensiones. Los acontecimientos posteriores han probado que lo hecho por los mineros sirvió para preservar el porvenir de la revolución y dejar sentadas las premisas para un nuevo y rápido ascenso de las masas.

Después de estos acontecimientos, en el distrito de Siglo XX imperó un tremendo revisionismo. El día domingo 22, por la mañana, se realizó una asamblea conjunta de delegados y dirigentes de Siglo XX, Catavi y del Sindicato de arrendatarios "20 de Octubre", con la finalidad de analizar el momento político y el radiograma enviado por la oficina central de Comibol, instruyendo la inmediata reanudación de labores en vista de haberse posesionado el nuevo gobierno. Los asambleístas aprobaron los siguientes puntos:

1. Inamovilidad de todos los trabajadores. Fundados temores de que el gorilismo iba a proceder al despido de los mejores sindicalistas, catalogados como agitadores, sobretodo, después de que no lograron eliminarlos físicamente.
2. Respeto irrestricto al fuero sindical y amplias garantías para los dirigentes sindicales y políticos. Como se ve, se pasó a la defensa de las garantías democráticas más elementales, a la lucha por la preservación de las organizaciones sindicales, que eso supone la defensa de sus cuadros dirigentes. Se agrupaba y organizaba a los obreros alrededor de objetivos concretos.

Los dirigentes sindicales de Siglo XX cursaron un cable a la Presidencia de la República, transcribiendo lo acordado por la asamblea.

Los trabajadores tenían plena conciencia de que habían tenido que retroceder, apretando los dientes, lo que no era para ellos una derrota sangrienta los esperaban una ocasión propicia y armarse debidamente para volver a arremeter a la bestia fascista.

En las cuestiones más pequeñas se patentizaba la repulsa de los trabajadores al nuevo estado de cosas. El 25 de agosto de 1971 se realizó en Llallagua un cabildo abierto para designar al Alcalde Municipal, acto en el que participaron los poristas. Violentando los deseos del oficialismo, se ratificó, por amplia mayoría, al anterior Alcalde. El gobierno Bánzer mostró inconfundible fisonomía totalitaria desde el momento mismo de su nacimiento, actuando al margen del ordenamiento jurídico, subordinando las leyes a su capricho, por todo esto tiene que extrañar que las capas populares que rodean Siglo XX hubiesen convocado nada menos que a un cabildo para designar a la autoridad municipal.

4

ACTITUD DE TORRES

A las 20:45, el general Tórres abandonó el Palacio de Gobierno, en ese momento rodeado de sombras trágicas y del rugir de las tanquetas que se aproximaban amenazadoramente. El fascismo, que disparaba sin tregua y aparentemente casi sin plan, buscando sembrar el terror, avanzó en medio de un silencio tétrico y tenso. Tórres no se cansaba, inclusive hasta las 19 horas, de convocar al pueblo para que siguiese combatiendo con firmeza en defensa del gobierno por él personificado. El general que en momento alguno logró controlar a las fuerzas sociales, concluyó perdiendo el control sobre sí mismo. El presidente nacionalista abandonó físicamente el Palacio, vale decir, el poder, ante el empuje del ejército que se tornó irresistible, eso porque no contaba con un efectivo apoyo militar ni civil. Ante esta evidencia está demás toda discusión acerca de la gran popularidad de un gobernante que no supo ni pudo defender su propio palacio. La prensa del día 24 confirmó que el ex Presidente (la impetuosidad de los acontecimientos lo convirtió mecánica y definitivamente en un ex), que no se tomó la molestia de renunciar, estaba asilado en la Embajada del Perú y, según informaciones que se apresuró en proporcionar el Ministerio de Relaciones Exteriores, también varios de sus parciales, entre ellos el mayor Sánchez, que dio muestras de fidelidad al Jefe de Estado más que de firmeza política.

Asilarse en una embajada supone la decisión de abandonar el país, entonces, ¿por qué no renunció

Tórres? Creía posible jugar la carta del gobierno en el exilio, como demuestra el que por bastante tiempo mantuviese alrededor suyo a su equipo ministerial, etc. Tórres se equivocó al creer que un futuro gobierno popular y democratizante tenía que pasar necesariamente por su persona y, sin cortar sus vinculaciones con los conspiradores de uniforme, se esforzó por convertirse en dirección de las fuerzas populares y de izquierda. Es claro que los generales y coroneles golpistas, que vivieron todas las vicisitudes dentro del país y jugaron apoyados en su mando sobre las tropas, sólo podían considerar al depuesto Tórres como posible sostén, pero nunca como la cabeza directriz. Tórres, como conspirador, cometió gravísimos errores, lo que despertó creciente desconfianza hacia su persona por grandes sectores militares no tuvo el menor reparo en aparecer como identificado con las tendencias extremas de izquierda e inclusive como manejado por éstas. Bien pronto fueron conocidas por todos sus vinculaciones con el castrismo, con los partidos comunistas y no vaciló en estampar su firma en el documento constitutivo del Frente Revolucionario Antiimperialista y sólo muy tardíamente se apartó de esta última organización, cuando alguien le dijo que ponía en peligro su porvenir político al identificarse como elemento comprometido con la extrema izquierda. No se puede impunemente peregrinar por todas las tiendas políticas. Finalmente, un cable de Buenos Aires³ hizo saber que, como si se tratar de un ensayo cualquiera, propició la formación de un organismo nucleador de los sectores de la izquierda nacional: el documento de convocatoria a tan curioso contubernio era una mezcla de consignas nacionalistas y socialistas, todo a medida del general Tórres y de sus seguidores, o mejor, de los que se aprovecharon de su gastada de imagen.

El general Tórres, desde una de las Villas Miseria de la gran urbe, propuso nada menos que un "gobierno democrático, popular y revolucionario", que tendría la misión central de continuar su obra gubernamental, brutalmente "interrumpida por el golpe oligárquico extranjerizante del 21 de agosto de 1971", a eso le llamó "restituir el cauce del proceso de liberación nacional".

Esta postura constituyó un franco retroceso con referencia a los planteamientos programáticos del FRA, que partían del rol hegemónico del proletariado. Un gobierno democrático, popular y revolucionario puede ser cualquier cosa menos una fórmula que corresponda a la evolución política del país.

El planteamiento de Tórres seguía dentro del nacionalismo de contenido burgués, partía de que la liberación nacional se lograría por "el camino de la revolución democrática y nacional". Pero ocurre que en 1971 las masas ganaron las calles para imponer el socialismo.

La tesis torrística fue lanzada en el mismo nivel que los decretos gubernamentales que había redactado el coronel Méndez Pereira, para justificar el golpe de Estado que esperaba consumir.

Detrás de Tórres y de Méndez Pereira estaban los grupos políticos nacionalistas y stalinistas, desesperados de encontrar personajes capaces de reeditar la experiencia peruana. La desgracia para los conspiradores radicaba en que Bolivia había superado hace tiempo esas posibilidades.

5 ROL DE LA UNIVERSIDAD

Mientras tanto, en las ciudades el gorilismo vencía los últimos focos de resistencia y efectuaba una severísima operación de limpieza en el seno de las organizaciones de la clase media.

En La Paz, durante las primeras horas del día domingo 22 de agosto, fue ocupada militarmente la universidad, considerada por todos como la trinchera principal de la izquierda intransigente, y se dijo que en su interior quedaban una veintena de estudiantes armados. Al día siguiente, 23, se constituyó en el monoblock una comisión mediadora (Arzobispo paceño, diplomáticos, Cruz Roja, representantes de catedráticos y universitarios), para lograr la salida de los presuntos refugiados. Se hicieron esfuerzos extremos para salvar a la universidad como entidad autónoma, cosa que interesaba al movimiento revolucionario en general.

Al promediar el medio día del 23, aproximadamente 500 universitarios bloquearon la Avenida Villazón y acordaron reunirse en asamblea. Muchos se sentaron frente a los tanques, a fin de impedir el retorno de las tropas a la universidad. Los generales se movían envalentonados por su victoria y es claro que no cederían a las exigencias de los estudiantes; se conminó al tumulto a disolverse de inmediato. Se dijo

3.- "Tórres formuló en Buenos Aires plan de alianza de la izquierda", en "Presencia", 21 de mayo de 1973.

que a esta altura se escuchó un disparo proveniente de alguno de los pisos superiores del monoblock. Con una rapidez sorprendente, los aviones, los tanques y los soldados se emplearon a fondo en su tarea de disolver a bala a los assembleístas, habiendo muerto -según informes de la prensa- siete personas y quedando heridas más de veintisiete. Los estudiantes sostuvieron que fueron fusilados cuatro de sus compañeros y apresados otros. Con todo, se logró hacer circular el siguiente pronunciamiento:

"La asamblea docente-estudiantil de la Universidad Mayor de San Andrés, reunida el 23 de agosto de 1971, resuelve:

"1. Declarar que la autonomía universitaria constituye un principio básico de la vida institucional boliviana, sobre el que no se puede transigir.

"2. La autonomía universitaria lograda a través de un acto democrático director en el referéndum de 1932 y plasmada en la Constitución Política del Estado es violada cuando el cambio de autoridades políticas del país determina el desconocimiento de las autoridades universitarias y cuando fuerzas armadas irrumpen en los predios y edificios universitarios.

"3. La UMSA será intransigente en la defensa de la autonomía universitaria.

"4. La asamblea docente-estudiantil dispone que en tanto las autoridades surgidas de las elecciones de 1970 puedan ejercer sus funciones, o se constituyan las nuevas autoridades en el acto plebiscitario que se realizará próximamente, designa una directiva universitaria integrada por los decanos y delegados estudiantiles de las facultades más antiguas: Derecho, Medicina y Farmacia, que se encargarán de la conducción y administración de la universidad.

"5. Solicitar al Gobierno de la República el inmediato retiro de toda la tropa y policía de los edificios y predios universitarios.

"6. Demandar garantías y libertad para los docentes y estudiantes perseguidos y detenidos.

"7. Ratificar su adhesión plena a los postulados de la revolución de 1970.

"8. Declarar duelo universitario por los docentes y universitarios muertos en los últimos acontecimientos".

Después de la brutal represión las fuerzas armadas apresaron a varios cientos de universitarios, que fueron conducidos con los brazos en alto hasta la prisión.

Como han demostrado los acontecimientos que se sucedieron inmediatamente después, el gorilismo tenía como finalidad central destruir la autonomía y a una universidad que siempre podía alinearse junto a las fuerzas revolucionarias y no únicamente asesinar y apresar a algunas decenas de agitadores estudiantiles. El pronunciamiento docente-estudiantil transcrito adquiere el carácter de un enunciado de buenas intenciones solamente, porque su ejecución precisaba la posesión de fuerza material capaz de hacer retroceder a las tropas del ejército.

Acaso sin darse cuenta cabal, profesores y estudiantes sentaron las bases de la lucha que se libraría en el futuro en el plano universitario: la defensa de la autonomía y el retorno a los principios sentados por la revolución universitaria de 1970, consumada bajo la poderosa presión de una clase obrera profundamente movilizada.

La "revolución" universitaria fue un movimiento estudiantil excepcional, aunque no inexplicable, si se toma en cuenta el contexto de la evolución política del país.

En el mes de marzo de 1970 se inició en la universidad páceña (la mayor concentración estudiantil del país, moviéndose en el centro político más activo) y rápidamente adquirió dimensiones nacionales. Una disputa a nivel docente, en la Facultad de Derecho de la UMSA, desencadenó un conflicto insospechado por sus dimensiones, que modificó internamente a la universidad y la movilizó dentro del proceso revolucionario general. "En realidad -dijo uno de los protagonistas-, un conflicto entre dos sectores de la misma camarilla, fue el pretexto que abrió las esclusas que contenían al torrente del descontento estudiantil. Vanos fueron los intentos de la vieja dirección universitaria por neutralizar al movimiento

de los estudiantes. Rápidamente las demás facultades fueron plegándose al movimiento iniciado en la Facultad de Derecho. En cada facultad la lucha adquirió ribetes particulares. Los estudiantes comenzaban abordando problemas propios de su facultad, para relacionarlos inmediatamente con el problema general de la universidad y, finalmente, llegar a la misma conclusión consignada en las "Bases Ideológicas" (documento programático de la revolución universitaria). Una a una las direcciones estudiantiles y docentes de las diferentes facultades fueron desconocidas y sustituidas por otras nuevas elegidas directamente por aclamación en las asambleas estudiantiles. Se eligieron delegados al Comité Central Revolucionario, que se constituyó en la máxima autoridad estudiantil. Este, a su vez, desconoció a la alta dirección universitaria y decretó la expulsión física del Rector Carlos Terrazas, del Secretario General y del Tesorero (troika que controlaba despóticamente todos los aspectos de la vida universitaria), procediendo a precintar sus oficinas y todas, las dependencias administrativas. Se convocó a la designación de un nuevo Consejo Supremo Revolucionario, formado por los decanos y delegados estudiantiles elegidos por las asambleas facultativas, quienes debían elegir a las tres máximas autoridades universitarias, con las que harían paridad en todas sus funciones los tres ejecutivos (estudiantes) del Consejo Central Revolucionario. Se instituyó el veto político estudiantil, por el cual el Comité Central Revolucionario tenía la facultad de vetar a todo docente que se le comprobase responsabilidad o colaboración en actos antiobreros y antiautonomistas" ⁴.

Un militante porista se convirtió en el eje humano del comienzo de la revolución en Derecho y expresó los objetivos del movimiento a la prensa, reportaje del que extractamos algunos conceptos: "Sosa, juntamente con otro universitario, Reinaldo Peters (del MNR), también de la Facultad de Derecho fue el detonante humano de la Revolución Universitaria. Al desconocer al decano Alipio Valencia Vega (la ironía estudiantil lo llamaba Valencia Vega, por su insaciable sed de acumular cargos y sueldos) provocaron un pequeño y doméstico revolucionario, que en el acto se convirtió en un terremoto cuyas grietas llegan hasta las oficinas del propio rector de la universidad... Para ellos... La "revolución se mueve a través de la aguda pugna entre sectores opuestos: unos que encarnan la tendencia renovadora, y otros que se confunden con la reacción encaramada en el rectorado y otros niveles de dirección" ⁵. Tradicionalmente la universidad en Bolivia, y particularmente la paceña, han estado dirigidas por la masonería, identificada como centro orientador de la reacción y agencia pro-imperialista. Los movimientos estudiantiles de izquierda se han proclamado invariablemente, por lo menos en sus inicio, antimasones.

Muchos consideraron a la revolución universitaria como estrictamente pedagógica y administrativa (renovar los métodos de enseñanza, adecuarlos a los adelantos de la ciencia y erradicar la inmoralidad de las casas superiores de estudio). Eso buscaban los demócratas, los nacionalistas y otros elementos pro-burgueses. Un periodista, Miguel Angel Flores, escribió en el vespertino paceño "Jornada" (3 de abril de 1970) lo que va leerse: "A raíz de un fallido golpe interno contra el decano de la Facultad de Derecho, se determinó la revolución reformista, llevada a cabo con indiscutible éxito por estudiantes de avanzada revolucionaria, poseídos de la firme decisión de reestructurar los sistemas académicos, administrativos y económicos de la Facultad de Leyes, en base al análisis profundo de reforma y al planteamiento de soluciones positivas que doten a Derechode mayor efectividad pedagógica y de organización interna. La intención del Comité Revolucionario es evitar la injusticia y la desproporción en la designación de cátedras, dirección de seminarios y otros institutos jurídico-penales (se dio el caso de que un profesor acumulaba varias cátedras, siendo la lógica consecuencia la ineficacia)". Se comenzó por exigir que el movimiento se limitase a ser excluyentemente universitario y esencialmente apolítico: "Pero es indiscutible que la revolución iniciada debe ser llevada con espíritu altruista, sin intereses personales, ni consignas políticas, ni de logia ..."

La revolución universitaria fue, sobre todo, una gran movilización multitudinaria bajo la presión de la clase obrera y, seguramente sin que muchos dirigentes estudiantiles esperasen o quisiesen, rebasó los límites del claustro universitario y desembocó en la gran avalancha boliviana en busca del socialismo. Inicialmente todos los planteamientos fueron limitadamente académicos y administrativos, impuestos en forma nada académica, utilizando la violencia sin atenuantes; pero, estas mismas reivindicaciones adquirieron rápidamente un radicalismo insospechado y se confundieron con planteamientos indiscutiblemente políticos. El poder y veto estudiantiles concluyeron subordinando a los catedráticos a la voluntad de sus

4.- "Homenaje de la juventud del POR a la revolución universitaria", en "Masas" N° 427 (suplemento) , s/f, probablemente abril de 1973.

5.- "Una incógnita: ¿Hacia dónde va la revolución universitaria?", por Mariio Rueda Peña, "Jornada", La Paz, 3 de abril de 1970. Los documentos básicos de la "revolución" universitaria fueron redactados por la dirección del POR.

alumnos, se hizo públicamente una selección política en el serio del cuerpo docente, la enseñanza fue concentrada alrededor de los problemas bolivianos y se utilizaron gran parte de los recursos materiales para efectivizar la unidad de la universidad con las masas.

Los dirigentes estudiantiles de la revolución tenían plena conciencia de que no se trataba únicamente de remozar las normas pedagógicas o las formas de organización de la universidad, sino de alinear a ésta junto al proletariado en la lucha por el socialismo. "Pero... se define ideológicamente y nos da un indicio sobre la identidad doctrinal de la corriente universitaria que desde muchas puntas engrosa el caudal revolucionario... "O triunfa el socialismo o vuelve a aplastarnos la pezuña fascista. Los universitarios de Derecho hemos comenzado la revolución en la UMSA para salvar al país de este riesgo. Ideológicamente, el movimiento de San Andrés no puede ser otra cosa que izquierdista. No se trata de una izquierda abstracta y hueca. La izquierda universitaria es parte del movimiento revolucionario proletario. La revolución universitaria, en último término, sintetiza la lucha entre clase dominante y proletariado. En este momento, los universitarios nos soldamos con la clase obrera y seguimos su política clasista".

Los universitarios adoptaron como suya la Tesis Política de la COB y se incorporaron al Comando Político y a la Asamblea Popular. Las "Bases Ideológicas", redactadas por la plana mayor porista, recapitulan la Tesis cobista, como ya lo hizo el documento lanzado por los estudiantes de la Facultad de Derecho. Aunque existía un virtual frente único entre estudiantes y catedráticos revolucionarios, la garantía de la efectivización del programa de renovación dependía de la acción de los primeros, que constituyeron los llamados Comités Revolucionarios, de ahí que fue necesario llevar a sus manifestaciones más extremas el co-gobierno paritario (un triunvirato estudiantil al lado del rector, del secretario general y del tesorero). La finalidad era colocar la universidad autónoma al servicio del movimiento revolucionario acaudillado por la clase obrera. Esta tendencia volvió a exteriorizarse en la Asamblea Popular cuando se planteó e impuso la estructuración de una universidad única bajo la dirección hegemónica del proletariado.

El gobierno Ovando, que se esforzaba por aparecer inclinado hacia los intereses populares, mantuvo un hipócrita silencio ante el desarrollo de la revolución estudiantil, mientras bajo cuerda armaba a las fuerzas fascistas extrañas a la revolución e inclusive a pandillas de hampones, a quienes, finalmente, lanzó contra la universidad. La ocupación armada del edificio central de la UMSA tuvo como consecuencia una mayor movilización del movimiento estudiantil, la consolidación de sus vínculos con el movimiento de masas y su radical politización. Las autoridades no tuvieron el menor reparo en sacrificar a sus instrumentos, para seguir manteniendo la ficción de las buenas relaciones con la universidad.

El golpe de Estado del 21 de agosto de 1971 destruyó todas las conquistas radicales logradas durante la revolución universitaria y a la misma universidad autónoma. Canceló el año universitario y dictó normas para el funcionamiento de una casa superior de estudios totalmente sometida al Poder Ejecutivo. La autonomía fue reemplazada por un régimen que permitía al Poder Ejecutivo tener en sus manos el control de toda la vida universitaria. El co-gobierno docente estudiantil fue también negado. La universidad, que está lejos de ser apolítica, ha concluido siendo sometida a los menguados objetivos del fascismo gorila.

Es cierto que los estudiantes ofrecieron una recia resistencia al gorilismo y se movilizaron, venciendo los innumerables obstáculos que les opuso el oficialismo, alrededor de las reivindicaciones centrales de la reconquista de la autonomía, que básicamente es autonomía frente al gobierno central, y del co-gobierno paritario docente-estudiantil, conquista máxima de todo el movimiento universitario, efectivizada en 1970-71. En esta medida esta nueva faceta de la "reforma" universitaria se fue integrando como uno de los componentes de importancia del proceso revolucionario.

Sin embargo, la materialización de la reconquista de la autonomía fue posible sólo gracias a la decidida actuación proletaria. La huelga de hambre iniciada por cuatro mujeres mineras en diciembre de 1977 empujó a toda la nación oprimida, dentro de ella a la universidad, hacia adelante y la radicalizó, obligó al gorilismo a retroceder y acceder a la demanda de vigencia de las garantías constitucionales y sindicales. De esta manera se allanó el camino para la derogatoria de la Ley Fundamental anti-autonomista.

Cuando las masas se desplazaron hacia el polo burgués (elecciones generales de 1978 y 1979), los universitarios ocuparon las primeras filas en esta marcha, demostrando así su incapacidad de desarrollar consecuentemente una política propia de clase. Durante el retorno del proletariado a su eje revolucionario, los estudiantes muy difícilmente fueron emancipándose del control secante de los sectores burgueses democratizantes. Habiendo desembocado masivamente en el seno del MIR, convertido en tienda

nacionalista y burguesa, no tuvieron más remedio que vivir la experiencia de las luchas internas y de las escisiones de esta corriente, para así aproximarse nuevamente a las posiciones del proletariado.

6 LOS TRIUNVIROS

En Santa Cruz fue dictado el Decreto que creó el triunvirato militar conformado por Jaime Florentino Mendieta, Hugo Bánzer Suárez y Andrés Selich Chop, destinado a sustituir al depuesto Presidente Tórres. Sin embargo, el triunvirato no pasó del papel. El 22 de agosto de 1971 juró, ante sí mismo, el cargo de Presidente de la República Hugo Bánzer y seguidamente besaron el signo de la cruz los ministros recolectados entre la militancia del MNR y de FSB que, juntamente con el gorilismo, habían formado el llamado Frente Popular Nacionalista, soporte político-civil del nuevo régimen, que indiscutiblemente se asentaba en las bayonetas.

Muy pocos han parado mientes en que sólo uno de los triunviros llegó a ocupar la silla presidencial, los otros dos fueron destinados a puestos secundarios. Se trata de un acontecimiento de importancia para que pueda ser pasado por alto tan fácilmente. Los ingenuos razonan en sentido de que un gobierno totalitario tiene que ser necesariamente homogéneo, sin fisuras y sin contradicciones internas. En el transcurso de la misma rebelión se hizo evidente que entre los triunviros no sólo habían intereses y ambiciones encontrados, por encima del principio castrense de que el soldado debe limitarse a cumplir las órdenes de sus superiores jerárquicos, sino también diferencias de matiz sobre la política fascista a seguirse, que entonces y después traducían y traducen al lenguaje de los uniformados las presiones sociales encontradas e inclusive las contradicciones internas de los organismos imperialistas y de los gobiernos "amigos", de los que son sus instrumentos.

Desde el primer día se hicieron perceptibles profundas fisuras en las cumbres gubernamentales. Bánzer debutó como la figura central, mostrando una firme voluntad de asentarse como caudillo, como árbitro en medio de la creciente pugna entre movimientistas y falangistas, pugna que necesariamente se reflejó en el seno de las fuerzas armadas. Los Estados Unidos, conocedores de las contradicciones internas del equipo gobernante, volcaron su confianza en favor de Bánzer, por considerar que era sumamente útil su flexibilidad de maniobra, que le permitió comenzar equilibrándose entre los diversos grupos militares en lucha por el control del poder y también, adaptarse a las exigencias de las masas, para finalmente perfilarse como el caudillo único. Selich apareció como el hombre brutal y fuerte entre sus iguales y Bánzer como si fuera su virtual prisionero. El Ministro del Interior Selich no ocultó su profundo resentimiento por haber sido desplazado de la primera magistratura. Exigió y logró carta blanca para barrer impunemente a toda la izquierda; dijo con firmeza que él sabría cómo hacerlo. Se llegó al extremo de que algunos allegados del mismísimo Presidente de la República tuvieron que soportar las consecuencias de la brutal represión puesta en marcha por el coronel Selich, que orgulloso se presentaba como el hombre malo del régimen, título que le caía bien para tipificarlo como el cazador de brujas número uno. Por su oficio de torturador de indefensos hombres de izquierda, le concedieron condecoraciones y honores los "gusanos" cubanos refugiados en los Estados Unidos.

Se sostiene, sin que el aserto pueda ser comprobado ahora, que el intríngulis de la rápida desaparición del triunvirato radica en que hubo, entre bambalinas, un pacto de caballeros entre Bánzer y Selich, mediante el cual el primero se habría comprometido a entregar al segundo el Palacio Quemado en agosto de 1973. Si realmente existió tal pacto no fue otra cosa que el preludio de una descomunal tragedia. El combatido y perseguido coronel Selich habría sido muerto por el delito de exigir a Bánzer cumpla su promesa de "caballero". El asesinato fue digno de bandoleros y no de caballeros.

Selich, después de arreglar cuentas con la oposición revolucionaria, dirigió sus fuegos contra el mismo Bánzer, pero fue vencido por los sectores castrenses y las ambiciones de los partidos políticos al servicio del fascismo, a los que se refirió el ex-rangers en el momento de su caída.

Se desempeñó como Ministro del Interior no más de cuatro meses (el 22 de agosto de 1971 juró el cargo y fue relevado el 28 de diciembre del mismo año), pero fue un lapso por demás bravo y suficiente para que ensangrentase todo el territorio nacional. Comenzó ultimando con su propia pistola a presuntos extremistas, instauró el sistema de las casas de seguridad, antros de tortura y de fusilamientos, ordenó el asesinato de políticos presos, el rastrillaje de ciudades enteras y de distritos agrarios, etc. Ya antes la CIA

había importado al país la técnica de asaltar a bala los lugares de refugio de los izquierdistas, para acabar con ellos y no tener la molestia de encarcelarlos. Fue tanta la bestialidad demostrada en sus acciones punitivas por el esmirriado, acicalado y neurótico gorila, gorila cien por cien, que la Cristiana Asociación de Damas Paceñas se creyó obligada a condecorarlo. Se sabía campeón de la lucha anticomunista y anticomunismo significaba para él la eliminación física de los catalogados como seguidores del marxismo, cualquier otra forma de lucha anti extremista la clasificaba como filo-comunismo. Este su extremismo totalitario y su brutalidad lo colocaron bien pronto a la derecha del equipo castrense gobernante.

Selich era la ambición hecha hombre y su furioso anticomunismo fue puesto al servicio de esa ambición de poder sin límites. Invocaba su obra de destrucción de los núcleos foquistas para reclamar "su derecho" de gobernar a los bolivianos. Cuando fue depuesto a fines de 1971, había convertido el Ministerio del Interior en una fortaleza armada y con el apoyo de algunas unidades del ejército se aprestaba a asaltar el Palacio de Gobierno. Ya entonces Bánzer desarrolló en toda su amplitud la técnica que utilizó para desembarazarse, uno por uno y sucesivamente, de sus adversarios y de la que no estaba ausente del todo la mentalidad de Víctor Paz: rodear sigilosa y cuidadosamente al adversario, mientras crece y ramifica su influencia, para luego asestarle el golpe fatal, sólo cuando por su volumen se torna realmente peligroso. Invariablemente, en cada operación represiva se apoyaba en alguno o algunos de sus adversarios aún débiles o simplemente potenciales y no pocas veces los destruyó enfrentando a unos contra otros. Los movimientistas, los clanes castrenses de Zenteno Anaya, Adet-Zamora, etc., algunos de ellos fueron eliminados a su turno por Bánzer, se lanzaron como perros enfurecidos contra el conspirador Selich, acrecentando así el poder de Bánzer. El héroe del golpe contrarrevolucionario iniciado en Santa Cruz el 19 de agosto de 1971, el que decidió su victoria con la presencia de las tropas a su marido (todo esto era considerado hasta ese momento como algo incontrovertible), fue denunciado como un mercenario, que exigió grandes sumas de dinero antes de pronunciarse en favor de los golpistas.

Selich nació el 8 de diciembre de 1927, en la ciudad de La Paz, de padres croatas. Educado en colegios religiosos particulares, egresó del Colegio Militar, con grado de subteniente, el año 1951. Se especializó en ingeniería militar. Por razones de sus ocasionales estudios rozó la universidad y aquí mantuvo relaciones con la juventud comunista, dato que parecen ignorar los columnistas de la prensa. En su calidad de Comandante del regimiento Rangers de Santa Cruz, tuvo activa participación en la lucha contra los focos armados de Ñancahuazú y llevaba como trofeo de guerra el reloj que había arrancado de la muñeca del Che Guevara. Muchos lo suponían un anticomunista orgánico, en realidad ostentaba la deliberada belicosidad del renegado.

El impulsivo Ministro del Interior sostenía que había acabado con los extremistas desembozados y se planteó la tarea inmediata de purgar del equipo gubernamental a los "comunistas" en cubiertos, particularmente a los movimientistas, contando en esta campaña con el respaldo de Falange Socialista Boliviana y de parte del ejército. Esta lucha "anticomunista" se convirtió en la cobertura para su activa labor conspirativa. El pretexto parecía viable porque se apoyaba en la real lucha, unas veces encubierta y otras franca, que se libraba dentro del frente gubernamental; pero, era inoportuna, esto porque la existencia del frente suponía la coexistencia de tendencias en pugna dentro de los partidos civiles y del mismo ejército, uno de los requisitos para la supervivencia del gobierno gorila y su consolidación por algún tiempo. A la larga, esta contradicción en el seno del Frente Popular Nacionalista se proyectó como factor escisionista y punto de partida de los movimientos golpistas en las filas de las fuerzas armadas.

Cuando se decretó su relevo del Ministerio del Interior, se resistió a entregar el edificio y sublevó a algunas unidades del interior del país. Esto está demostrando la medida en que su acción penetró en el ejército y la decisión de imponerse que le animaba. No puede haber la menor duda de que se trataba de uno de los enemigos más peligrosos que tenía Bánzer.

Como muchos otros conspiradores de charreteras (el gorilismo ha impuesto una especie de fuero militar, en cuya virtud los elementos uniformados gozan de privilegios incluso cuando caen en desgracia como políticos golpistas), Selich fue enviado al exilio dorado con el título de embajador en Asunción (enero de 1972). Con un pie en la escalera del avión que le iba a conducir al destierro, prometió retornar para acabar con los comunistas. A los pocos meses, el 17 de mayo de 1972, fue destituido de su cargo diplomático y denunciado como conspirador. En su respuesta, acusó en tono airado al gobierno, reveló que en su seno existían muchos enemigos del ejército. Convertido en adversario del oficialismo, fue relegado a la reserva activa del ejército.

Sus parciales hacían circular sueltos contra los comunistas incrustados en el gobierno y Selich proclamó la necesidad de volver a luchar contra el extremismo y que para necesidad eso había que derrocar a Bánzer.

“Gobierno develó complot subversivo. Murió Selich”, rezaba el titular con el que “Presencia” abrió su edición de fecha 15 de mayo de 1973. Este hecho luctuoso actuó como detonante para el estallido de una descomunal carga explosiva que fue acumulando la despótica actividad gubernamental. Dos días antes, el 12 de mayo, se produjo un tiroteo entre efectivos policiales y una pareja de miembros del ELN, en la parte alta de la ciudad. Cayeron muertas dos personas. Mónica Erlty Osvaldo Usqui, sindicadas por los servicios de inteligencia de haber estado comprometidos en el atentado contra el coronel Quintanilla y de ser dos ex-miembros y renegados “elenos”. Siguiendo lo que era ya costumbre, todos callaron y los rumores decían tratarse de un acto de vendeta por parte de la policía. La coincidencia con la muerte del coronel Selich no deja de ser sospechosa. Las autoridades complicadas con su asesinato no se cansaron de señalar que había una acción conspirativa coordinada entre los extremismos de derecha y de izquierda. Un poco más tarde, cuando se precipitó la crisis dentro del ejército, volvió a decirse que los extremistas eran autores del suceso y que querían aprovecharse de él para retomar el poder, etc, Se hubiese o no fabricado la coincidencia ad libitum, lo cierto es que se hizo todo lo posible para utilizar la presencia de los cadáveres de los foquistas como cortina de humo para encubrir la desaparición del coronel Selich.

La muerte del ex-Ministro del Interior, del que en su momento fue el hombre fuerte dentro del gorilismo, no pudo pasar desapercibida y precipitó un conflicto político de grandes proporciones, no sólo se evidenciaron las tendencias en pugna dentro de las fuerzas armadas, junto con sus vinculaciones civiles, sino que afloró y -sorpréndase el lector- escandalizó a todo el país, incluidos demócratas de todo pelaje, nacionalistas y hasta adictos al régimen, la brutalidad y los métodos de terror utilizados en la campaña represiva contra los elementos políticos disidentes. Además, salió a primer plano imponente toda la debilidad interna del régimen y el movimiento defuerzas centrífugas que se agitaban incesantes dentro de él. Las protestas airadas y la repulsa de los métodos policiales vigentes estaban demostrando que las modalidades fascistas de gobierno se estaban agotando en su práctica diaria y convirtiéndose en obsoletas.

Los bolivianos estaban acostumbrados a que un comunicado de circunstancias emitido por las autoridades pusiese punto final a los asesinatos de los opositores (asesinatos consumados ya en las guaridas de los izquierdistas o en las mismas celdas policiales; caer preso significaba poner en serio riesgo la cabeza) y luego podía correr por los cauces, que desease el rumor popular. Comentar y sacar conclusiones constituían un grave delito. El totalitarismo sirvió muy bien condimentado el alimento cotidiano para la mente de los ciudadanos y autoritariamente pretendió imponer un rígido marco a la imaginación.

La muerte de Selich fue utilizada como pretexto para la rebelión contra este estado de cosas. Lo normal era que el verdugo hiciese firmar confesiones falsas a las víctimas, para que estos papelitos sirviesen de justificación ante la opinión pública, pero en la nueva coyuntura las víctimas obligaron al verdugo a confesarse públicamente, a desnudarse. Esto era ya un tremendo castigo asestado a los perdonavidas del Ministerio del Interior.

Para no perder la costumbre, el Ministerio del Interior lanzó un escueto comunicado, seguro de que todos dirían amén: “Los servicios de inteligencia y seguridad del Ministerio, detectaron el ingreso clandestino del ex-coronel Andrés Selich Chop quien tomó varios contactos en algunas ciudades del país. En la ciudad de La Paz, realizó también reuniones tendientes a la organización de un plan subversivo para derrocar al gobierno, aprovechando el anunciado viaje al exterior de S.E., el señor Presidente de la República.

“Hoy, después de medio día fueron sorprendidos algunos conjurados, los mismos que serán sometidos a la jurisdicción de los tribunales respectivos, de acuerdo a las disposiciones legales pertinentes.

“La Paz, 14 de mayo de 1973”.

Se luchó larga y tenazmente para conseguir que los presos políticos fuesen juzgados por los tribunales ordinarios de justicia y así evitar la desesperante perspectiva de perder la vida en alguna prisión el momento menos pensado. Se trató de una elemental reivindicación democrática. El anterior comunicado fue redactado para dar la impresión de que las autoridades policiales obraban dentro del marco de la

ley y del respeto a la "dignidad humana", estribillo que se recitó en todas las conferencias de prensa. El cadáver del coronel Selich, tendido en el piso de cemento de la morgue, desenmascaró elocuente e incontrovertiblemente la impostura.

Aproximadamente al medio día del 14 de mayo, la policía rodeó y atacó una casa situada en la avenida Busch de Miraflores, donde se encontraban reunidos el coronel Selich y otros elementos uniformados y civiles, según las autoridades conspirando, aunque no se dijo si trataban de desencadenar un golpe de Estado o simplemente de prepararlo, como parece serlo más evidente. Como consecuencia fueron aprehendidos los coroneles Miguel Azurdu y Estenssoro, Juan Luis Gonzáles y Natalio Morales, el teniente Miguel Azurduy Salinas, el capitán Carlos Casso Michel y los señores Gustavo Navarro (hijo de Marof) Roger Bazán Roca y Remberto Silva Mariscal. Otros seis implicados lograron huir a la Argentina y uno de los perseguidos, el ex-alcalde de Bermejo Armando Moreno, murió ahogado en el río Bermejo.

Inmediatamente ganó las calles y se apoderó de gran parte del ejército el insistente rumor de que el Coronel Selich había sido asesinado en manos de los organismos de represión, siendo responsables el Presidente de la República y el Ministro del Interior. Este último, visiblemente aturdido por el enorme peso de lo ocurrido, sólo atinó a dar una explicación pueril: "Como es de conocimiento público -dice el primer comunicado del gobierno- a primeras horas de la tarde del día de hoy, fuerzas del orden irrumpieron en una casa situada en la zona de Miraflores, sorprendiendo a un grupo de conspiradores encabezados por el coronel en retiro Andrés Selich, quien había ingresado clandestinamente al país, el grupo fue detenido sin haber ocurrida ningún hecho de sangre. El coronel Andrés Selich y otros detenidos fueron esposados y conducidos al Ministerio del Interior. Más tarde, por razones de seguridad, fue trasladado a una dependencia del ministerio en la región de Calacoto.

"En circunstancias en que el coronel, Selich subía las escaleras al segundo piso de la casa, presa de una crisis nerviosa trató de fugar. En ese momento se precipitó por las gradas, no pudiendo evitar o aminorar la caída por tener las manos esposadas. No habiéndose logrado que recuperara el conocimiento, fue informado de este hecho el Ministro del Interior que se hallaba en su despacho, el que a su vez dio parte al Excelentísimo señor Presidente de la República, quien mandó de inmediato a su médico personal para que atendiera al detenido. Lametablemente, a su llegada el facultativo comprobó que el coronel Selich había fallecido.

"El Ministro del Interior ha dispuesto que se practique la autopsia de ley, que deberá ser llevada a cabo por médicos forenses y a la cual han sido invitados otros profesionales médicos de reconocido prestigio.

"Las conclusiones de la autopsia serán dadas a publicidad y los restos mortales entregados a sus familiares".

Lo anterior es por demás sugerente y permite creer que fue redactado por un pésimo abogado, como seguramente es el ex-Ministro Alfredo Arce Carpio, con la finalidad exclusiva de dejar jalonadas una serie de coartadas que ayudarían a escurrirse al asesino. El Poder Ejecutivo no tenía la fuerza suficiente para limitarse simplemente a informar al país acerca de la eliminación física de un político opositor. Tuvo que explicar satisfactoriamente lo sucedido, justificarse. Por primera vez se habló de que el Ministerio del Interior utilizaba "casas de seguridad" para arrancar a la fuerza declaraciones a determinados elementos, lo hizo. porque quería evitar que se descubriese que Selich dejó de existir en la casa del propio Ministro del Interior. La anunciada autopsia se convirtió en irrefutable prueba contra el gobierno.

El acta legal de la autopsia presenta la conclusión de que el deceso de debió a "traumatismo en la cara anterior de base de tórax y parte superior del abdomen con múltiples fracturas costales, desgarró y estallido del hígado, hemorragia consiguiente". La muerte por ocasional accidente ya no servía como explicación.

Un titular a siete columnas y con tinta roja en la página ocho del vespertino "Nueva Jornada" (La Paz, 18 de mayo de 1973) decía: "Una brutal paliza provocó la muerte de Andrés Selich Chop". Al filo de la media noche del 17 de mayo, el Ministro del Interior leyó, en conferencia de prensa, su confesión: "Esta conspiración (de Selich) habría sido hábilmente aprovechada por la extrema izquierda, con el riesgo de la total destrucción de la institución tutelar de la nación, así como el enlutamiento de muchos hogares bolivianos. Mi deber inexcusable como Ministro del Interior era adoptar las medidas para neutralizar la

conspiración, detener a los implicados y establecer sus ramificaciones”⁶. Este párrafo del documento estaba destinado a calmar la tremenda inquietud reinante en los medios castrenses y amedrentarlos con el fantasma de una izquierda dispuesta a destruir a todo el ejército.

La información prosigue: Habiendo sido el Cnel. Selich, en otro tiempo, participante del régimen nacionalista y ex-oficial de las Fuerzas Armadas, era obvio que yo debía tener el mayor cuidado en preservar su seguridad personal. Hacer que los organismos de inteligencia lograran de él, como principal protagonista de la conspiración, informaciones complementarias a las que ya poseíamos”.

El Ministro del Interior en ejercicio declaró solemnemente que su deber era nada menos que preservar la vida del detenido, esto por las varias razones que puntualizó y que buscaban subrayar su naturaleza de incondicional servidor de las fuerzas armadas, pero ... el prisionero se convirtió, virtualmente en manos del gobernante, en cadáver. La explicación sobresale otra vez por su puerilidad: los agentes encargados de su custodia y de “arrancarle” las informaciones complementarias, no cumplieron las instrucciones dadas por él. Olvidó señalar que esos agentes eran, si se toma en cuenta su conducta normal, producto del monstruoso aparato represivo montado por el gorilismo y la CIA, que les ha enseñado a lograr informaciones a golpes y con ayuda de la tortura y, también a no alarmarse si algunos presos dejan de existir en los espeluznantes interrogatorios. Arce Carpio, que no se cansó de relatar que era hombre de derecho y cristiano, demostró, sin quererlo, que no era más que un aditamento del aparato represivo. Un hombre de derecho y respetuoso de la dignidad humana no podía conformarse con ser Ministro de un gobierno que puso en vigencia la Constitución Política de manera condicional y que adoptó como norma el retener indefinidamente a los presos en sus mazmorras antes de pasarlos a los tribunales ordinarios.

En el lapso de pocas horas el Ministro del Interior presentó ante el país dos versiones diferentes y contrapuestas sobre la muerte del coronel Selich, habiendo indicado una y otra vez que no tenía más norma como gobernante que decir la verdad y nada más que la verdad, por muy amarga que esta fuese. Todo permite suponer que en ambas oportunidades no dijo la verdad y que se esmeró en señalar pistas falsas, a fin de que no se descubriese a los verdaderos autores del crimen. El gran guiñol pretendió justificar sus contradicciones con el argumento de que fue engañado por sus subalternos y entregó a los periodistas copias de los informes arrancados a los agentes Zambrana, Betancourt y Cassis, en los que ellos se declaraban autores materiales de la muerte de Selich: “Ante la negativa del detenido para narrar la forma en que había ingresado a Bolivia y las personas que habían intervenido en la conspiración juntamente con él, le propinamos algunos golpes, sin el ánimo de causarle mayor daño y sí para amedrentarlo y hacer que de ese modo nos respondiera al interrogatorio. El detenido cayó al suelo y lo levantamos y estando ya recuperado lo volvimos a interrogar... Luego se negó a seguir hablando ... A esta negativa uno de nosotros se acercó y le propinó un solo puñete en el costado derecho, a consecuencia del cual volvió a caer, perdiendo esta vez el conocimiento. Cuando vimos que no recuperaba y su rostro adquiría palidez, alarmados comunicamos de inmediato el hecho al teniente Moyano del Ministerio del Interior... En este informe queremos expresar nuestro dolor y poner en evidencia que sólo queríamos obtener una declaración del coronel Selich y para lo cual hicimos uso de la fuerza, dando algunos golpes al detenido. Jamás nuestra intención fue la de victimario, ni siquiera causarle lesiones o heridas que lo invalidaran, deformaran o causaran algún daño mayor a su persona”. Los familiares de los agentes que firmaron la declaración han manifestado públicamente que la misma les fue impuesta por el Ministro del Interior Arce. Este último acotó: “Todavía este informe no es del todo satisfactorio, puesto que no explica la fractura de las costillas. Sin embargo, es preciso puntualizar que la causa real del fallecimiento debe estar en la fragilidad del hígado en avanzado estado de cirrosis” (esta malévola insinuación recuerda la inveterada afición de Selich por el alcohol).

El Ministro anunció que los “tres agentes responsables” serían pasados a la justicia ordinaria. El Presidente Bánzer, buscando acallar las protestas y rumores tendenciosos ordenó se constituyera una “comisión investigadora”, conformada por representantes de numerosas instituciones, intento que fracasó porque la iglesia, los periodistas y abogados se negaron a enviar a sus representantes, con el argumento de que en el país existían tribunales de justicia para investigar el caso.

La implicación política más importante de la muerte de Selich fue la reacción castrense, reacción de repulsa sin atenuantes frente a la conducta gubernamental y a los excesos cometidos por los “políticos”. Se afirmó la tendencia del ejército a recobrar su independencia con relación al mismo gobierno y al Frente Popular Nacionalista, que su desarrollo no podría menos que convertir a las fuerzas armadas en

6.- “Muerte de Selich se aclara”, La Paz, 18 de mayo de 1973.

árbitros de la situación política tambaleante y en candidatos seguros al golpe de Estado. La crisis fue descargada sobre una víctima de relieve: el candidato a la Presidencia de la República y comandante en Jefe general Joaquín Zenteno Anaya. Bánzer aprovechó la lección, sin poner orden en el ejército y sin su control total no podría estar seguro de permanecer por mucho tiempo en el Palacio Quemado.

A la presión castrense se sumó la protesta unánime de la prensa, de la Iglesia, de los partidos políticos y hasta de los sindicatos, por los brutales métodos de represión utilizados desde agosto de 1971. Inicialmente pareció, es lo que se desprende de las publicaciones de prensa, que el Alto Mando y los ministros militares ratificaron su confianza al Presidente y al mismo Ministro de Gobierno, señalado por la opinión pública como uno de los autores del asesinato del ex-ranger Selich. El que hubo sido necesario destacar comisionados para visitar las guarniciones del interior y explicar lo sucedido, demostró las dimensiones que adquirió la protesta castrense. Zenteno Anaya, incapaz de desconocer la presión salida de los cuarteles y seguro de que podía apoyarse en ella para satisfacer sus menguadas ambiciones, se rectificó públicamente y lo hizo en tono airado. No sólo que pidió (20 de mayo) drásticas sanciones para los responsables, sino que puso en tela de juicio la vigencia del equipo ministerial. La suerte del Ministro Arce estuvo sellada desde el momento en que la Policía Boliviana, en la noche del 18 de mayo, pidió su relevo (subrayando su pedido con una especie de amotinamiento) por ser el causante del enfrentamiento entre la policía y el ejército ⁷. Rápidamente se dibujó en el horizonte la perspectiva de la constitución de un gobierno puramente militar para sustituir al régimen cimentado en el Frente Popular Nacionalista. Zenteno estaba seguro de haber encontrado un excelente "pie de amigo" y arremetió impetuoso: "Las Fuerzas Armadas no intervienen en política ni forman parte del FPN, su nombre está siendo utilizado desaprensivamente por algunas personas, sin tener en cuenta que la Ley Orgánica de la institución prohíbe terminantemente su referencia, cosa que mi Comando hará cumplir estrictamente" ⁸. El anuncio del desahucio del régimen encabezado por Bánzer fue expresado así: "Añadió que la institución armada está observando la vigencia del régimen 'mientras cumpla sus compromisos contraídos anteriormente, de los cuales en fecha pasada y en documento de las Fuerzas Armadas, ya hicieron notar muchas transgresiones que también conoce la opinión pública". Señaló los casos de inmoralidad, nepotismo, demora de planes de desarrollo, sectarismo político y abandono de las metas prioritarias en que incurrió el FPN.

7 EL ALTO MANDO Y EL FPN

La actitud de la jerarquía castrense con referencia al Frente Popular Nacionalista (MNR, FSB, este último con el respaldo de los barrientistas que se sumaron a ella, que muestra una curiosa curva de desarrollo, se convirtió en una de las claves para explicar la evolución del gobierno.

En la constitución del Frente estuvo presente el ejército, representado por sus más altos personeros y entonces era cosa de todos los días escuchar hablar del pacto político concluido entre las fuerzas armadas, el MNR y FSB. En los Estatutos del FPN aparece la firma del general Zenteno Anaya, en su calidad de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y en uno de sus párrafos se lee: "Las fuerzas armadas de la Nación, como órgano responsable de la integridad y seguridad nacionales, coadyuvan a la acción del Frente Popular Nacionalista en defensa de la estabilidad institucional y los derechos ciudadanos". Pero, hay algo más, la jerarquía castrense formaba parte de los organismos dirigentes del FPN, es decir, estaba orgánicamente dentro de él. El artículo cuarto de los Estatutos establecía: "El Consejo Nacional es la autoridad superior de conducción y está constituido por el Presidente del gobierno nacionalista, coronel Hugo Bánzer S. (la permanencia en el Palacio Quemado le permitió convertirse en general de brigada, G. L.) quien la presidirá; el jefe del MNR, doctor Paz Estenssoro, el jefe de FSB, doctor Mario Gutiérrez; el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la Nación, el sub-jefe del MNR y el sub-jefe de FSB". Los partidos políticos firmantes del contubernio no pusieron reparos a esa virtual preeminencia de los elementos castrenses en el seno del FPN. El esquema se repite en todas las instancias de dirección. El artículo noveno, al referirse al Comité Ejecutivo, dice: "estará constituido por cuatro representantes de FSB, cuatro del MNR y dos coordinadores de las Fuerzas Armadas". De manera deliberada se asimiló a las Fuerzas Armadas a la condición de partido político. Con todo, estas consideraciones no agotan el

7.- "Movilización militar en torno a Palacio causó alarma anoche", La Paz, 19 de mayo de 1973.

8.- "FF.AA. observan errores del FPN", en "El Diario", La Paz, 23 de mayo de 1973.

problema.

A esta altura del relato aparece evidente que el general Bánzer llegó a la Presidencia y se convirtió en el carnicero del pueblo boliviano y particularmente de los trabajadores, no por sus atributos y taras personales, sino por representar, acaso de una manera fortuita, poderosas tendencias totalitarias dentro del ejército y particularmente de la jerarquía castrense. Esto explica en gran medida por qué las fuerzas armadas aparecieron dentro de un organismo político como el FPN.

Los desaciertos iniciales del FPN, el estrepitoso fracaso de los planes gubernamentales encaminados a imponer la paz social y la estabilidad jurídica y política, las apenas disimuladas pugnas entre falangistas y movimientistas, que tienen inmediato reflejo en las filas del ejército, generando en su seno a las llamadas tendencias institucionalistas, que se fueron acrecentando cuantitativamente con el correr del tiempo. Los institucionalistas hicieron política activa detrás de la careta del apoliticismo y propusieron que el ejército tuviese su pureza y no se comprometiese con los trajines del Frente o con los desaciertos del gobierno. Se empinaron buscando colocarse por encima del país y de sus discrepancias internas y pretendiendo officiar de árbitros de las pugnas y diferencias que todos los días se presentaban entre los intereses de la metrópoli imperialista y los de los empresarios bolivianos. Su felicidad habría sido grande si hubiesen logrado plasmar un gobierno de corte bonapartista, esto sin dejar de defender los privilegios de la derecha criolla y la armoniosa coexistencia con los Estados Unidos.

Si Selich, que debe ser considerado como expresión de una determinada corriente castrense, imponía a golpes su inflexible e irreflexiva política contrarrevolucionaria, Bánzer, contrariamente, se distinguió por haber ejecutado la misma política a través de oscilaciones y de sinuosos acomodamientos a las presiones que, desde diversos ángulos, se ejercitaban sobre él. Estos variados modos de imposición del fascismo determinaron que Selich y sus seguidores se colocasen a la derecha del derechista Bánzer. Este último no pudo menos que mostrarse sensible a las exigencias de independencia de ciertos sectores militares y por esto el 31 de diciembre de 1971 dijo: "Las Fuerzas Armadas de la Nación son el respaldo institucional del Gobierno. No forman parte del Frente Popular Nacionalista, ni constituyen un partido político"⁹.

Esta tendencia hacia la independencia del ejército comenzó a perfilarse cuando se delimitó con referencia al Frente Popular Nacionalista e invariablemente ha creído de su deber puntualizar su solidaridad y su respaldo al general Bánzer convertido en Presidente de la República. Quiérase o no, se trató de una diferenciación política con el régimen imperante, sólo que, por oportunismo, esa diferenciación pareció referirse exclusivamente a su basamento civil, esto porque era el más vulnerable. El fortalecimiento y evolución de esta tendencia la llevó a entrar en conflicto franco, no encubierto como se patentizó durante mucho tiempo, con el mismo general Bánzer. Muchos dirán que la tendencia indicada no era otra cosa que la suma de ambiciones de algunos elementos uniformados que se sentían presidenciables. Seguramente que ese factor existió y no es del todo despreciable para los análisis políticos, pero no puede explicar por sí solo la evolución seguida por las fuerzas armadas. Una serie de fenómenos sociales de dimensión nacional contribuyeron a fisonomizarla.

Cuando en 1979 se enjuició personalmente a Bánzer como responsable del gobierno por él presidido se incurrió en una incongruencia política. El responsable era el ejército y no un general. Como la caricatura democrática para poder existir dependía de la venia del Alto Mando, todas las tendencias, incluyendo a la socialista burguesa, no se atrevieron a sentar en el banquillo del acusado a las fuerzas armadas. El juicio de "responsabilidades", la única actuación del Legislativo que concitó algún interés, concluyó en una vulgar pantomima.

En la medida en que los explotados se levantaron contra el Gobierno fascista (lo que importó el repudio al Frente Popular Nacionalista), casi inmediatamente después de que creía haberse consolidado, se patentizó el fracaso de éste como régimen totalitario, destinado a imponer orden y trabajo forzado, al margen del ordenamiento jurídico del país y utilizando cualesquier métodos. El ejército, actuando como partido político, dio de inmediato su respuesta a esta frustración y de manera titubeante propuso determinadas soluciones en el plano gubernamental. Este hecho permitió el florecimiento de las tendencias institucionalistas castrenses.

Fue suficiente que el oportunista Zenteno Anaya hablase fuerte para que se produjese la trizadura del gabinete ministerial: Arce Carpio, sindicado como uno de los autores de la muerte de Selich, fue sustituido

9.- Cnl. Hugo Bánzer S., "Mensaje del año", La Paz, 1971.

por un uniformado en el Ministerio del Interior; se organizaron comisiones investigadoras de "alto nivel", para dar la impresión de que las autoridades se sometían dócilmente a la ley (parecieron olvidar que la única ley que existía era la voluntad despótica del dictador). Zenteno creyó llegada su hora: soñaba con dar el salto al poder, apoyándose en la real efervescencia que la muerte de Selich produjo en el ejército. Desahució al gabinete y al Frente Popular Nacionalista, llevando así a su punto extremo los postulados de los institucionalistas. Esa ambición sin límites cayó derrotada al no encontrar el consecuente respaldo de los institucionalistas, que por ser tales desconfiaban del taimado general Zenteno que ha dejado el testimonio de su aventura. Hizo mutis por el foro, pero antes tuvo el cuidado de hacer una respetuosa reverencia a Bánzer, una buena forma de cuidarse las espaldas: "Tengo el honor de dirigirme a V.E. -le dice Zenteno a Bánzer, en su carta de renuncia de Comandante en Jefe-, para expresarle que lamento la interpretación distorsionada que se ha dado a las declaraciones formuladas por mi persona..., las mismas que fueron enunciadas con el propósito de salvaguardar a S.E. y velar por los fueros de la Institución.

Infortunadamente, tales declaraciones -tal cual manifestó S.E.-, han causado inquietud y desconfianza en el Alto Mando en torno a mi persona y ocasionando la censura de los Comandantes de pequeñas unidades de la Guarnición, no obstante haber estado inspiradas en un amplio plano de sinceridad y sanos propósitos para despejar el clima de incertidumbre surgido a consecuencia de informes contradictorios expresados en diferentes guarniciones de la República, a raíz de los últimos acontecimientos".

Esta lucha de rivalidades y ambiciones culmina con la misteriosa desaparición de Zenteno Anaya, que cayó por obra de unos mercenarios en una silenciosa y casi oculta avenida de París. Murió, a los 53 años de edad a la una de la madrugada del día 11 de mayo de 1976. Cuando se desempeñaba como Comandante de la VII División del ejército boliviano, en 1967, luchó contra el Che y sus seguidores. Corrió el rumor de que también Reque Terán, tan vivamente interesado en sepultar para siempre los secretos que poseía el opositor de Bánzer, estaba complicado en el asesinato.

La crisis que estamos comentando era expresión de que se ingresó a un período conflictivo entre el Presidente Bánzer y el ejército. Aquel estaba ya lejos de limitarse a ser un simple firmante y tampoco se conformaba simplemente con que las fuerzas armadas le enviaran ministros de Estado. Existen pruebas inequívocas en sentido de que se empeñó por conformar su propio grupo, una camarilla que le obedeciese únicamente a él. Los mal llamados ministros independientes eran cien por cien banzeristas. El caso de Arce Carpio ilustra muy bien acerca de cómo el Presidente supo aglutinar elemento humano alrededor suyo. El personaje creció políticamente bajo el ala protectora del general Bánzer, que lo llevó a su lado, le dio tareas, le ayudó a cobrar volumen hasta que ... el 23 de abril de 1973 lo hizo Ministro del Interior en sustitución del todopoderoso Adet Zamora. Arce no era un coloso, ni una potencia con efectivos que le respaldasen, era únicamente un incondicional del Presidente. Como ministro de Estado siguió siendo el obsecuente de siempre y se limitó a hacer lo que le ordenó su amo y así cayó en buena ley, por eso pudo, en el momento de su derrumbe, lamentarse de la siguiente manera: "El destino me ha jugado una mala pasada, pero me voy tranquilo". Agradeció a nombre de su esposa y de sus hijos, la amistad que les brindó el Primer Mandatario. Incluso en momentos tan amargos para él, siguió cumpliendo los encargos de Bánzer: apuntando a Zenteno, indiscutiblemente, dijo casi entre lágrimas: "Ahora que he dejado de ser ministro del Interior, señor Presidente..., el coronel Selich no ha venido a Bolivia a conversar con sus amigos, a jugar ajedrez o a visitar a su familia. Vino a conspirar señor Presidente, con alguien. Ese alguien es ahora el que el señor ministro del Interior debe establecer. Sensiblemente el fallecimiento del coronel Selich ha cubierto con cortina de humo y para evitar esa cortina de humo yo salgo del Ministerio del Interior y me la llevo conmigo" ¹⁰.

Desde el llano, Arce Carpio siguió cumpliendo las funciones de escriba del general y se convirtió en gestor de sus negocios.

El ejército impuso como Ministro del Interior al coronel Walter Castro Avendaño y precipitó la caída del "doctor" Arce, uno de los indiscutibles predilectos del Presidente Bánzer. Dos potencias: las fuerzas armadas y su "Capitán General" se mostraron los dientes. Pero no todo fue pérdida para Bánzer, pudo eliminar, apoyándose en los propios sectores castrenses y en la mayoría de los partidos políticos componentes del FPN, a uno de sus más serios competidores, el general Zenteno.

En síntesis: la debilidad del gobierno Bánzer en ese momento estuvo determinada por dos factores: la oposición de la clase obrera y de las masas populares (que cada día era más poderosa políticamente

10.- "Hoy", La Paz, 22 de mayo de 1973.

y más maduras, firmemente convencidas que su felicidad y liberación pasaba por el aplastamiento del gorilismo; y, por otro lado, la creciente tendencia castrense que buscaba independizar a las fuerzas armadas del esquema gubernamental para poder convertirse, como consecuencia mecánica de su propio desarrollo ascendente, en amo indiscutido de Bánzer y en árbitro supremo de la política. No eran, ciertamente, tendencias coincidentes, sino fuerzas en constante pugna que convirtieron la política en mas proceloso. Bánzer se encaminaba, empujado por las poderosas fuerzas de la historia, a zozobrar inevitablemente en esas aguas turbulentas. Hubiera sido tonto exigir que entonces se señalen plazos y circunstancias concretas en los que debería consumarse el naufragio, mucho más si se tiene en cuenta la ductilidad en la maniobra que ha demostrado poseer el gorila Bánzer. Lo evidente es que ni él, ni los institucionalistas podían ignorar, al consumir sus maniobras, a las masas, que nuevamente estaban presentes en el escenario político.

Los acontecimientos que estamos comentando enseñan que, las tendencias castrenses institucionalistas y las otras, junto a los ambiciosos que pueden siempre apoyarse en ellas, tienden, en una situación de aguda crisis gubernamental, a cristalizar un régimen puramente militar. Los dirigentes del Frente Popular Nacionalista hicieron campaña alrededor de las razones por las cuales no convendría al país una junta militar. Todos sus argumentos podían reducirse al siguiente: la junta militar permitiría a los extremistas de izquierda destrozar a las fuerzas armadas. En 1980, cuando la tambaleante y ficticia democracia criolla cayó en descrédito, surgió un grupo militar, bajo el rótulo de "Pueblo", proponiendo un gobierno militar, como respuesta a una imperiosa necesidad planteada por la historia.¹¹

El fracaso de Zenteno -como hemos indicado- fortaleció momentáneamente a Bánzer y le permitió lograr el monopolio del control sobre el ejército. En los inicios de la maniobra actuaron los jóvenes del MNR y FSB, quienes dócilmente juraron fidelidad al "caudillo" y le expresaron sus deseos de morir por su honor y su salud. Seguidamente Bánzer ajustó los puestos claves dentro del ejército y seguro como estaba de que sin el control directo sobre este organismo, de influencia política decisiva y de gran potencia represiva, no era posible gobernar, no tuvo el menor reparo en consumir un golpe de mano que le permitiese convertirse en su amo indiscutido. Bánzer dictó un decreto autoproclamándose Comandante en Jefe de las fuerzas armadas. En alguna forma tuvo que justificar el rudo golpe asestado a la independencia política del ejército, a la limitación de sus movimientos en este terreno, y no le fue difícil encontrar el pretexto: "Que la actual organización del Alto Mando no se encuentra debidamente adecuada a la realidad institucional de las Fuerzas Armadas ni a la dinámica introducida en las instituciones fundamentales del Estado", etc. Este amontonamiento de palabras y otros que le siguen en la parte considerativa del mencionado decreto no dicen nada. El artículo primero y único reza: "El Presidente de la República y Capitán General de las Fuerzas Armadas de la Nación, asume el Comando en Jefe de las mismas, en forma transitoria, mientras se proceda a una definición en las estructuras de mando de la Institución Armada y a la redacción de la nueva Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas"¹². Primero el golpe de fuerza, después la promesa de una nueva Ley Orgánica del ejército. Para consolar a los tontos Bánzer dijo que su dictadura sobre el ejército sería transitoria; se atribuyó la tarea de modificar la estructura del ejército y faccionar una nueva Ley Orgánica.

El Presidente de la República como Capitán General del ejército, podía designar algunos altos cargos de la jerarquía castrense, fuera de esta atribución era, hasta entonces, más un título honorífico que otra cosa. Ni siquiera durante la guerra del Chaco, el Capitán General pudo, tratándose de las operaciones bélicas, supeditar a su voluntad al Alto Mando. El Poder Ejecutivo, vale decir, el Presidente de la República se relacionaba con el ejército a través del Ministro de Defensa. Teóricamente, las atribuciones y rol de las fuerzas armadas dentro del mecanismo estatal estaban señalados por la Constitución Política del Estado y no por las reacciones del momento del Presidente de la República. Por voluntad de Bánzer todo este esquema quedó profundamente subvertido. Se impuso una política vertical, una sola voluntad desde la Presidencia de la República hasta el Alto Mando del ejército. El Ministro de Defensa fue relegado a un segundo plano, esto porque personalmente el Presidente de la República dirigía a las fuerzas armadas. Estas, como institución, tenían o podían alcanzar a tener independencia con relación al Presidente y su equipo ministerial, tenían la posibilidad de imponer ministros, etc, como se vio en el conflicto político mencionado. Esa independencia fue perdida, el ejército tuvo que expresarse por intermedio del Presidente de la República.

11.- "El Diario", La Paz, 27 de enero de 1980.

12.- "Bánzer asumió comando en Jefe de las FF.AA.", en "Presencia", La Paz, 29 de mayo de 1973

El Capitán General Bánzer tomó el control total y efectivo de las Fuerzas Armadas, no después de un valeroso asalto frontal, sino por medio de una maniobra artera. Llegó a ser Capitán General, Comandante en Jefe del Ejército y, por añadidura, jefe supremo del FPN, Santísima Trinidad fascista, elevó a su punto más alto la naturaleza totalitaria del régimen imperante. Fue acentuado uno de los rasgos fascistas de la criatura nacida de la contrarrevolución de agosto de 1971. Bánzer se fue asemejando a Franco.

La discusión acerca de si las fuerzas armadas eran o no parte integrante del oficialista Frente Popular Nacionalista, pareció haber sido resuelta por su propio peso. Si el Comandante en Jefe del ejército era, al mismo tiempo, jefe supremo del Frente, no podía ya argumentarse que la institución castrense permanecía al margen del contubernio sellado por FSB y el MNR. Todo esto está bien como ejercicio discursivo. La verdad es que una gran parte de las fuerzas armadas concluyeron rebelándose contra esa forzada incorporación al odiado Frente. Seguramente el usurpador del poder creía haber anulado una de las tendencias más peligrosas que animaban grandes capas militares: la tendencia hacia la independencia y a actuar políticamente por encima del Presidente de la República, para poder reemplazarlo el momento menos pensado. La jerarquía castrense, al menos momentáneamente, se vio impedida de actuar como toda una potencia frente al Poder Ejecutivo; como quiera que su Capitán General y su Comandante en Jefe eran dos caras de la misma cabeza, quedó reducida a la triste condición de muñequillo totalmente dependiente de la voluntad del titiritero. Para redondear las características totalitarias del régimen hasta la policía fue intervenida militarmente, buscando evitar así cualquier brote de amotinamiento, respuesta inmediata al intento de revuelta sucedido el día 17 de mayo al amanecer.

Una cosa fueron los sueños dictatoriales de Bánzer y otra muy distinta la realidad social, que emergía debidamente modelada por los antagonismos clasistas. Ya hemos indicado que las tendencias castrenses institucionalistas fueron una respuesta democratizante al hundimiento de la política banzerista (que no fue más que una forma particular de materialización de la voluntad imperialista yanqui) frente al nuevo ascenso de las masas bolivianas, que, en último término, definieron la naturaleza del momento político. La maniobra de Bánzer pudo neutralizar temporalmente a las tendencias militares institucionalistas, pero no eliminarlas físicamente, de la misma manera que tampoco pudo arrancar de cuajo a la izquierda revolucionaria.

8 LA PRESENCIA DE LAS MASAS

Fueron las fuerzas militares las que precipitaron la crisis política citada y también ellas las que señalaron el camino de las soluciones. Esto pese a que las masas supieron manifestarse estarse de las maneras más diversas, pero no aun como decisiva, lo que es ya sugerente, sobre todo si tenemos en cuenta lo sucedido a fines de 1972 y principios de 1973.

Las masas arremetieron, durante la crisis, alrededor de un eje: la defensa de las garantías democráticas, siguiendo así la línea que venían desarrollando desde tiempo atrás. Es significativo el que ciertas capas militares y civiles derechistas hubiesen logrado aprovecharse de ese empuje para sus propios fines, que ciertamente eran y son contrarios a los de las mayorías. La derecha democratizante se presentó envalentonada: habló en voz alta de elecciones, de garantías para sus actividades (la alianza PDC-PRA y el minúsculo partido de los generales llamado Social Demócrata llenaron las páginas de los periódicos con solicitadas en las que demandaban una junta militar y elecciones inmediatas), etc.

Las garantías democráticas pueden ser defendidas desde la derecha y desde la izquierda (el oficialismo dijo durante la crisis política que existía un acuerdo entre ambos extremos), pero la perspectiva con la que se formulan esos planteamientos varía radicalmente ya vengan de la rosca y de los sirvientes del imperialismo o bien de la clase obrera y sus aliados. En la lucha diaria muchas veces los límites entre arribas actitudes parecen esfumarse, esto se debe a que uno de los extremos pierde, momentáneamente o por un lago período, sus objetivos estratégicos. Durante la etapa que analizamos y también después las masas aparecieron sin perfiles claros y propios, en cierta medida las demandas parecían no diferenciarse de lo que dijo e hizo la derecha; el desarrollo posterior de los acontecimientos obligó a las necesarias diferenciaciones. Los obreros actuaron como si no tuviesen objetivos políticos propios, como si no poseyesen salidas gubernamentales acordes con sus intereses. Esto parece estar en contradicción con lo sucedido a fines de 1972, cuando los explotados se presentaron en el escenario político con inconfundibles rasgos clasistas.

La crisis políticas futuras probaron que los grupos militares, apoyándose o no en determinados sectores políticos civiles, buscaron imponer variaciones al esquema gubernamental dentro de las grandes líneas fijadas por el gorilismo después de 1971. Por lo menos la propaganda porista dijo con claridad que se esperaba un cambio de guardia en el Palacio Quemado (que las masas tendrían todavía que pasar por esa experiencia) bajo la bandera de la forzada "democratización" del gobierno; que cualquiera que fuese el grupo golpista se vería obligado, para justificar su conducta, a rectificar la línea seguida por Bánzer, democratizándola en alguna medida. Por momentos esta tesis apareció rectificadas. Menudearon los grupos militares que, enarbolando la bandera de la acentuación de la lucha anticomunista, llegaron al extremo de propugnar la purga de los elementos movimientistas de las cumbres gubernamentales. Esta tendencia se prolongó hasta algunas capas de los partidos oficialistas. Frente a tal agravación de la tendencia derechista, apareció como una novedad un general Bánzer que se dio modos para llenar de contenido fascista atenuado el rótulo de las reivindicaciones democráticas.

Se dijo, desde la izquierda, que las masas deberían estar prestas para sacar toda la ventaja posible de las crisis por las que necesariamente pasaría el gobierno gorila. Esta generalización careció de contenido. Para que ese aprovechamiento de la crisis fuese posible no era suficiente, conforme enseñó la experiencia, que las masas actuasen, sino que no se apartasen de la gran línea de la independencia clasista (no hay independencia clasista si no existen soluciones políticas propias propugnadas por el proletariado), lo que importa que la lucha diaria, y también la desarrollada alrededor de la reconquista de las garantías democráticas deben subordinarse a la estrategia de la clase obrera. Este planteamiento actualizaba la necesidad de vigorizar al partido revolucionario. Ni duda cabe que el funcionamiento y fortaleza del Frente Revolucionario Antiimperialista eran indispensables para la victoria revolucionaria; un FRA viviente y poderoso supone un partido revolucionario vigorosamente estructurado y enraizado en las masas.

9 LA CLASE MEDIA

El otro triunviro, el general Jaime Florentino Mendieta, se conformó con jugar papeles de segundo orden, de vivir en paz como la sombra del Presidente Bánzer.

Desde el primer día, el gorilismo buscó apoyo popular y consiguió arrastrar a capas considerables de la clase media, fue su base social y el punto de apoyo para la ejecución de algunas de sus primeras medidas. Más, este apoyo se vio cuantitativamente limitado porque necesariamente tuvo que arremeter contra los sectores urbanos ultraizquierdistas, conformados básicamente por la clase media y por sus capas más interesantes (estudiantes, universitarios, maestros, profesionales, etc). Con todo, ese apoyo de la clase media (FSB y MNR) le permitió a Bánzer convertirse de gorila en fascista.

"Presencia" del 23 de agosto de 1971 informó: "Desde antes del medio día fueron congregándose grupos de ciudadanos convocados por la emisora del Estado para brindar su apoyo al gobierno establecido por el Frente Popular Nacionalista". El MNR y FSB se emplearon a fondo y competitivamente para arrastrar a sus parciales, a los elementos descontentos con el régimen depuesto y a los que habían depositado sus esperanzas de trabajo y prosperidad en los nuevos gobernantes. Los dirigentes políticos del momento tenían plena conciencia de que quien ganaba la batalla callejera por arrastrar mayor cantidad de admiradores tendría mayores posibilidades políticas en el futuro.

Grupos de movimientistas, que habían sentado su cuartel general en la calle Colón, frente al cine Tesla, recorrían las calles de la ciudad, en camiones y otros vehículos motorizados, haciendo propaganda para que todos se sumasen a la concentración. Otro tanto, aunque demostrando menor actividad, hacían los falangistas, que habían asaltado el local de la Confederación de Estudiantes de Secundaria (calle Yanacochoa) para instalar su secretaría. Esta competencia por mostrar mayor cantidad de adherentes estaba destinada a impresionar bien al ejército, que no en vano era el árbitro indiscutido de la situación.

La multitud concentrada en la Plaza Murillo no fue pequeña, pero estuvieron ausentes universitarios y obreros. Se agruparon alrededor del MNR y de FSB capas de la clase media, particularmente pequeños comerciantes y propietarios, empleados públicos, desocupados y empresarios, seguros de que les llegó su

cuarto de hora de prosperidad y de que para efectivizarla sólo faltaba el establecimiento de un régimen de estabilidad institucional, social y política y de ilimitadas garantías para ellos, los pequeños propietarios, los industriales y los comerciantes. Los desocupados, cuyo número crecía sin cesar, buscaban afanosamente dónde trabajar y estaban seguros de haber encontrado la solución con el advenimiento del gobierno gorila. Las consignas que comenzaron a agitarse tendían a satisfacer, por lo menos verbalmente, estas exigencias: fin a la anarquía y al abuso; amanecer del orden social y legal; trabajo y disciplina; respeto ilimitado a la propiedad privada; destierro del comunismo y de la violencia, etc.

El entonces coronel Hugo Bánzer, desde los balcones y con ingenua sinceridad, aunque en castellano titubeante e imperfecto, definió nítidamente su filiación política, que, por otra parte, no fue ninguna sorpresa: "Seguiré los pasos de Busch, Villarroel y Barrientos". Hasta ese momento nadie se había atrevido a decir en voz alta que tenía como programa el retorno a Barrientos, señalado como la personificación de la arbitrariedad, de la masacre y otras calamidades. En tono sentencioso hizo saber que seguía siendo el gorila que se levantó en armas junto al general Miranda y que su sueño más caro no era otro que continuar la política fascista de Barrientos. Ya no fue tan categórico, demostrando, más bien, la tremenda confusión que se apoderó de su cerebro, cuando proclamó un nacionalismo tan puro y excluyente, que dentro de él ya no sería posible hablar de derechas ni izquierdas. Bien pronto se pudo demostrar que no era más que una utopía. La derecha, encarnada en Bánzer, precisamente, no cesó de luchar contra la izquierda en todas sus manifestaciones. Nadie dudaba, entonces que Bánzer era ya la derecha con referencia al gobierno Tórres, aunque ambos hablaron de nacionalismo y eran expresiones particulares del proceso nacionalista pequeño-burgués iniciado en 1952. Hay que volver a repetir que Bánzer no es igual que Tórres y que entre ambos hay una gran diferencia.

El golpe contrarrevolucionario de agosto y la estructuración del régimen fascista... contaron con el incondicional apoyo del Frente Popular Nacionalista, estructurado alrededor del contubernio falanjo-movimientista. Políticamente se ha justificado este frente como una alianza contra el comunismo, es decir, contra el movimiento revolucionario protagonizado por la clase obrera. Los barrientistas uniformados estaban ya dentro del gobierno y los civiles giraron, alrededor de Bánzer desde el primer momento. Los "partidos políticos barrientistas" se sumaron a FSB en abril de 1973.

El jefe movimientista argumentó que su alianza con FSB y también con los militares barrientistas (esta alianza debutó como FPN) era necesaria para tomar por lo menos parte del poder. Su primera actitud fue la de poner en pie a su maltrecho partido, que despertó interés en amplios sectores de la clase media y que no se cansaba de presentarse como vanguardia de la clase obrera y del "pueblo". Se descartaba su relativo crecimiento numérico inicial (la prensa informó que en Oruro, inmediatamente después del 21 de agosto informó que en Oruro, inmediatamente después del 21 de agosto de 1971, se inscribieron 1.500 personas en los registros movimientistas), crecimiento, igual que el de FSB, operado a costa de los funcionarios públicos y que rápidamente se detuvo. El MNR ya no pudo convertirse en el polo aglutinante de las masas. Inclusive en la pequeña burguesía politizada llegó a generar poderosas resistencias. El crecimiento falangista fue menor y gran parte de su trabajo organizativo estuvo dedicado a recuperar a su vieja militancia y a evitar futuras escisiones. Las células movimientistas y falangistas no pudieron neutralizar a las capas radicalizadas del magisterio y de los estudiantes universitarios y de educación media. Las direcciones pertenecientes al FPN e impuestas despóticamente desde arriba, fueron cediendo a la poderosa presión de las bases y se vieron obligadas a utilizar un lenguaje radical y hasta antigubernamental. A lo largo de la existencia del gobierno gorila, movimientistas y falangistas consideraron como cuestión de vida o muerte el demostrar que sus organizaciones eran multitudinarias, conforme pregonaban todos los días sus jefes.

FSB tenía menos posibilidades que el MNR para realizar maniobras que le permitiesen presentarse como partido de grandes masas, confiaba más bien en su férrea y vertical organización (una y otra vez fueron repudiadas públicamente las tendencias fraccionalistas), en su retorno a la época en que era inconfundible grupo de choque al servicio de la reacción. Sus pretensiones obreristas le han costado sumamente claro, de esos ensayos data la aparición de una tendencia de izquierda y que ha concluido escisionando a la organización. En último término, Gutiérrez pareció en el primer momento cifrar inmensas esperanzas en la lealtad de Paz, lo que importaba que olvidó las enseñanzas de la historia y voluntariamente cerraba los ojos ante la cotidiana pugna que libran en todos los niveles militantes de los dos partidos del FPN. Las tradiciones falangistas y numerosos sucesos ocurridos después de agosto de 1971, permitían esperar que, en determinadas condiciones de crisis política, los seguidores de Unzaga podrían actuar de acuerdo con sectores gorilas contra sus ocasionales aliados. Bánzer y su equipo de seguidores fueron los que

permitieron mantener el inestable equilibrio existente entre el MNR y FSB.

Víctor Paz se animó a integrar el frente con los falangistas, sabiendo que este paso podía comprometer todo su futuro político, porque estaba seguro, en mayor medida que los falangistas, que le serviría, a la larga, para lograr el control total del poder. Pensaba que le sería sumamente fácil deshacerse de generales y coroneles utilizando la triquiñuela de las elecciones. El camino parecía allanado después de que la guarnición de La Paz hizo un pedido en ese sentido. Es verdad que las corrientes institucionalistas parecían sugerir que verían con simpatía el repliegue militar a los cuarteles, pero la operación tendría que pasar, necesariamente, por un otro gobierno castrense. Las esperanzas de Paz no coincidieron con los planes y ambiciones de los gorilas.

Los militares propiciaron la creación del Frente Popular Nacionalista como parte de un programa político sumamente ambicioso: buscaban la formación de un nuevo partido nacionalista poderoso, donde se disolviesen el MNR, FSB y otras agrupaciones llamadas barrientistas y nacionalistas, que no sería otra cosa que el partido único destinado a apuntalar políticamente a un gobierno castrense, capaz de dominar al país por varios decenios. Los esfuerzos hechos en este sentido fracasaron y también el empeño del equipo castrense gobernante para poner en pie un partido político propio, todo se redujo en la formación de una camarilla de civiles que giraba alrededor de Bánzer o de algún otro conspirador uniformado.

En 1980, cuando crecientes sectores de la derecha comenzaron a arremeter utilizando como careta una ácida crítica anti-parlamentaria, volvió a surgir la formulación de que el ejército era el único que podía desarrollar una política conveniente para el país¹³. El escriba y oportunista Diez de Medina, que levanta la pluma no bien percibe alguna posibilidad de medrar, se apresuró en desarrollar la teoría de que a Bolivia le correspondía imitar el unipartidismo mejicano. Entre nosotros el partido único estaría conformado por las fuerzas armadas, los trabajadores, los empresarios, etc.¹⁴.

Lo que tiene que comprenderse con claridad es que generales y coroneles se apoyaron en el FPN y se sirvieron de él, pero no se subordinaron políticamente al contubernio MNR-FSB. Los gorilas siguieron su propio camino, importándoles muy poco las opiniones y gestos de los jefes del MNR y FSB. Las ambiciones de poder de algunos caudillos de segundo orden de estos partidos les empujaron a moverse alrededor de los líderes uniformados, tendencia que amenazó con destrozar a los partidos políticos de derecha. La jerarquía castrense siguió su propio camino y parecería que hizo muchas cosas con la exclusiva finalidad de diferenciarse políticamente de sus obligados aliados, actitudes que no pudieron menos que molestar a éstos y hacerle perder popularidad (deben señalarse desde los reiterados y públicos homenajes al gorila Barrientos, pasando por los apresamientos y atropellos a los militantes del FPN y otras tropelías, hasta la ocupación de la universidad). El MNR y FSB no tuvieron más remedio que ajustar su política a la línea fijada por el gorilismo, esto porque de otra manera no habrían podido permanecer cerca del Palacio de Gobierno, en espera de que se produjese la vacancia de la silla presidencial. Este sometimiento al sable no fue tan doloroso y humillante para FSB, desde el momento que confió en que los generales pueden siempre realizar sus sueños de estructuración del gran Estado totalitario y por sus viejas vinculaciones organizativas con el gorilismo.

Los trabajos militares encaminados a la estructuración de un propio aparato político tuvieron relativo éxito en el campo del sindicalismo campesino. Es claro que no podía hablarse de verdaderos sindicatos del agro sino de corruptas burocracias de caciques que usurparon su nombre. La impostura barrientista del pacto militar-campesino volvió a actualizarse y quedó en evidencia el sometimiento de la burocracia campesina a los gorilas, que lograron poner en pie a su propia Confederación, la que no permitía que nadie ingrese al agro, ni siquiera los filiados de los generales. El movimiento campesino acabó convertido en coto privado de los gorilas.

Mucha gente que inicialmente se aproximó al MNR y FSB concluyó desilusionada al no haber logrado beneficiarse con los cargos públicos, limitados en extremo frente al enorme volumen de desocupados. Víctor Paz tuvo que explicar crudamente, o mejor brutalmente, la imposibilidad material de satisfacer las exigencias de sus allegados. Es la tragedia de un país atrasado y cuya economía se mueve en los límites estrechos de la monoproducción: los técnicos y hasta los obreros calificados con importados juntamente con la maquinaria y los dólares y la limitada industrialización no permite absorber toda la fuerza de trabajo disponible, razones por las que gran parte de la población se vuelca hacia la burocracia estatal.

13.- "El Diario", La Paz, 27 de enero de 1980.

14.- F. Diez de Medina, "El documento de la juventud militar", La Paz, 30 de enero de 1980.

Víctor Paz, en un largo documento fechado en Lima en el mes, de agosto de 1971, pretendió justificar "teóricamente" su alianza con los gorilas y con FSB. Se trata de la respuesta del político que sabe que su ingreso al contubernio con los fascistas ha comprometido seriamente el futuro de su partido "popular" y timonel de la revolución de 1952. Por extrañamiento que parezca, la argumentación de Paz reprodujo el basamento político del golpe contrarrevolucionario del 21 de agosto de 1971, consumado para cerrar el paso a las masas radicalizadas y dirigidas por el proletariado. Se trató de un documento antipopular y antiproletario. Muchos dirán que el Paz que suscribió la declaración que señalamos no era el Paz de 1952, que tronó históricamente contra el imperialismo y que no tuvo más que dictar algunas medidas radicales bajo la insoslayable presión de las masas y no previstas en el programa del MNR. Creemos que el movimientismo tradicional y Víctor Paz como su expresión más elevada, eran y siguen siendo los mismos, lo que no desmiente el hecho que bajo el látigo de los explotados hubiesen dicho y hecho cosas de las que posteriormente renegaron.

A lo largo de este trabajo hemos puntualizado que el nacionalismo de contenido burgués lleva en sus entrañas el germen de la claudicación frente al imperialismo y a las tendencias derechistas criollas. La derecha de este nacionalismo, muchas veces encarnado por sectores castrenses, puede, al acentuarse, concluir utilizando métodos fascistas de gobierno. La historia del MNR ilustra, de manera por demás impresionante, el desarrollo integral de esta tendencia del nacionalismo. Los grupos movimientistas cismáticos (Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda, Bloque Obrero, Grupo Siles, etc) inútilmente pugnarón por retrotraer el nacionalismo de 1952. Se trató y se trata de un intento utópico porque ignora que las masas, al sobrepasarlo políticamente, le han empujado en brazos del imperialismo y de la derecha criolla y esto de una manera definitiva. Mientras Siles Zuazo se aferró al pasado, Víctor Paz se fue colocando a la cabeza de las tendencias que fueron desarrollando hasta su punto culminante el derechismo fascizante ya contenido en el viejo MNR.

No sería posible comprender la conducta movimientista al margen de la profunda transformación operada en la correlación de las fuerzas internas de la revolución. La profunda diferencia de la situación política posterior a 1971 con la de 1952 radica en el alto nivel alcanzado por el desarrollo del movimiento obrero. El llamado nacionalismo revolucionario resultó francamente reaccionario (lo que no quiere decir que sea la misma cosa que el imperialismo). En 1952 sus promesas arrastraron a la mayoría nacional y ésta obligó a incorporar al programa emeenerrista muchas de las consignas del radicalismo proletario; posteriormente el nacionalismo choca frontalmente con la perspectiva del socialismo, única finalidad estratégica capaz de emocionar y movilizar al proletariado y a los sectores mayoritarios de las masas explotadas, antes el nacionalismo hizo esfuerzos por identificarse con el proletariado o por lo menos por disolverlo en su seno, luego, para poder defender el régimen de la propiedad privada y la coexistencia con el imperialismo, se ha postrado ante el sable desenvainado. En 1952, los explotados veían en el MNR a su propio partido y le atribuían la capacidad de realizar sus aspiraciones más profundas, es por esto que Paz tuvo que usar la demagogia para dar a entender que su decisión era complacerlos, posteriormente buscaron por todos los medios, estructurar su partido y su gobierno propios. El MNR, reubicado en sus viejas posturas, se encaminó naturalmente hacia las posiciones falangistas. Este proceso se cumplió a través de una línea zigzagueante, Paz volvió, una y otra vez, a hablar de las masas, de su oposición a las medidas antipopulares (recordar la actitud asumida con motivo de la devaluación monetaria). Con todo, el MNR, por su conducta diaria, es coresponsable de todo lo que hizo el desgobierno fascista.

Paz soñó con retomar, tarde o temprano, el hilo que fue roto en 1964 y de un modo definitivo, por el gorilismo barrientista, lo que no haría más que acentuar la diferenciación política con las masas, que se han colocado mucho más a la izquierda que los grupos mayormente izquierdistas del MNR. Retornar al esquema que regía durante la segunda presidencia de Paz habría sido nada menos que un franco retroceso histórico, esto con referencia a las tendencias que se movían en el seno de las masas. La situación creada por la victoria gorila no pudo prolongarse indefinidamente, las fuerzas progresistas pugnarón por encontrar una salida verdaderamente de izquierda.

El jefe movimientista, en su vano empeño de borrar el criterio predominante en sentido de que se entregó maniatado al gorilismo y a FSB, a fin de saciar sus apetitos personales y de permanecer apegado al poder, desarrolló la peregrina tesis de que el "nacionalismo revolucionario" era nada menos que el tránsito hacia el socialismo y que para llegar a esta etapa debía apoyar con todas sus fuerzas al general Bánzer, pues así ayudaba a cumplir la tarea previa de la superación del atraso del país (es decir, liquidar y superar las tareas democráticas); se trataba, como se ve, de materializar la teoría stalinista de la

revolución democrático-burguesa, de la revolución por etapas, que ha sido totalmente sepultada por la historia. Víctor Paz nos habla del nacionalismo como tránsito al socialismo desde 1952. Los hechos demuestran que el nacionalismo pequeño-burgués en lugar de llevarnos al socialismo nos ha empujado a la barbarie fascista. Este planteamiento supone que el simple y normal desarrollo del nacionalismo conduce indefectiblemente al socialismo, aquí radica su falacia y su peligrosidad, pues de él arranca la tesis de la "izquierda nacional" en sentido de que la clase obrera no tiene, en la presente etapa, más misión que apuntalar decididamente a los gobiernos nacionalistas, sobretodo si éstos son castrenses. El socialismo sólo puede implantarse después de la derrota política del nacionalismo. Otra cosa sería que se diga que, en determinadas condiciones, las masas necesariamente tienen que pasar por la experiencia del nacionalismo.

Es fácil hablar, como lo hizo Víctor Paz, de socialismo para un futuro indeterminado y empecinarse en la acción diaria a poner a salvo la propiedad privada y el sometimiento al imperialismo. Si se sostiene que previamente debe cumplirse la etapa democrática de manera total, es claro, como demuestra la experiencia movimientista de doce años, que el proceso seguirá empantanado y que no será posible formular y realizar el socialismo. Por este camino se vuelve a abrir la posibilidad de los golpes fascistas. Hemos tenido un 21 de agosto, es decir, la contrarrevolución gorila, porque la clase obrera no pudo, por muchas razones, llegar al poder. Víctor Paz hizo una formulación estrictamente antisocialista, es decir, reaccionaria.

El teórico movimientista lamentó que el Comando Político hubiese expulsado de su seno a dicha organización. Lo sucedido en las jornadas de agosto de 1971 y después, pone en evidencia que el Comando Político no se equivocó al caracterizar al MNR del Pacto de Lima como una fuerza reaccionaria y pro-gorila.

Un proceso de profundas transformaciones estructurales no puede menos que violentar el derecho de propiedad privada burguesa, el que protesta porque esto se hubiese perfilado durante el gobierno de Tórres, olvida que la revolución de 1952 marchó por igual camino y que los excesos contra los propietarios fueron infinitamente mayores.

La debilidad del MNR no puede reducirse a las limitaciones de sus enunciados programáticos a su inevitable confusión, esa debilidad radica en su carácter policlasista, lo que determina que los proletarios y la mayoría de los explotados sean arrastrados hacia posiciones contrarrevolucionarias por la pequeña-burguesía veleidosa, reformista y timorata, fielmente expresada en el pensamiento ecléctico del doctor Paz. Las posturas oscilantes en extremo del doctor Paz le llevaron desde la irresponsable y temeraria adhesión al marxismo ya la Tesis de Pulacayo hasta la mecánica repetición de los discursos del general Bánzer. Estas oscilaciones son típicas de la pequeña burguesía. Teniendo en cuenta tales antecedentes, no hay por qué extrañarse que el mismo Bánzer, que se aproximó a él obsecuentemente para deslizarle al oído algunos consejos para que pudiese cumplir mejor su papel de verdugo del pueblo boliviano, se prestó a jugar el papel de auxiliar del proceso democratizante. Se podía descontar que los futuros cambios políticos tendrían como punto de apoyo a alguna fracción movimientista.

Es la historia la que ha agotado lo que ha dado en llamarse nacionalismo revolucionario. El jefe movimientista tiene la ocurrencia de creer que sigue en vigencia porque a él no le dejaron concluir su período presidencial, que se distinguió por su indiscutible entreguismo y por su conducta marcadamente antiobrera.

El MNR seguro de que llegó el momento de ganar las simpatías de los generales, se lanzó a proclamar la promesa de construir un Estado fuerte, consigna repetida por FSB desde hace decenios, de establecer el orden y un régimen de mayor trabajo y disciplina. Ya Barrientos enseñó que por ese camino se llega al empleo de los métodos fascistas de gobierno.

Las ambiciones de los cuadros de dirección movimientistas y falangistas y la pugna interpartidaria dentro del FPN, acentuaron las fisuras en la estructura gubernamental gorila. Casi toda la militancia de los partidos que sustentaban al régimen imperante se movía impulsada por su tremenda sed de ganar dinero fácilmente.

Los empleados públicos y los maestros presionaron para que se respetase la inamovilidad funcionaria y lograron algunos éxitos: el Presidente Bánzer y algunos ministros se vieron obligados a pronunciarse

positivamente al respecto. Sin embargo, menudearon los casos de nepotismo, de creación de cargos fantasmas, etc. El Presidente del Banco Agrícola, un militante falangista, desencadenó todo un escándalo al ser descubierto en sus trajines de saquear los pocos recursos de la institución por medio de la ubicación en cargos nuevos a sus conmlitones, etc. Por su parte, el equipo castrense, organizado en gran medida alrededor de ilimitadas ambiciones materiales, controló ministerios claves y las instituciones autárquicas económicamente más poderosas (Comibol, YPFB, ENAF, ETC.).

El MNR y FSB sufrieron serias fracturas internas como consecuencia del contubernio sellado bajo el nombre de FPN y por haberse integrado en el gobierno gorila. Esas escisiones se produjeron por la derecha y por la izquierda. Los tradicionales grupos de izquierda de ambos partidos (los movimientistas Siles Zuazo y sus parciales, Alvarez Plata, Ñuflo Chávez, Jordán Pando, Agullar, L. Peláez, etc) formaron tiendas políticas diferentes. Los izquierdistas repudiaron la faseistización de sus partidos, el que se hubiesen comprometido con las medidas represivas contra los obreros y amplios sectores de la clase media, con la cancelación de la autonomía universitaria, etc. (el MNR fue siempre antiautonomista y sólo por demagogia llegó al extremo de hablar de co-gobierno). Los derechistas propugnaron acentuar la lucha anticomunista y repudiar las actitudes centristas de sus direcciones. La fractura por la derecha fue más profunda y peligrosa en FSB que en el MNR. El caudillo de derecha entre los falangistas fue Valverde Varbery, notable por su brutalidad y por sus ideas cavernarias.

A un gobierno se lo conoce por sus obras. Señalemos ligeramente los rasgos de la obra gubernamental de los (gorilas).

Por Decreto de 7 de septiembre de 1971 se puso en vigencia, de manera condicional, la Constitución Política del Estado de 1967 (ya en ese sentido se había pronunciado con anterioridad el entonces Presidente Bánzer), en la medida en que no violentase el espíritu de la "revolución del 21 de agosto". Esta era una manera encubierta de dedique ninguna Constitución regía en el país y que no había más ley que la voluntad del dictador. Nadie ignoraba que la Constitución es la viga maestra del ordenamiento jurídico, marco del cual no pueden, al menos teóricamente, salirse los gobernantes, lo que sería inconcebible si la "ley de las leyes" no estuviese por encima de cualquier otra disposición y normando a todas ellas, que por algo los juristas llaman adjetivas. Aprobar la vigencia de una Constitución de manera condicionada, limitada por las interpretaciones que de ella hagan los miembros del Poder Ejecutivo y por las conveniencias momentáneas de los dueños del poder, importa subalternizarla. El gorilismo dictó la frondosa legislación en abierta contraposición con los derechos y garantías establecidos por la Constitución e inclusive con las otras leyes que, sin embargo, no fueron expresamente derogadas. La manía codificadora del general Bánzer sólo encuentra paralelo en nuestra historia con la del Mariscal Andrés de Santa Cruz. El rasgo común de los proyectados códigos Bánzer consiste en su espíritu retardatario, que violenta todo lo adquirido en materia legislativa por las sociedades modernas.

Surge la pregunta: ¿por qué Bánzer se apresuró en poner en vigencia la Constitución, claro que solamente en el plano de los enunciados líricos? Por lo menos objetivamente sirvió para la exportación, para darla impresión de estabilidad jurídica, exigencia formulada de manera invariable por los inversionistas.

Aparentemente una Constitución condicionada no podía molestar a un régimen dictatorial, esto porque no estaba obligado a subordinar sus actos y disposiciones a una norma preestablecida. Sin embargo, la simple enunciación de la vigencia de la ley constitucional se tornó negativa para el gobierno. Las masas y particularmente la clase obrera, tomaron a la Constitución como punto de partida y de apoyo para su lucha en defensa de las garantías sindicales y democráticas en general. Muchos de los movimientos populares tenían como divisa el respeto a las disposiciones constitucionales y a su estricto cumplimiento. Si para Bánzer y sus adláteres había una Constitución mutilada de todo lo que puede ser favorable para las mayorías nacionales; para los explotados esa Constitución debía estar vigente en su integridad y luchaban diariamente por efectivizarla. Para los trabajadores, en forma particular, este problema adquiría importancia: el libre desenvolvimiento de las organizaciones sindicales (la vigencia de la Central Obrera Boliviana, por ejemplo), el respeto al fuero sindical, la libertad de reunión, de difusión de las ideas, etc, acertadamente fueron planteados como efectivización de principios y derechos consignados en la Constitución Política del Estado.

10 LOS SINDICATOS

El gobierno debutó marginando de la actividad legal a la COB, a la Federación de Mineros, a las organizaciones universitarias y a numerosos sindicatos de las ciudades. Allí donde resultó imposible la simple eliminación de las organizaciones laborales, el gobierno impuso a sus parciales como dirigentes e inclusive les obligó a cambiar de nombre. La izquierdista y batalladora Confederación Médica fue sustituida por un llamado Colegio Médico. El conocido traficante sindical Sanjinés Ovando fue colocado a la cabeza de los ferroviarios, violentando las decisiones de sus congresos y contra el repudio de las bases. A la Central Obrera Departamental de Santa Cruz se le propuso el rótulo de Unión sindical de Trabajadores. Para un organismo sindical que tiene su historia de luchas, de victorias y derrotas, el nombre no es algo superfluo, sino que forma parte de su tradición y está relacionado con sus objetivos y programas. Comprendiendo todo esto, los trabajadores cruceños, reunidos en ampliado en el mes de mayo de 1973, acordaron retomar, violentando así lo hecho por el gobierno, la tradicional denominación de Central Obrera Departamental.

Durante los días seis y siete de septiembre de 1971, se conoció la noticia de que las sedes de los sindicatos y federaciones de maestros de Oruro y La Paz, ocupadas militarmente, inmediatamente después de los acontecimientos del 21 de agosto (como también lo fueron los edificios de la Federación de Mineros en La Paz, Oruro, etc), fueron "devueltas" a grupos de maestros autotitulados "demócratas", que se declararon incondicionales servidores del oficialismo. Este paso, arbitrario desde cualquier punto de vista, marcó con nitidez los primeros pasos del avance del fascismo sobre el territorio nacional. Su marcha se vio entorpecida por la terca resistencia ofrecida, de manera abierta o no, por las organizaciones de base de la clase media (maestros y estudiantes, en Sucre se decretó la huelga general en protesta por las medidas adoptadas por el gobierno). En Uyuni, uno de los bastiones de la izquierda boliviana y punto estratégico militar y social, las organizaciones del magisterio fueron intervenidas por un coronel, que en 1973, sintiéndose incómodo por la muda resistencia de los educadores, hacía esfuerzos sobre humanos para la realización de elecciones amañadas. Falangistas y movimientistas no pudieron ganar la confianza de maestros y estudiantes y, las direcciones impuestas desde arriba conocieron momentos muy difíciles y el verificativo de elecciones libres marcó el inicio de su total bancarrota.

De un plumazo fueron desconocidas las organizaciones sindicales de los maestros y en su lugar los "demócratas" constituyeron comités provisionales. La Federación Nacional desarrolló clandestinamente sus actividades por más tiempo, pero al final fue también reemplazada por otro comité oficialista. Las organizaciones apócrifas no lograron constituirse en genuina dirección sindical debido al repudio y resistencia de los elementos de base; estaban formadas por elementos muy conocidos como traficantes y sirvientes incondicionales de todos los gobiernos (la Federación de Maestros Urbanos de La Paz difundió un comunicado en este sentido). Los usurpadores "demócratas" sólo pudieron actuar gracias al decidido apoyo que les prestó el oficialismo. El método consistió en la eliminación física de las direcciones sindicales. Algunos elementos fueron apresados, torturados e inclusive asesinados, otros enviados al exilio y los demás confinados y sañudamente perseguidos hasta que abandonasen el escenario. Luego se digitó a los nuevos dirigentes desde las oficinas del Poder Ejecutivo. Para el gobierno, preocupado como estaba en forjar un "sindicalismo" de su agrado y a su medida, ya no contaba para nada la voluntad del grueso de los sindicalizados. Estatutos y programas de las organizaciones laborales fueron también motivo de despiadada persecución, se los desconoció y sentenció a ser devorados por las llamas.

Los sectores laborales de la clase media se vieron relegados a un segundo plano, pero no acallados totalmente; su muda resistencia no dio tregua al gorilismo y sin proponerse cuidaron las espaldas de los sindicatos obreros de las minas, asegurando así el porvenir del movimiento revolucionario. Si las autoridades hubiesen podido, habrían comenzado actuando en la misma forma frente a los sindicatos obreros en las minas y si no lo hicieron así fue porque eran conscientes de que la resistencia de estos sectores sería mucho más violenta y militante y porque en ningún momento lograron aplastar del todo a los focos de resistencia de las ciudades. Esto no quiere decir que la represión fascista no hubiese alcanzado a las organizaciones proletarias, conocieron sus consecuencias, pero sus efectos se fueron atenuando a medida que la ubicación geográfica y acción de esos sindicatos se alejaban de las grandes ciudades. Luego, los métodos fascistas de gobierno parecían haberse agotado en la tremenda lucha contra esa hidra de infinitas cabezas que es el radicalismo pequeño-burgués ciudadano. Los gorilas no tuvieron un solo momento libres las manos para poder arreglar cuentas a fondo con las organizaciones proletarias. Antes de que el fascismo pusiese orden en los centros vitales de su actividad, le sorprendió

el nuevo ascenso de las masas. ¿Será permitido concluir que ya no era posible en el futuro la represión fascista en la minas? La deducción, si existió, fue arbitraria. El mismo Bánzer recurrió a esta última carta en un momento de desesperación. Ya hemos visto que existieron grupos castrenses que se organizaron y conspiraron teniendo como eje la idea de una mayor acentuación de la lucha anticomunista, es decir, antiobrera.

Los hechos anotados muestran el perfil inconfundiblemente fascista del gobierno castrense nacido del golpe contrarrevolucionario del 21 de agosto de 1971. El gorilismo, cuyo portavoz de turno era el flamante general Bánzer, no era únicamente un gobierno que utilizó métodos castrenses: la violencia estatal organizada fue descargada, principalmente, contra el movimiento obrero y los partidos políticos que pretendían expresar programáticamente sus intereses históricos. Para existir la dictadura totalitaria tuvo que destruir, necesariamente, las garantías democráticas y constitucionales; mas, esta destrucción no tuvo el mismo contenido ni alcances para todas las clases sociales, aunque es cierto que el país ingresó a un período de deterioro general de las normas legales, ideadas y puestas en vigencia en su momento para la defensa del régimen de la propiedad privada de los medios de producción¹⁵. Esta aclaración es necesaria porque también desde la derecha se demandó la vigencia de la Constitución y de las garantías democráticas.

El fascismo es la última y la más brava de las cartas que pueden utilizar el imperialismo y sus sirvientes criollos y se dice esto por su elevado costo y porque sus métodos brutales pueden alcanzar a ciertas capas de la misma clase dominante. La democracia formal constituye el marco ideal para el desenvolvimiento de los gobiernos de contenido burgués. Un régimen totalitario desarrolla, obligadamente, tendencias estatistas, aunque éstas choquen, como en el caso boliviano, con la decisión de garantizar el libre desarrollo de la empresa privada. Este estatismo, que por lo menos busca poner orden en la vida nacional, es lo que más molesta a los "demócratas" burgueses. El cercenamiento de las garantías democráticas y la arbitrariedad convertida en norma gubernamental también alcanzan a la derecha. Es por todo esto que la reacción sólo excepcionalmente recurre al fascismo, prefiere antes dar manotazos dentro de la democracia formal. Aunque derecha e izquierda pidan la vigencia de las garantías democráticas, lo hacen dentro de perspectivas diferentes y hasta opuestas. La derecha precisa de la vigencia de la Constitución para el libre desarrollo burgués y para eso fue elaborado este cuerpo legal. La izquierda considera la lucha por las garantías democráticas como parte de su actividad revolucionaria que tiende a sobrepasarla democracia burguesa más perfecta para alcanzar el socialismo.

El desconocimiento y limitación de las garantías democráticas tiene diverso alcance ya se refiera a la derecha o a la izquierda. Tratándose del movimiento obrero, el objetivo del gobierno es su aplastamiento físico y hasta sangriento, el arrancar de cuajo toda posibilidad de vida política y hasta sindical y el impedir la difusión de sus ideas. A la derecha se le limitan simplemente las garantías democráticas, buscando que no vaya más allá del marco señalado por el gobierno.

El Ministro del Interior Adet Zamora no se cansó de repetir que todos los que formaron parte de la Asamblea Popular, por ejemplo, debían considerarse candidatos a la prisión y a toda su secuela de monstruosidades. La prensa revolucionaria se vio obligada a moverse en las tinieblas de la clandestinidad más estricta y su difusión fue severamente castigada. La tenencia de una hoja, de un libro, de un documento, editados por los partidos de izquierda constituía un grave delito. Las puertas de las fábricas y las graderías de las aulas universitarias se trocaron en silenciosos depósitos de donde la curiosidad se proveía de las hojas ilegales faccionadas por obreros y estudiantes. Cuando el descontento y la agitación crecían también se multiplicaban los impresos y aparecían sorprendentes siglas que se estampaban al pie de manifiestos y protestas. El Primero de Mayo de 1973 circularon decenas de impresos y en ellos se leían nombres de organizaciones hasta ese momento desconocidas y seguramente muchas de ellas formadas por dos o tres personas. Propaganda anónima y muchas veces escrita a máquina, consignas fijadas en un pedazo de papel con un marcador cualquiera, expresaban la decisión de seguir luchando contra la dictadura. Se convirtió en norma que los izquierdistas fuesen eliminados físicamente en las mismas celdas policiales; el despertar popular permitió a los familiares de Félix Sandoval Morón denunciar en voz alta su asesinato; la cursi explicación oficial dijo que un grupo de encapuchados lo victimó cuando se encontraba en manos de sus carceleros. Muchos de los nombres de las víctimas de esta época volverán a aparecer en 1979 con motivo del enjuiciamiento de Bánzer en el parlamento, aunque no alcanzó mayor trascendencia.

En Bolivia era inconcebible la reunión pública de un partido obrero o simplemente democratizante;

15.- "Política social y minera del gobierno", Bolivia, 1973.

incluso en 1977 sólo podían efectuarse pequeñas y rápidas reuniones políticas en la clandestinidad. La plana mayor revolucionaria estaba en las cárceles, en el exilio o llevando vida subterránea. Ningún izquierdista podía hacer política en el Prado de La Paz, cosa habitual en el pasado. Contrariamente, hubo una especie de oposición democristiana, nacionalista y derechista tolerada, que recordaba las disputas domésticas entre parientes. La derecha opositora fue ciertamente molestada por los organismos de represión, amenazada y limitada en su acción. No pudo gozar a plenitud de las garantías democráticas y menos abusar de ellas, pero, sobre todo debido a su poderío económico y a la afinidad, en definitiva, de objetivos con el gorilismo, sacó todavía muchas ventajas de los enunciados constitucionales. Las agrupaciones de derecha publicaban solicitadas en los periódicos de gran tiraje, con críticas y reparos a algunas disposiciones y actos gubernamentales. No habían imprentas ni rotativos para la izquierda, que era mencionada únicamente para calumniarla. La gran prensa siguió publicándose, aparentemente sin mayores presiones, aunque salta a la vista que por lo menos imperaba la autocensura decidida por sus cuerpos directivos. "Presencia" de La Paz instaló nuevos talleres gráficos y oficinas en el mes de mayo de 1973. Menudearon las bendiciones eclesiásticas y estuvieron presentes el general Bánzer, que pronunció un discurso de circunstancias, y otras autoridades del gobierno. Los negocios prosperaron y parecían existir buenas relaciones entre la dictadura y los periodistas "independientes". Pero, en un período de aguda crisis política hasta el uso limitado de las garantías democráticas y de los derechos constitucionales molestan en extremo a la dictadura y entonces vienen las amenazas y las promesas de llevar a la cárcel a los reporteros que cometen el delito de inquirir noticias por su cuenta y sin ajustarse a los datos oficiales (eso ocurrió después de la devaluación monetaria y del asesinato del coronel Selich). Las radioemisoras eran a veces más osadas, acaso por ser menos controlables, y fue posible percibir en ellas la crítica velada o la información temeraria. Con todo, los periodistas y radialistas eran vigilados, se les interceptaba las conversaciones telefónicas y la correspondencia postal. El comentarista de Radio Fides, en los primeros días del mes de junio de 1973, se quejó de que en Bolivia, a diferencia de lo que ocurría en los Estados Unidos, nadie se escandalizaba porque los organismos policiales controlasen la vida privada de algunos ciudadanos.

No se podía señalar el grado de limitación de las libertades democráticas como algo establecido para siempre; era, más bien, el resultado de las vicisitudes de la lucha de clases. Por momentos setenía la impresión de que el gobierno arrasaría inclusive con el menor de los resquicios democráticos, otras veces el retroceso de las autoridades era ostensible, se trataba casi siempre del aflojamiento táctico frente a la presión adversa de la opinión pública o de la resistencia de las masas. Los gorilas estaban seguros de que no correrían el riesgo de ser derribados por defender o desahuciar una garantía democrática. Un ejemplo: en los polos extremos se tenían el desconocimiento del habeas corpus (consagrado por la Constitución, como principio fundamental) por simple decreto que autorizaba retener a los reclusos todo el tiempo que juzgasen necesario las autoridades, lo que equivalía a retornar a la barbarie feudal, y, como su antinomia, la declaración oficial en sentido de que el documento "Evangelio y violencia" (1973), pese a las acres y directas críticas al gorilismo, era constructivo, alentador y de ningún modo anti-gubernamental; contrariando declaraciones anteriores, expresadas por algunos ministros de Estado, se concluyó rodeando de garantías a sus firmantes. Tuvo que violentar a los que creían que el gorilismo sólo podía seguir una línea uniforme de negación de toda garantía democrática, sin operar retroceso alguno, la autorización dada para el retorno al país del dirigente fabril Valencia, pese a que se atrevió a decir en plaza pública y en voz alta que los militares no eran más que monigotes de los yanquis¹⁶. La propaganda porista hizo la siguiente caracterización de la línea cambiante del gobierno: "El gorilismo fascista -paradójicamente- es un gobierno débil, minado por tremendas contradicciones internas, en colisión con los empresarios privados, visto con desconfianza por ciertos organismos norteamericanos y, lo que es más importante, cada día más acosado por un pueblo que lo odia a muerte. Su conducta es oscilante, necesariamente oscilante, diríamos: va desde la represión (el asesinato llano y simple) hasta la

16.- Cuando parecía que los sindicatos habían logrado, gracias a la enérgica movilización de las bases obreras, una remarcable victoria frente a la política represiva y obligado al gorilismo a retroceder, el equipo ministerial reinició su ataque. El Ministro de Trabajo, Guillermo Fortún, expresó: "El señor Valencia no va a retornar al país porque no es dirigente sindical sino político. De hacerlo tendría que permanecer detenido ya que ha sido juzgado por la Ley de Seguridad del Estado. De todos modos, esa es la decisión del Gobierno, no volverá al país". Esta brutal advertencia formaba parte de una serie de medidas anti-obreras: mantener congeladas las remuneraciones hasta octubre de 1973, como respuesta a las demandas de compensación económica presentadas por bancarios y ferroviarios; negativa a autorizar la reapertura de la Central Obrera Boliviana.

Las mencionadas declaraciones fueron registradas en "Presencia" de La Paz de 12 de junio de 1973.

tolerancia a regañadientes. Esto no debe movernos a engaño: Bánzer y su equipo ministerial no llegarán al extremo de permitir a la oposición obrera y revolucionaria ganar el marco democrático irrestricto, lo más que puede hacer es otorgar algunas concesiones democratizantes; no debe olvidarse que existe por su condición de carnicero de la izquierda" (Op. cit.).

El gorilismo consideraba como algo normal la cancelación de las garantías democráticas, utilizada en su lucha contra el movimiento obrero. No bien las masas ganaron las calles, el gobierno Bánzer se vio obligado a convertir el estado de sitio en un régimen permanente y volvió a actualizar la Ley de Seguridad del Estado, dictada por Barrientos para escarmentar a los izquierdistas.

Desde que las garantías democráticas fueron canceladas, los explotados comprendieron que su lucha debería centrarse alrededor de la reconquista de esas garantías y en este terreno se comenzó logrando algunas victorias significativas. Después de batallar un año, la Federación de Mineros pudo actuar legalmente y se le devolvió su local. Pese a las constantes protestas del oficialismo, funcionaba en Bolivia una rama de la organización internacional denominada "Justicia y Paz", estructurada a la sombra de la Iglesia y que se encontraba apuntalada por la también mundial Amnesty International. "Justicia y Paz" luchaba por el respeto de los derechos elementales de los detenidos, porque se les aplique la ley y les prestaba ayuda jurídica y moral. Como se sabe, repudia la violencia en esta sociedad basada en la violencia, pues no otra cosa es la lucha clasista. En estas condiciones, el mantenimiento de cientos de presos por mucho tiempo se convirtió en un serio problema político para el régimen dictatorial, razón por la cual comenzó ocasionalmente a remitir a los tribunales de justicia ordinarios a los reclusos, lo que permitió a "Justicia y Paz" conocer su cuarto de hora de popularidad.

El gorilismo fascista, por su propia naturaleza, tuvo en la actitud que asumió frente al movimiento obrero la piedra de toque de su verificación. Gorilismo y sindicalismo revolucionario son extremos polares que se excluyen. Los avances que hicieron las organizaciones laborales en materia organizativa, en la acentuación de la independencia clasista, importaron el consiguiente debilitamiento del gobierno totalitario y prepararon la futura victoria de la clase obrera. Así lo entendieron los trotskistas, que prestaron mucha atención a los progresos que tuvieron lugar en el plano sindical.

Pero, se preguntaron muchos escépticos, ¿cómo era posible que después del establecimiento de un régimen de corte fascista se tuviese que seguir discutiendo acerca del porvenir de los sindicatos? El fascismo, de la misma manera que la democracia no pueden considerarse como una abstracción, sino como el producto de condiciones políticas concretas, que siempre muestran notables particularidades. Lo único que se mantiene inalterable por encima de las variantes son los rasgos más generales de ambos regímenes. Hemos visto ya que el gorilismo se instaló en el Palacio Quemado después de su alzamiento y las batallas que ganó en La Paz y otros centros, pero resulta que sus disparos -reiteramos- no dieron en el blanco que había elegido con anticipación (las organizaciones sindicales y políticas representativas de los mineros), esto debido al gran repliegue táctico que realizó oportunamente el movimiento obrero, maniobra que configuró toda la situación política posterior a agosto de 1971 y también muchas de las características del gobierno.

A la caracterización del gobierno de Bánzer como fascista se ha respondido que no es tal (algunos insinúan que era más bien bonapartista, sin precisar si tendía a radicalizarse hacia la derecha o hacia la izquierda) porque no contó con el apoyo de la clase media y porque los sindicatos siguieron funcionando, aunque con algunas limitaciones.

Hemos ya analizado que la constitución del Frente Popular Nacionalista demuestra que los conspiradores uniformados tuvieron como eje de sus operaciones a un sector de la clase media y que dieron muestras inequívocas de su afán de conquistar popularidad en el seno de las masas, que en caso de pleno éxito habrían visto facilitado el cumplimiento total de su programa antiobrero y antinacional. Otra cosa es que las exigencias de la empresa privada y del imperialismo (modernización del sistema de percepción de impuestos, cuya primera consecuencia sería la universalización de las cargas tributarias, devaluación monetaria, aranceles proteccionistas en favor de los industriales nativos y prohibición de importación de artículos que se producen en el país, etc.) hubiesen obligado a los gorilas a adoptar una política económica social contraria a los intereses más elementales de la mayoría de la clase media, que los pequeños y medianos comerciantes, que llevan una existencia semi-parasitaria, metidos en los poros de la sociedad, se hubiesen sentido defraudados por la brutal represión del contrabando, por las medidas de extorsión al vendedor al detalle, etc. (el apoyo de los industriales era para los gorilas más importante que los votos

resolutivos laudatorios que periódicamente lanzaban, los buhoneros del mercado negro, que pese a todos los palos que recibieron siguieron puntalando al gobierno), que los miles de postulantes a cargos públicos se hubiesen vuelto "opositores" al verse condenados a seguir agonizando en la desocupación. La prédica del oficialismo en sentido de que es preciso llevar bienestar a la mayoría nacional, limitando los excesos de las minorías de derecha y de izquierda, parece haber sido acuñada para impresionar a vastos sectores de la clase media, si esto no ocurrió es porque las condiciones económicas y políticas imperantes le fueron adversas en definitiva. Confió en que la gran afluencia de inversionistas ensancharía las fuentes de trabajo y crearía un ambiente de bienestar general lo que explica que se hubiese aprobado una ley de inversiones totalmente favorable al capital financiero y contrario a los intereses nacionales más elementales. La inestabilidad política y social y el carácter arbitrario de las normas legales adoptadas no permitieron que se ensancharan más las inversiones.

Como hemos señalado más arriba, la destrucción física de todas o las más importantes organizaciones obreras se realizó desde el primer momento porque no pudo el gobierno y no porque no quiso, pese a ser éste uno de sus proyectos más acariciados. El aplastamiento material de las organizaciones proletarias aparece inscrito en el programa del gorilismo desde los primeros días. Los críticos de las posiciones puristas se toman la libertad de olvidar, para justificar sus argumentaciones, que la liquidación de los sindicatos y de sus direcciones, en la medida en que eran producto de la voluntad de las bases, comenzó en las ciudades y la operación fue cumplida aquí en toda su profundidad. Pero, ocurre que en los grandes centros urbanos no está, precisamente, el sector fundamental del proletariado; las organizaciones sindicales son, en gran medida, de la clase media. El gorilismo no abandonó en ningún momento de su accidentada existencia su voluntad de someter a los sindicatos al Estado, de reestructurarlos integralmente de acuerdo con sus intereses, de eliminar de su seno y de sus direcciones a los elementos catalogados como extremista, etc. Los "sindicatos" para existir estaban obligados a convertirse en soportes del gorilismo, azar su misma "ideología" y ejecutar ajustadamente los planes del gobierno. Se trataba de la típica conducta fascista frente al movimiento obrero. Se puede añadir que no alcanzó a ser impuesto totalmente este programa, pero esto se debió únicamente al hecho de que los gorilas no tuvieron la oportunidad de ahogar en sangre al proletariado minero y de aplastar de manera total a los sectores de la clase media.

Independientemente de lo que pudo o no hacer el gorilismo de manera inmediata y segura, no se debe olvidar que elaboró toda una "doctrina" en materia sindical y que fue, prácticamente, una declaratoria de guerra contra las organizaciones laborales revolucionarias, que partían de la independencia de clase del proletariado y de la lucha de clases. Es ese programa, al que los gobernantes pretendieron ajustar su conducta cotidiana, el que define el carácter del régimen castrense. Por otra parte, ese programa se desprende de todo lo que ha dicho y hecho el gorilismo a lo largo de su gobierno, otra cosa es que determinadas condiciones hubiesen impedido sea impuesto en su integridad.

El documento del gorilismo sobre "política social" de tres de febrero de 1973, expresó su posición frente al movimiento obrero, de una manera categórica y que no permitía torcidas interpretaciones. Bánzer, al presentar al país el larguísimo escrito, señaló que "las relaciones laborales y el movimiento sindical, forman parte básica de la política social del gobierno nacionalista", añadiendo que da "un contenido doctrinal a todo el esquema social".

El plan de política social no era ciertamente, un enunciado lírico, sino que llevaba la manifiesta intención de convertirse en justificación anticipada de la acción destinada a acabar con las convulsiones sociales e imponer "orden, paz y disciplina" (tríada básica de la doctrina fascista), como punto de partida de la "Bolivia nueva"¹⁷.

El plan de política social era un documento de once capítulos y en cada uno de ellos se encontraba una fundamentación con el título de "consideraciones generales", a la que seguían los "objetivos" (ampulosa enumeración de metas muy generales), las "prioridades", donde se encontraba catalogado lo que realmente buscaba el gorilismo y los "instrumentos" que se pensaba crear en los campos legal, financiero y crediticio.

17.- El hombre de la calle estaba seguro que había mucho de verdad en el rumor sobre la militancia de Bánzer en la fascista Falange Socialista Boliviana; aquel tuvo que rectificar dicho extremo en forma pública: "No soy falangista, ni pertenezco a partido político alguno. Creo en Bolivia" ("Presencia", La Paz, 10 de febrero de 1973).

Precedía al documento una kilométrica y presuntuosa introducción que llevaba nada menos que el título de "La problemática social boliviana", cuya lectura revelaba la esencia del pensamiento de los gobernantes uniformados. Para comenzar: en los últimos veinte años -estamos siguiendo el documento- se han producido profundos cambios en el panorama social del país, denunciados por un acelerado y excesivo avance de los derechos y prestaciones sociales en favor de las mayorías nacionales, particularmente de la clase obrera, esto por una parte, y, por otra, por la preponderancia de las organizaciones laborales en todas las facetas de la vida nacional. Junto a este fenómeno se tiene la emancipación de los campesinos, como resultado de todo el proceso social, que determinó que una parte de ellos se convierta en asalariado o se asiente en las ciudades y, particularmente, gracias a las bondades de la reforma agraria. "Esa masa campesina, explotada y mediatizada, recuperó la plenitud de sus derechos y libertades, con la dictación de la Ley de Reforma Agraria. Esta medida trascendental, que marca un jalón sin precedentes en nuestra historia, provocó una conmoción social y política que revolucionó a la nación toda. De acuerdo al principio de la 'tierra de quien la trabaja', los colonos se convirtieron en propietarios de la tierra y sus derechos fundamentales fueron reconocidos, incorporándose gradualmente al mercado de consumo".

En el plano de las conquistas y derechos sociales se avanzó demasiado -según los gorilas- y se impusieron como tarea el realizar un alto en el camino, tal vez para efectuar reajustes secundarios en un mecanismo ya funcionando, pero de ninguna manera para ir más allá. Los avances en exceso, vale decir, ilógicos, chocaban -al decir de la dictadura-violentamente con el "bajo nivel socio-cultural de los elementos humanos activos, especialmente los campesinos". Vale la pena recordar que recién entonces se habló del estudio y establecimiento del seguro social campesino. El documento sostenía que había que educara la mayoría nacional para que se elevase hasta el alto nivel de las descomunales reivindicaciones ya logradas en el campo social. No sólo se trataba de educar a obreros y campesinos, sino de remodelarlos conforme a las características nacionales, porque, se añadió, la incultura se ve agravada por la entrega a "teorías alienantes", como el marxismo, por ejemplo. Esta conclusión constituía el hilo conductor de todo el plan de "política social" enunciado por el gobierno de entonces y era parte importante de su filosofía fascista.

No puede reducirse el sindicato a una generalización, como si fuera únicamente la reunión de los obreros que trabajan en una empresa y nada más, que es lo que se desprende del documento faccionario por los gorilas. La tarea más elemental del sindicato es, ni duda cabe, la de defender a los obreros de la prepotencia y explotación patronales. Las más importantes organizaciones sindicales bolivianas constituyen poderosos instrumentos de movilización de las masas en la marcha hacia su liberación. El papel que cumpla el sindicato en favor o en contra de su clase, depende de la orientación que sigan sus direcciones, vale decir, de la política en que se inspiren. Los marxistas (trotskystas) sostienen que la lucha sindical es sólo parte de la política revolucionaria del proletariado y que la batalla por las reivindicaciones inmediatas debe tener como punto de referencia la misión histórica de la clase de la conquista del poder político. El partido revolucionario tiene la tarea de dirigir ideológica y políticamente a las organizaciones laborales. En la base de esta concepción se encuentra el principio de la independencia de clase y el respeto irrestricto a la democracia interna, vale decir a la voluntad de las bases. Son estos pilares los que el gorilismo pretendió destruir, a fin del llevar adelante su plan de estatización de las organizaciones laborales.

Al leer la obra maestra del oficialismo en materia social se podía comprobar que no era más que el plato recalentado de una de las concepciones fundamentales del general Barrientos: "es preciso erradicar, definitivamente, la anarquía, la falta de responsabilidad y la alienación doctrinaria en un país que requiere trabajo, disciplina y alto sentido patriótico". Estas palabras encerraban la proposición de destruir a las organizaciones sindicales existentes para luego reestructurarlas de acuerdo con los objetivos del oficialismo. Bánzer, de igual manera que todos los gobernantes de mentalidad policial, sostuvo, una y otra vez, que la naturaleza y conducta sindicales eran la obra exclusiva de los enemigos de la Patria, de los extremistas y demagogos. La conclusión de este planteamiento sólo podía ser una: marginar a estos malos elementos de los centros de trabajo e inclusive del territorio nacional. Su eliminación, para ser consecuentes con el pensamiento y tradición gorilas, era presentada como un alto deber patriótico. Como hemos visto, el asesinato en las mazmorras y el asalto a bala de los domicilios de los revolucionarios, a fin de asesinarlos antes de que llegasen a las prisiones, fueron elevados a la categoría de recursos preferidos para el mantenimiento del "orden público" y de la tranquilidad nacionales. Estos antecedentes y las creencias más acariciadas de los dueños del poder, es decir, su "filosofía", obligaron a concluir que el principio de la "erradicación definitiva de la anarquía" suponía la eliminación física de los extremistas. Los agitadores, extremistas y comunistas fueron simplemente colocados al margen de la especie humana y cuando las autoridades se referían al respeto de la dignidad del hombre, etc., es claro que no estaban

pensando en ellos.

Sería arbitrario suponer que Bánzer se limitó a esto, fue mucho más lejos: la reestructuración de las organizaciones obreras y la total modificación de sus objetivos. "En el pasado inmediato, el proceso de desarrollo económico, encontró dificultades por causa de la desorientación y distorsión de los verdaderos objetivos de las organizaciones sindicales..." El Presidente de la República creyó poder modificar la realidad nacional conforme a sus deseos y que se bastaba el solo para tan descomunal tarea: "Una de las causas de la convulsión social que ha caracterizado a la vida republicana, se debió a la falta de definiciones claras en lo económico y social". Prestamente tomó para sí la tarea de enumerar esas definiciones y estaba seguro que después de su enunciación y con la ayuda de algunos cadáveres de demagogos, la Nueva Bolivia estaría construida.

Sabemos que el nacimiento de los sindicatos es consecuencia del desarrollo histórico de la sociedad, un producto del capitalismo. Violentando esta evidencia, y no por casualidad, el general Presidente informaba que "el derecho de libre asociación sindical para la defensa de los intereses del sector laboral, no sólo tiene origen en las disposiciones legales de la República, sino fundamentalmente en el derecho natural", lo que venía a convertir al sindicato en una categoría de vigencia por encima del tiempo y de las transformaciones de la sociedad. Esta postura más que burguesa era tradicionalista reaccionaria y lo era toda vez que se refería a la defensa de los valores culturales autóctonos, etc. Bánzer estaba convencido que también el despotismo que ejercitaba sobre el pueblo boliviano arrancaba del derecho natural. El reordenamiento de las organizaciones obreras, la educación de los dirigentes obreros a medida y sabor del gorilismo, el acondicionamiento del movimiento obrero a los objetivos y necesidades del gobierno castrense de derecha, etc., eran considerados como el retorno al derecho natural. Bánzer se ha presentado ante el país como el regenerador de los sindicatos, que los consideraba prostituidos y entregados a intereses internacionales, o sea, antinacionales.

La finalidad más elevada que el gorilismo asignaba a los sindicatos era la de "participar activamente en las labores de orientación y ejecución de programas específicos de desarrollo" (programas fijados por el gobierno gorila, de acuerdo a sus planes económico y social y sin ninguna participación de las organizaciones obreras), lo que equivalía a convertirlos en simples tuercas del aparato estatal, en transformar a los dirigentes obreros en empleados fiscales. El futuro de los sindicatos, según Bánzer, radicaba en su estatización.

En el esquema de transformación de la mentalidad de los bolivianos, que eso era lo que, en definitiva, buscaba el gorilismo, el sindicalismo renovado ocupaba un lugar de importancia, esto porque tomaba en cuenta "la gravitación prioritaria que tienen las organizaciones laborales en todas las facetas de la vida social, trátese de la producción de la política o de la vida social". Se imponía modificar radicalmente la estructura y sentido del sindicalismo porque -según expresa el plan de política social- "la reconstrucción económica no será posible con el ímpetu social necesario si no se modifican determinados hábitos mentales y sociales en los hombres, si no se vence la costumbre, la rutina, y en suma, si no se ha creado una conciencia de desarrollo en la mente y en el corazón de cada uno de los participantes". Eso era lo que tenían que hacer los sindicatos bajo el directo control del gorilismo, pues era éste el poseedor de la suprema verdad.

Al sindicato se le asignaba ser en el futuro organismo de cooperación y armonía obrero-patronal, para esto era necesario obligarle a abandonar total y definitivamente el terreno de la lucha de clases. "Las organizaciones sindicales constituyen el medio, a través del cual el Estado, en su papel de empleador, y la actividad privada, se vinculan con aquella (la clase obrera), en busca de soluciones adecuadas y armónicas para los diferentes problemas. Propender la implantación del diálogo entre empleadores y trabajadores con la finalidad de elevar los niveles de la productividad así como el mejoramiento de los niveles salariales teniendo como objetivo común defender y preservar la vigencia de las fuentes de trabajo adecuándose a la realidad".

Es fácil comprender que para el gorilismo el enemigo número uno era la lucha de clases, lo que denunciaba su naturaleza pro-patronal y antiobrera. En Bolivia, país de descomunales y abismales contradicciones clasistas, esta nueva filosofía sindical no tenía cabida, ni por las tradiciones del sindicalismo ni por el alto nivel político alcanzado por la clase obrera. Pero, no nos engañemos, el gorilismo tenía decidido utilizar las ametralladoras en su incongruente y arbitrario empeño de erradicar la lucha de clases e imponer la imposible armonía obrero-patronal.

Los ingenuos quedaron bien impresionados cuando en el documento leyeron la especie de que los sindicatos debían ser “apolíticos”, lo que a veces se tomó como independencia del movimiento obrero frente al gobierno. Algunas frases dichas al desgaire sobre los fines propios de los sindicatos denunciaron que lo que se buscaba, más bien, era el sometimiento de las organizaciones laborales a la política del gorilismo. Puntualizamos algunos de los objetivos que se señalaron en este terreno:

Las organizaciones obreras debían abandonar su tradicional ideología, aquella que sirvió de eje para su estructuración como clase, y adoptarla dictada por el gorilismo, es decir, tenían que servir a la política de corte fascista, convertirse en su puntal y actuar como tal en el seno de las masas. Se les exigió que concluyesen como instrumentos de la política represiva contra las direcciones elegidas por las bases: “Desempeño de las organizaciones sindicales, sin convertirse en entidades que protejan a personas que, haciendo mal uso de la función sindical y distorsionando su verdadero sentido atenten contra los intereses de la colectividad o seguridad del Estado”. Despolitizar, en el lenguaje del gobierno castrense, quería decir quitarles sus rasgos revolucionarios, para cumplir este objetivo reaccionario, el gobierno no tuvo más camino que meter la mano en la vida interna de las organizaciones obreras y su documento sobre política social estaba destinado a justificar este paso.

La violencia gorila (violencia que, unas veces, ya ha dado pruebas inequívocas de lo que puede y que, en otras oportunidades, se condensa en el enunciado programático) se tiñó de patriotismo al expresar tácitamente que su finalidad era la de desmarxistizar los sindicatos, es decir, limpiarlos de ideas antipatrióticas y de impedir que continuasen “enfeudados” al exterior. La reiterada invocación de lo autóctono tenía el mismo sentido: volver a la tierra, dando las espaldas al marxismo extranjerizante. “Las organizaciones sindicales fueron transformadas en trincheras de lucha en base a doctrinas alienantes, frustrando, de esta manera, al grueso de los trabajadores que buscaban una respuesta a sus necesidades de orden económico y social”. En otro lugar se afirmaba: “La arriesgada pero grandiosa tarea que aguarda a los bolivianos, es la de probar si serán capaces de construir un mundo nuevo, sin recurrir a la violencia y al empleo de prácticas e ideologías ajenas a la cultura y a la tradición de nuestro pueblo”. El gorilismo, encarnación de la violencia reaccionaria, tuvo el cinismo de exigir a los sindicatos que repudiasen los métodos violentos, lo que importaba decir que se sometiesen dócilmente a los dictados del gobierno.

Con persistencia se buscaba minimizar al movimiento obrero, que se lo suponía hipertrofiado y prepotente; enseñarle (obligándole así a olvidar todo lo que había aprendido) que no puede ser clase dirigente y que su extrema incultura le imponía seguir y obedecer a los más capaces y a los predestinados, que no eran otros que los generales de la jerarquía castrense. Era para éstos que se escribió lo que sigue, con la intención de consagrarlos como caudillos por derecho natural: “No solamente todos y cada uno de los bolivianos deben saber hacia dónde marcha su revolución, cuál es su programa de trabajo, cuáles los objetivos principales y secundarios, cuáles las soluciones alternativas, sino que la vanguardia conductora debe estar firmemente cohesionada y actuar, eficiente y conscientemente, para vencer las vacilaciones y la confusión que surgen inevitablemente en todo movimiento social como resultado de las primeras dificultades”.

Los sindicatos debían -según lo programado por el oficialismo- cooperar tan decididamente a los planes gubernamentales, que su primera misión consistía en moderar sus aspiraciones económicas, cuidar los intereses patronales y contribuir a la vigencia del equilibrio entre la producción y las remuneraciones. Más tarde (1979-1980) la burocracia de la COB volverá a repetir esta tesis capitalista. El movimiento obrero, dijeron los cazadores de brujas, conducía a la bancarrota, porque tenía en cuenta únicamente sus intereses de clase y no la prosperidad empresarial. Lo primero que tenía que hacerse era cortar las alas a los obreros, acostumbrados a formular demandas exorbitantes: “Empero, los derechos sociales deben, en términos generales, corresponder a un determinado estado y capacidad de la economía. Es preciso buscar un equilibrio completo entre ambos términos de la ecuación... La fórmula concordante entre la política social y desarrollo económico ha sido enunciada en términos simples al tratarse de economías desarrolladas: los salarios altos son el mejor medio para asegurar utilidades razonables a la industria. Es fundamental la adopción de una política social que se halle acorde con nuestra propia realidad...” El gorilismo buscaba encerrar al sindicalismo en los estrechos moldes del tradeunionismo más mezquino, que se conforma a limitar sus propios objetivos salariales a las posibilidades de los empresarios. El economismo propugnado por Bánzer estaba al servicio de una política totalitaria y reaccionaria, era parte de ella. La máxima concesión que se ofrecía a los obreros, esto para un futuro indeterminado, era la fijación del salario familiar y que no sería más que la reunión de todas las vigentes “prestaciones fraccionadas que... desaparecen en gastos superfluos (subsidios de lactancia, familiar, pre-familiar,

matrimonial defunerales y del hogar)". De una manera general, las leyes sociales fueron presentadas como excesivamente generosas.

Partían de la certeza de que los obreros no tenían capacidad creadora y por tanto era absurdo pensar que pudiesen encaminarse hacia el poder; les parecía delirio y despropósito de malos bolivianos, que debían ser totalmente extirpados para felicidad de los propios trabajadores. Se sostuvo que si algo importante se hizo en el campo obrerista fue gracias a los nacionalistas, elementos extraños, en cierta manera, al sindicalismo. La historia fue falsificada y condicionada a las necesidades de la reacción, siguiendo en este terreno lo ya hecho por los teóricos y escribas del MNR:

"Con las presidencias de Toro y Busch avanzó la política social, mediante la creación del Ministerio de Trabajo y la dictación de la Ley General del Trabajo. Durante el gobierno del segundo, se organizó la primera Confederación de Trabajadores, que llevó una vacilante y precaria vida hasta el gobierno del coronel Villarroel, durante el cual los sindicatos adquirieron mayor vitalidad. Es en este período que el movimiento obrero logró, por primera vez en Bolivia, hacerse presente -organizativamente- en el escenario de las luchas sociales. En 1952 se produce otra etapa de ascenso de las masas laborales, quienes prolijadas por el nacionalismo revolucionario fundan su Central Obrera Boliviana, sellando la unidad aparente del movimiento nacional".

¿Por, qué el gorilismo marginó tercamente de la vida nacional a la COB, valiosa herencia -según su testimonio- del glorioso pasado del nacionalismo? Según las declaraciones al respecto del Ministro de Trabajo de Bánzer:

"Por el momento la Central Obrera Boliviana no se abrirá. Su apertura no se autorizará bajo ningún punto de vista". Añadía -dice "Presencia"- que la decisión del gobierno era unánime, pese a que existían varias organizaciones laborales que realizaron gestiones para lograr el funcionamiento del máximo organismo sindical de la clase trabajadora del país¹⁸. El movimientista Guillermo Fortún, Ministro de Trabajo a la sazón, puso interés en hacer resaltar que la actitud anti-cobista del gabinete era unánime, afín de hacer constar que también los representantes del MNR y de FSB respaldaban la línea adoptada por el grupo militar, encabezado por el general Bánzer. Si lo que sostiene el documento sobre Política Social correspondiese a la realidad, el anticobismo de los gorilas resultaría inexplicable y absurdo. El nacionalismo de contenido burgués y la COB han seguido dos líneas diferentes y diametralmente opuestas, habiéndose creado entre ambos extremos un profundo abismo, que los gorilas se han encargado de llenarlo de sangre. El no funcionamiento de la COB se convirtió en uno de los principios del gobierno, que sólo podía ser derribado por el poderoso empuje obrero y popular; llegado ese momento, los mismos que se negaron a aplicar el Código del Trabajo frente al pedido de funcionamiento del organismo laboral supieron encontrar argumentos legales para darle luz verde¹⁹.

Se olvidaron las situaciones políticas concretas buscando convertir en una abstracción, en una generalización, el esfuerzo obrero por aumentar la producción e inclusive renunciar a sus propios objetivos inmediatos (salariales). Se pretendió convertir esta actitud, admirable por muchos conceptos, en la norma que debía guiar al sindicalismo de todos los tiempos. "Los trabajadores cumplieron un gran rol dentro de este esfuerzo nacional. Realizaron abnegados empeños para elevar la producción, como lo hicieron los mineros en los primeros meses que siguieron a la nacionalización de las minas; los campesinos, una vez dueños de la tierra, organizaron cooperativas y exigieron al gobierno ayuda en forma de maquinarias..." Al oficialismo esto le pareció bien, pero eso no fue todo, sino que añadió que cuando los trabajadores comienzan a caminar solos se ensoberbecen, se entregan a los demagogos marxistas y se desvían de su rol dentro de la sociedad y del sendero patriótico: "Como consecuencia de esta realidad, la Central Obrera Boliviana se constituyó en segundo poder en el escenario social y político, con un rigor sin precedentes. Constituía la aristocracia sindical, nacieron bajo su protección algunos falsos dirigentes que desviaron los objetivos datan extraordinario movimiento obrero. Obtuvieron todas las ventajas posibles, coadyuvando en el manejo del poder político. Fueron grandes revolucionarios para la etapa de la "destrucción del viejo orden", la parte más fácil de una revolución; pero cuando se trató de acometer la segunda etapa, la de la construcción, no sólo que abandonaron el cogobierno (en

18.- "Presencia", La Paz, 12 de junio de 1973.

19.- El mismo día en que desahuciaba el funcionamiento de la COB, el ministro Fortún dijo a la prensa: "tenemos la Ley General del Trabajo bajo el brazo y vamos a ejercitarla en todo momento y en todo su rigor" (Declaraciones publicadas el día 12 de junio de 1973).

realidad el co-gobierno fue desahuciado desde el Palacio de Gobierno, G. L.), sino que se pusieron al frente. Las excesivas demandas inundaron el ambiente y la Ley General del Trabajo fue minimizada por la multiplicidad de disposiciones emitidas para favorecer a los sectores laborales, sin tomaren cuenta la "débil capacidad económica nacional.

La tarea necesaria e inmediata -así fue presentado el intervencionismo estatal en materia sindical- de destrucción de los cuadros dirigentes, de su eliminación física, debía ser seguida por la formación de nuevos líderes obreros a medida del gorilismo. Ni duda cabe que fue al Estado a quien se le atribuyó la misión de formar a esos nuevos dirigentes: "Organización de cursos de capacitación sindical y promoción de encuentros y reuniones de trabajadores nacionales y extranjeros con el fin de elevar el nivel de dirección y la toma de conciencia acerca de las responsabilidades del dirigente sindical en las tareas del desarrollo económico y social del país". De esta manera las organizaciones sindicales podrían actuar como chaleco de fuerza colocado a los trabajadores, a fin de impedirles que superasen el cuadro marcado anticipadamente por el gorilismo.

Se dirá que en un país en el que predomina el analfabetismo y que está marcado a fuego por el atraso cultural, una escuela de capacitación sindical, por ejemplo, no estaba mal siempre, podría haberse aprendido algo en ella. La cuestión no era tan simple.

Los marxistas buscan convertir a los mejores sindicalistas en militantes revolucionarios y sostienen que es el partido político la escuela ideal para ellos. Los gorilas buscaban transformar a los dirigentes obreros en domesticadores de su clase, para que actuaran como avanzadas de la contrarrevolución en el seno mismo del proletariado. Esta finalidad concreta, contrarrevolucionaria y antiobrera, debía ser cumplida por el tan publicitado sistema de "capacitación sindical".

Habría sido, por otro lado, el colmo del simplismo confundir la "educación" sindical que proyectaban impartir desde el poder los generales fascistas con la formación de sindicalistas que realizaba, sistemáticamente, el reformismo en todas partes del mundo. Citemos un caso, remarcable por muchos aspectos: el Trade Union Congress (central nacional del sindicalismo británico) desarrolla un amplísimo programa de servicios educativos para sus miembros. Cada año, miles de obreros asisten a sus escuelas, se les conceden becas universitarias y reciben capacitación por correspondencia. Este programa generoso no desea la educación por la educación, sino algo muy concreto: capacitar técnicamente a los sindicalistas para que sean capaces de desarrollar con eficacia la política tradeunionista, por ejemplo discutir satisfactoriamente un contrato colectivo, etc, todo dentro de la perspectiva del mantenimiento del orden social burgués. Los marxistas educan a los líderes sindicales para que sean capaces de conducir a los obreros a la conquista del poder político. Los gorilas fascistas, por su parte, buscaban formar "dirigentes" para que cumplieren eficazmente el triste papel de carceleros y verdugos de sus compañeros.

Bánzer pudo maniobrar entre algunos sectores obreros atrasados e inclusive llegar al extremo de colocar a éstos, o a algunos de sus sectores, contra ciertos empresarios. Operaciones que se movieron dentro del cuadro político descrito más arriba. Algunas concesiones a las demandas inmediatas sirvieron (esto hasta que la situación económica del país no permitió hacer concesiones de ningún tipo) como puntos de apoyo para estas maniobras. Los generales soñaron con poder ensanchar, por este camino, su popularidad, tan menguada en ese momento.

Después de las consecuencias económicas desastrosas de la devaluación monetaria sobre las masas, para poder salir ileso de las graves tormentas sociales que azotaron al país, el gobierno castrense apresuradamente les otorgó el sueldo catorce (el llamado aguinaldo de Navidad es el sueldo número trece) a fabriles, maestros y empleados de comercio, beneficio que más tarde se hizo extensivo a los mineros y otros sectores laborales. Se trataba de una reivindicación formulada desde tiempo atrás en las filas sindicales. La concesión fue presentada demagógicamente como si hubiese sido lograda gracias a la formación de un bloque obrero gubernamental contra los empresarios, que tímidamente elevaron su voz de protesta por no haber sido convocados a las discusiones habidas al respecto. La finalidad táctica del gorilismo no era otra que fracturar el táctico frente que se había estructurado entre el movimiento obrero y el de la clase media, reduciendo a los mineros a una difícil situación de aislamiento, objetivo que fue logrado gracias a la criminal complicidad de las burocracias sindicales de bancarios, ferroviarios, de comercio e industria e inclusive de la Confederación Nacional de Fabriles.

En el meollo del plan se encontraba la defensa de la propiedad privada burguesa, que entre nosotros equivale a decir, básicamente, defensa de los intereses imperialistas.

El totalitarismo banzerista tenía no pocas contradicciones internas y una de ellas, se refería a que debiendo, por su naturaleza, concentrar a todas las actividades del país en manos estatales e impulsar ilimitadamente el capitalismo de Estado, reconocía, sin embargo, como pivote de su actividad diaria la defensa intransigente de la empresa privada y la libre contratación (en los hechos: derecho irrestricto de la patronal a despedir a los obreros que consideraba peligrosos, políticamente hablando, y a modificar las condiciones de trabajo imperantes, etc.), lo que importaba casi un retorno incondicional al liberalismo en materia económica. Las empresas estatizadas sufrieron duros reveses de parte de los militares que se lanzaron a la constitución de empresas y sociedades que les permitiesen acentuar su influencia en el campo de la economía. Se ideó que estas empresas destinadas a la explotación de materias primas fuesen mixtas, para que así se filtrase, por esos canales, el capital financiero a los sectores estratégicos de la economía. SIDERSA, creada para convertirse en dueña de la metalurgia, apareció como la competidora y negadora de Comibol, como un paso serio en el camino de la desnacionalización de las minas. Toda vez que aparecían dificultades en las empresas estatizadas, el gorilismo inmediatamente proponía su fusión con alguna empresa imperialista para sacarlas del colapso.

El gorilismo rodeó de ilimitadas garantías a las empresas privadas, fomentó el aumento de sus ganancias y convirtió al gobierno en su incondicional servidor; se propuso, además y desconociendo formalmente la legislación vigente volver a implantar la libre contratación, buscando, como acertadamente dijeron los obreros organizados, despedir a los mejores cuadros sindicales y también a los trabajadores con más años de antigüedad, que eran los únicos que se opusieron a la acentuación del ritmo de explotación. De esta manera los empresarios sólo buscaron inflar sus ganancias, disminuyendo, al mismo tiempo, sus obligaciones hacia los obreros.

Eso no fue todo, se buscó la solución a los males del país en el aumento de las inversiones de capital financiero, que al realizarse bajo el dominio del gorilismo no hizo más que acentuar nuestra dependencia del imperialismo. "La única forma de dar solución a este problema ocupacional, consiste en incrementar la inversión del sector público y privado... creando las condiciones de paz social y estabilidad política para la inversión nacional y extranjera". No debe olvidarse que a la cabeza de los organismos canalizadores de las inversiones fue colocado el viejo sirviente de la gran minería Guillermo Gutiérrez Vea Murguía, posteriormente sustituido por el barrientista Tapia Frontanilla.

En ningún otro aspecto se denunció más claramente la mentalidad pro-capitalista del plan que en la cuestión agraria. El perfeccionamiento y "profundización" de la reforma, que se la consideró demasiado adelantada, se vio en la posibilidad de que el campesino pudiese ejercer a plenitud el derecho de propiedad sobre la tierra, considerada dentro de los moldes del derecho romano. "El gobierno nacionalista, respecto a la reforma agraria ha dado los pasos necesarios para el afianzamiento y consolidación definitiva de esta medida irreversible. No significa otra cosa, el hecho de haber liberado al campesino del pago de la indemnización por las dotaciones de tierras y, consiguientemente, de la hipoteca legal... que no le permitía el pleno dominio de los derechos de propiedad. La consecuencia podía haber sido, si se hubieran dado determinadas condiciones, la concentración capitalista de la propiedad agraria. No cabe duda que eso era lo que buscaba el gorilismo. El problema central de las masas campesinas no era el usar y abusar del derecho de propiedad sobre sus minúsculas parcelas (cuya magra producción no abastecía ni abastece para alimentar a una familia durante doce meses), sino el salir de su tremenda miseria con todas sus consecuencias desastrosas. El proyecto de imponer, por decisión del FMI, el llamado impuesto único abrió la tenebrosa perspectiva de la agravación de esa miseria.

Los proyectos de alfabetización de los campesinos y de los propios obreros no eran más que la monótona repetición de lo que vienen diciendo desde hace un siglo los teóricos de la clase dominante acerca de sus sueños absurdos de liberar a los explotados con ayuda del alfabeto y al margen de la violencia.

La proyectada ampliación de los programas de prestaciones sociales, construcción de viviendas, etc., que elementalmente debían correr a cargo de los empleadores y de "su" Estado, se la pensó financiar con el aumento de los aportes del sector laboral, pese a que sus miserables remuneraciones eran diariamente disminuidas como consecuencia de la antipopular y antinacional política monetaria del gorilismo.

El capítulo dedicado a las fuerzas armadas probaba el mesianismo que animaba a los gorilas y que era moneda corriente dentro del fascismo. Si el sindicalismo revolucionario era la negación misma de la patria (este es el punto de partida de la "filosofía" banzerista), el ejército constituía su encarnación. Si los extremistas buscaban precipitar la ruina de los bolivianos, éstos sólo podían conocer la felicidad

si se abandonaban en brazos de los caudillos uniformados, etc. "Las Fuerzas Armadas de la Nación, constituyen el fundamento de la nacionalidad. Surgieron junto con la Patria, y se han mantenido como única institución de carácter permanente, aglutinador e integrador de Bolivia". Los gorilas olvidaron que los mineros y fabriles en 1952 hicieron morder el polvo de la derrota a estos predestinados a la gloria.

Según los gorilas, al sindicalismo pervertido, que destruye los valores de la bolivianidad, se opone el ejército considerado como la más alta escuela de bolivianidad y de nacionalismo, como el único reducto donde los ciudadanos pueden aprender patriotismo. "En su seno se forma el carácter y el civismo del futuro ciudadano, que al ingresar a la vida civil con lleva la responsabilidad que exige la teoría y la práctica de un nacionalismo basado en la justicia social, en la defensa de los valores humanos, del patriotismo y de la cultura nacional".

Se pretendió justificar así el rol de caudillo que se otorga así mismo el gorilismo, el derecho al monopolio de la actividad política. Según las autoridades cuando los obreros hacían política cometían un delito, su obligación era trabajar y callar. Los problemas nacionales serían resueltos por los generales y coroneles.

Tanta grandeza y misiones tan elevadas que se otorgaban los caudillos uniformados en el papel, quedaron minimizados por su sanhopancismo. En el reparto de los recursos y servicios estatales los militares se llevaron la parte del león. El plan enumeró todas las obras que se harían (mejor, que ya se estaban haciendo) en beneficio directo de los miembros de las fuerzas armadas. Parecería que los elementos uniformados no debitaban en cambiar su puesto asegurado en la gloria por un puñado de lentejas. Cosas del gorilismo criollo. Nadie ignoraba que los militares, de manera pública o encubierta, se otorgaban una serie de beneficios de los que carecían los demás bolivianos.

El mesianismo castrense era uno de los ingredientes fundamentales del totalitarismo político. En los hechos, la jerarquía castrense se constituía en el único partido político burgués en toda la acepción del término. Se trataba del resultado de la evolución política operada en los últimos años en el campo de la derecha tradicional y del nacionalismo: el fracaso de los partidos políticos y de los métodos democráticos, de gobierno, entregó la decisión de los problemas políticos a los líderes uniformados, poseedores de mando de tropa y dispuestos a imponerse a través de métodos castrenses.

Podría haberse pensado que el gorilismo era el amo indiscutido del país, Esto no era más que una ilusión y dentro del mismo obsecuente Frente Popular Nacionalista se sabía que las operaciones económicas estaban en manos del Fondo Monetario Internacional y la menor de las decisiones políticas precisaba, para ser ejecutada, la venia del embajador norteamericano Siracusa ²⁰. Esta era la realidad: el gorilismo sólo podía gobernar, tiranizar y asesinar si lograba el apoyo del imperialismo norteamericano, luego decía sí la Confederación de Empresarios Privados, que se daba el lujo de criticar la sabiduría de Bánzer y de sus "técnicos" en materia económica. Hay que repetir nuevamente: el gorilismo boliviano no era más que un instrumento del imperialismo y de los empresarios privados, es decir, de la misma anti-patria.

El embajador Siracusa sabía lo que hacía y tenía plena seguridad de que él, en su calidad de portavoz del imperialismo norteamericano, era el verdadero amo, siendo una de sus tareas "diplomáticas", señalar los rumbos que debía seguir el gobierno castrense: "El crédito y respeto ganados por Bolivia al solucionar los casos de nacionalización de las propiedades de la Gulf y de la Mina Matilde ayudarán a la larga a traer nuevas inversiones. El logro de este propósito, sin embargo, mucho dependerá del mantenimiento de la estabilidad económica y política y de cómo la inversión futura sea tratada".

¿Qué era Bolivia para los Estados Unidos?, el embajador se encargó de responder: "Bolivia es un país de vastas riquezas todavía no tocadas, que clama sólo por la estabilidad, la paz y el buen gobierno, bajo el cual los bolivianos puedan tener la oportunidad de sacar el mayor provecho de sí mismos y de su herencia natural" ²¹.

Muchos esperaban que los yanquis abrirían generosamente la bolsa para satisfacer las necesidades de los gorilas y resolver los problemas nacionales. Hubo tiempo para desengañarse: el imperialismo buscaba gobiernos políticamente seguros, pero, sobre todo baratos; los negocios no podían ser entorpecidos

20.- En junio de 1973 la prensa anunció que Siracusa había dejado de ser embajador en Bolivia y que cumpliría iguales funciones en el Uruguay. Desde hace años el Departamento de Estado lo lleva allí donde tienen que operarse cambios políticos de importancia.

21.- Discurso pronunciado en el Consejo Boliviano Americano de Negocios, 20 de febrero de 1973.

por la política. Los inversionistas, antes de largar un dólar, exigían garantías para obtener ganancias y para explotar al país en paz sin correr mayores riesgos. Cuando la economía norteamericana conoció algunos tropiezos, el gobierno Nixon no tuvo el menor reparo en lanzar al mercado los excedentes de las reservas de estaño, precipitando agudos problemas en un país monoprodutor como Bolivia. Ante las reclamaciones del gobierno, hechas en tono servil y suave respondió que primero estaba el deber de defender la economía norteamericana y que, como una concesión, esas ventas se harían en stocks no muy grandes, a fin de amortiguar sus efectos negativos sobre la economía boliviana.

El gobierno militar debutó en medio de una terca resistencia popular protagonizada por la clase obrera y por parte de la clase media, resistencia pasiva matizada con brotes de violencia, que a veces se tradujo en simple expectativa. Las noveles autoridades parecían ciegas, dando bastonazos a diestra y siniestra; sin embargo, las circunstancias les obligaron a adoptar una táctica visible a simple vista: no atacar frontalmente, por lo menos al comienzo, a los sectores proletarios más fuertes (menudearon las declaraciones en sentido de que no ingresarían tropas militares a los campamentos mineros, que se respetarían la inamovilidad de los trabajadores y el fuero sindical, exceptuando a los comprometidos en los acontecimientos de agosto de 1971, etc) y comenzaron aplastando a las organizaciones de la clase media.

Las universidades fueron militarmente ocupadas y, en los hechos, quedó brutalmente desconocida la autonomía (autogobierno, co-gobierno docente-estudiantil y manejo independiente de los recursos económicos). En este plano la "revolución" fascista no atenuó ninguno de sus rasgos desde el primer día.

Mediante decreto de 4 de septiembre de 1971, el gobierno militar suspendió las labores universitarias hasta fines de febrero de 1971. Sectores estudiantiles y también docentes insistieron inútilmente en su empeño deponer en marcha a las diferentes facultades, lo que constituía una amenaza inmediata para el gorilismo. Los militares, movimientistas, falangistas y también la izquierda, comprendían con claridad que se trataba de una medida extrema y sumamente delicada para el porvenir tanto del oficialismo como del movimiento revolucionario. Efectivamente, la lucha posterior de amplios sectores de la clase media y de las masas en general en contra del gobierno de Bánzer encontró uno de sus ejes en la necesidad de reconquistar la vigencia de la autonomía con todas sus derivaciones.

La universidad, hasta agosto de 1971, se había convertido en un centro de belicosa resistencia a la reacción en general y al propio nacionalismo pequeño-burgués. Como hemos visto, actuaba como una fuerza más en la lucha por el socialismo. Una y otra vez hubieron intentos de cancelar la autonomía universitaria, con la finalidad de convertir a las casas superiores de estudio en instrumentos dóciles al servicio incondicional de los gobiernos de turno. Tampoco faltaron los proyectos y maniobras tendientes a controlar, de manera directa o no, al movimiento universitario, en cuyas filas las tendencias marxistas reclutaban a sus adeptos. La radicalización de las masas trabajadoras y su politización se reflejaron directamente en los medios estudiantiles, cuya consecuencia fue, precisamente, la movilización de los núcleos intelectuales detrás del proletariado y la adopción por aquellos de la estrategia revolucionaria de la clase obrera. La lucha a muerte entre las tendencias revolucionarias y contrarrevolucionarias, es decir, entre la clase obrera, convertida en caudillo de toda la nación, y el fascismo, se expresó en el dilema de su mayor radicalización o bien de su destrucción. Los planes fascistas de aplastamiento físico de las organizaciones obreras y populares sólo podían funcionar si, previamente, se ajustaban las cuentas con las ciudades, vale decir, con el movimiento estudiantil.

En uno de los considerandos del mencionado Decreto se dice que el objetivo del gobierno no es otro que el de retomar a los sanos principios de la autonomía universitaria. Las modificaciones impuestas posteriormente demuestran que lo que buscaba era, concretamente, la destrucción de la autonomía. El Poder Ejecutivo, a través del Consejo Nacional de Educación Superior, subordinó a su voluntad a las casas superiores de estudio. Esa cancelación era ya evidente cuando, en plena vigencia de la Constitución Política de 1967 (en cuyo texto se incluye el régimen de la autonomía), se procedió a la suspensión de clases, al despido de la totalidad de catedráticos y altos funcionarios, a la fijación de fechas de exámenes al margen de los organismos tradicionales, a la constitución del equipo que proyectó la famosa "reforma universitaria", etc.

En otro lugar hemos consignado que para los marxistas la autonomía en manos de los sectores revolucionarios convierte a las universidades en importantes canales de movilización contra el gobierno enemigo del pueblo y sirviente del imperialismo. Esto explica por qué se considera a la lucha por la

defensa de la autonomía en parte integrante de la lucha revolucionaria en su conjunto. No pocos estaban seguros, conforme a las primeras promesas del régimen, que el gorilismo se limitaría a controlar los puestos claves de la universidad, conservando intacta su autonomía. Momentáneamente podía servirle la maniobra, pero no quería correr el albur de que la izquierda volviese a reconquistar el control de la universidad autónoma. En 1973 creció la agitación estudiantil alrededor de la consigna del retorno al régimen de la autonomía y del co-gobierno paritario docente-universitario.

11 EXCESOS GUBERNAMENTALES

Los primeros en sufrir las consecuencias de la destrucción de la autonomía fueron los partidos políticos que conformaban el FPN (FSB y MNR). Resultó enormemente mellado su prestigio en los medios estudiantiles e internamente se generó una oposición que hablaba del retorno a la autonomía. El primer antecedente de estas posturas se encuentra en el rechazo que hizo la Avanzada Universitaria del MNR (con posterioridad se creó otra Avanzada leal a la suprema jefatura partidista) de las medidas del gobierno, por considerarlas francamente fascistas.

Bolivia vivió momentos de febril inquietud después de la victoria de los generales y éstos impusieron un régimen de cuartel al que debía sujetarse toda la ciudadanía. Se emplearon violencia y brutalidad en el empeño de arrancar de raíz todo brote de izquierda a lo largo del país. Había que castigar duramente al pueblo por sus desviaciones izquierdistas y este criterio no era privativo de las altas capas del Ejecutivo, sino que se extendía hasta los encargados de gobernar las poblaciones. El Prefecto de Sucre, Gastón Moreira Ostria, resumió así su programa: "Mi labor funcionaria estará enmarcada dentro de la Ley y el respeto por todos los derechos humanos, pero advierto con energía que no permitiré so pretexto alguno brotes de anarquía y de caos que traten de sembrar la desunión de los chuquisaqueños"²².

El Prefecto del Departamento de Santa Cruz, la zona brava y, por esos días, la mayormente convulsionada, con toda sencillez decretó la muerte civil de todo izquierdista sobreviviente: "El Prefecto del Departamento, Gustavo Melgar, advirtió que no permitirá el retorno a sus labores de aquellos trabajadores radialistas y periodistas que estuvieron detenidos durante los últimos sucesos políticos, sindicados de realizar actividades extremistas". La misma autoridad, en su nota enviada a la Asociación Boliviana de Radiodifusión, dice: "En nuestra revolución hubieron vencedores y vencidos. Respeto a las ideas de los vencidos pero no estoy dispuesto a permitir que éstos tengan cabida en las fuentes de trabajo que en corto o largo plazo serán utilizados como instrumento de las ideas vinculadas con la violencia, el caos y la anarquía". A renglón seguido el tremendo ukase: "prohibo terminantemente la reconstrucción de estos elementos"²³.

Muchos hechos demostraron que era voluntad del gobierno cerrar todos los resquicios por donde pudiese asomar el pensamiento libre o la oposición y si ésta amenazaba con perfilarse, se volcaba sobre ella todo el aparato represivo para pulverizarla completamente. Cuando se probó que los estudiantes podían expresar en las calles su protesta, se procedió simplemente a cancelar el año escolar de 1971, faltando un poco más de un mes para el verificativo de los exámenes finales. Bánzer estaba seguro de haber destruido los gérmenes mismos de la rebelión estudiantil; lo que hizo la brutalidad fue únicamente postergar por algunos meses la protesta juvenil.

Los golpistas debutaron en Santa Cruz fusilando a ocho universitarios, por expresa orden del temible coronel Selich.

A mediados del mes de septiembre de 1971, portavoces del Ministerio del Interior hicieron saber que habían perdido la vida más de treinta presuntos guerrilleros en batallas que duque se desarrollaron en la selva oriental. De estas batallas nunca nadie supo nada. Los observadores más moderados expresaron que se trataba de otros tantos fusilamientos por los organismos de represión de quienes pasaban por comprometidos con organizaciones revolucionarias. En La Paz y en todo el país se supo que en el edificio universitario y en el cerro de Laika-Cota fueron pasados por las armas decenas de estudiantes y obreros.

Como en los mejores tiempos del general Barrientos, el crimen político fue convertido en método de gobierno. El ultimar a los adversarios políticos de manera sistemática no fue una creación de la maldad

22.- "Presencia", La Paz, 14 de septiembre de 1971.

23.- "Presencia", La Paz, 19 de septiembre de 1971. A mediados del mes de septiembre de 1971.

y picardía criollas, se trató de un método importado juntamente con la CIA, que todavía en 1980 seguía predominando en la política burguesa boliviana; para la organización represiva norteamericana no debía haber prisioneros de determinada categoría que pudiesen ser motivo de agitación popular, pudiendo, además, tarde o temprano, recobrar su libertad, debían haber cadáveres, mudos testigos de la bestialidad yanqui y gorila.

El balance de la represión desencadenada por el gobierno Bánzer en el lapso de veintidós meses, los más duros de la represión y nada más que un minuto en la historia de un pueblo, fue dantesco. Cientos de cadáveres cayeron en las prisiones, en las calles y en las ciudades, en los caminos y en la selva; cientos de hombres, mujeres y niños soportaron una durísima prisión en condiciones subhumanas, en las cárceles y en los campos de concentración, donde la tortura era una norma reconocida por las autoridades²⁴; miles de bolivianos de todas las condiciones sociales y políticas deambulaban por otros países, convertidos en parias y desgarrados por la miseria y la desesperación propias del ostracismo. Todavía no se ha escrito el Libro Negro de este infernal período, pero en la prensa diaria y en las hojas sueltas se encuentran los testimonios de quienes padecieron y fueron testigos de las torturas y de los padecimientos de los prisioneros políticos.

La policía con sus golpes obligó a los familiares de los presos a unirse y a prestarse ayuda recíproca; esta organización informal, sin ningún título rimbombante, fue la gran protagonista que inició la batalla por la defensa de las garantías democráticas. La iglesia profundamente escindida por la influencia que sobre ella ejercitaban las ideas revolucionarias de nuestra época, llevó una existencia azarosa y de continuas fricciones con el régimen totalitario. Iglesias y conventos fueron allanados y baleados por la "cristiana" jerarquía castrense. Los sacerdotes se levantaron una y otra vez para poner a salvo el derecho de asilo que la tradición, más que la ley, reconocía en favor de los templos, edificaciones y predios de la cristiandad. No fueron las ideas de los curas izquierdistas lo que más molestó al Ministerio del Interior, sino el que éstos ayudasen a los revolucionarios a escapar de sus garras. Las organizaciones cristianas han contribuido en mucho al conocimiento de las verdaderas dimensiones que adquirió la represión en el país. El FRA, desde el exterior, dedicó una parte de su actividad a la campaña de denuncias de las monstruosidades cometidas por la barbarie fascista, cosa igual hicieron las múltiples organizaciones nacidas bajo su amparo.

El gobierno fascista, totalitario por su esencia, tampoco podía soportar la existencia de una iglesia independiente y opositora, en cuya conducta podían influir, en alguna forma, las tendencias de izquierda. La iglesia independiente podía capitalizar, en cierto momento, el descontento popular y erigirse en un poder desafiante del gobierno central. Bánzer y sus seguidores se esforzaron por someter a la Iglesia a su voluntad, unas veces por medio del halago y el soborno y otras, por la intimidación. Los sacerdotes han consignado en un impreso el itinerario de su pugna con el Estado²⁵ y que sintetizamos a continuación:

"Una característica importante del régimen durante los primeros meses de su llegada al poder fue la instrumentalización del sentimiento religioso popular. La 'Gran marcha de la Fe' del 17 de septiembre de 1971 fue ampliamente propalada como 'un apoyo al cambio político producido'. También los discursos oficiales del Presidente Bánzer, del Ministro del Interior, del Sub-secretario de Culto y otros, identificaban insistentemente su posición política y sus actitudes religiosas de defensa de los valores cristianos, lucha contra el ateísmo, profesión de fe católica, etc., al mismo tiempo que condenaban a los sacerdotes de avanzada y discriminaban entre partes del Evangelio y de los documentos eclesiásticos que no se deben predicar...

"El gobierno Bánzer se siente frustrado en su propósito de instrumentalizar a la Iglesia a través de su Jerarquía. Es posible de que ahora en adelante el Gobierno cambie de táctica con respecto a la Iglesia; fracasado en su propósito de identificarla con su propia política, tratará de intimidarla". Este fracaso explicaría la aparición en las filas del oficialismo, dé "un mal disimulado anticlericalismo de derecha".

24.- "Cuando aseguró a las señoras (familiares de los presos, G.L.) que no se aplicaban más las torturas, éstas le replicaron que sabían de casos de malos tratos. El Ministro dijo entonces que era necesario discriminar casos en que 'por disciplina', cuando se resistían a colaborar en algunas faenas de las detenciones, se les aplicaba golpes poco peligrosos" ("Presencia", La Paz, 14 de junio de 1973) . El Ministro Castro se declaró cristiano y dijo que por esto había ordenado humanizar el trato dispensado a los presos políticos, lo que, como se ha visto, no impidió el uso del garrote en las prisiones.

25.- "La Iglesia Boliviana bajo el régimen del Coronel Bánzer", La Paz, 1º de noviembre de 1973. Se trata de una publicación anónima, multicopiada y de 4 págs, 21 x 33 cm.

Se pasa revista a los actos gubernamentales que desmienten la propaganda en sentido de que Bánzer fuese el "defensor de la fe": "Ha allanado reiteradas veces conventos e iglesias y ha apresado a sacerdotes y religiosas. Diez y ocho sacerdotes han tenido que abandonar el país por verse gravemente amenazados. Lo mismo sucedió con tres pastores protestantes y con cuatro religiosas católicas. Quince casas religiosas fueron allanadas, algunas por haber dado asilo a perseguidos políticos y otras por falsas sospechas. En el Convento de la Recoleta de Sucre, donde tradicionalmente se han refugiado muchos perseguidos políticos, fueron apresados dos jóvenes universitarios. Tampoco fue respetada la clausura papal del Convento de las Carmelitas de Santa Cruz. Repetidas veces se ha faltado al respeto a nuestros Obispos. La residencia de Monseñor López fue allanada dos veces por agentes del Ministerio del Interior. Monseñor Bernardo Chierhoff fue apresado por unas horas. Ante la protesta formal y enérgica de Monseñor Rodríguez por el apresamiento injusto de un sacerdote, el Prefecto de Santa Cruz emitió un documento torpe y ofensivo para la autoridad religiosa. Monseñor Manrique, Monseñor Gutiérrez y Monseñor Esquivel han sido calumniados por cierta prensa adicta al gobierno".

La Iglesia, pese a sus fisuras internas y a la persecución, no dejó de ser una gran potencia y así lo ha reconocido el gobierno, que con frecuencia acordó con ella pactos y treguas. "Ante las frecuentes violaciones del tradicional derecho de asilo y los reclamos de los señores Obispos, se llegó a un acuerdo entre la Iglesia y el gobierno en el sentido de que la autoridad religiosa sería consultada antes de proceder a cualquier allanamiento de las iglesias o las casas religiosas. En algunos casos tampoco esto se respetó. En el convento de Achacachi el Sagrario fue violado sacrílegamente ...

Se sintió también molesta cuando el gobierno metió la mano en el campo de sus intereses invisibles: "El gobierno ha procedido de una manera sistemáticamente inconsulta con respecto a los problemas mixtos. Se dictó una Ley sobre Seguridad Social lesiva para los intereses de los colegios privados sin que mediase ningún tipo de consulta ... Lo mismo sucedió con la Ley sobre la Organización de la Universidad Boliviana con respecto a lo que afecta a la Universidad Católica. Tampoco se ha hecho hasta ahora nada para indemnizar por la expropiación del edificio IBEAS. En la-expropiación del Asilo San José se ha ofrecido a las religiosas una suma que no llega a la mitad del valor real del terreno".

Luego se enumeran, a grandes rasgos, los casos más notables de violación de las garantías democráticas y de intimidación a los órganos de prensa:

"El apresamiento de varios periodistas, además del medio centenar que tuvieron que refugiarse en el exterior, creó amedrentamiento y temor en los ámbitos de la prensa oral y escrita. La auto-censura en la prensa escrita llega a límites insospechados. Ni "Presencia" a pesar de ser el periódico de la Jerarquía, se ha atrevido a romper lanzas en defensa de la más elemental libertad de expresión. Sigue primando en este periódico un criterio eminentemente comercial. Son muchos los cristianos y los sacerdotes que se sienten profundamente decepcionados por la docilidad y el servilismo con que "Presencia" acepta los criterios oficialistas.

"Otros medios de comunicación de la Iglesia como Radio FIDES y Radio Pío XII han sido presionados y amenazados por sus críticas, aunque en tono menor, frente a los excesos del gobierno.

"Desde el principio el gobierno procuró limitar la libertad sindical a los estrechos marcos localistas y oficialistas. Muchos dirigentes sindicales están prófugos o en las cárceles. El gobierno se niega terminantemente a permitir la reorganización de la COB... En el presente mes de octubre han sido tomados presos algunos dirigentes fabriles por el mero hecho de protestar contra el alza vertiginosa del costo de vida. Se han instrumentalizado algunas elecciones locales por medio de amenazas y encarcelamientos de los candidatos opositores y por medio de abundantes coimas".

La Iglesia tampoco vio con buenos ojos la sistemática violación y olvido del ordenamiento jurídico: "La Confederación Nacional de Profesionales de Bolivia presentó recurso de habeas corpus contra el Ministerio del Interior por el apresamiento de quince profesionales, el día 3 de junio de 1972. El mismo día se emite rápidamente el Decreto-Ley N° 10295 por el que se otorga a los Servicios de Seguridad la facultad de detener por tiempo indefinido e investigar en forma irrestricta todo delito referente al orden público y seguridad del Estado... Como medida intimidatoria el propio Presidente de la Confederación de Profesionales, doctor Manuel Morales Dávila, fue detenido por el Ministerio del Interior durante varios días ..

"La arbitrariedad con la cual se hace uso de la Ley tiene su fuerte en el Decreto supremo No. 09875 del día 7 de septiembre de 1971 por el que se puso en vigencia la Constitución Política del Estado de 1967, 'en todo aquello que no contradiga el espíritu y naturaleza del Gobierno Nacionalista y sus realizaciones'. Con la presente norma legal el gobierno de Bánzer se auto-define como claramente dictatorial ya que se coloca sobre la Constitución y no debajo de ella como debería ser..."

El capítulo segundo del documento está dedicado a describir cuál fue la actitud de la Iglesia frente a esos lamentables hechos:

"La actitud de la Iglesia frente a hechos y posiciones anticristianos del gobierno ha pasado por varias etapas. También ha sido diferente según las personas. Algunos prepararon el cambio (Novena Preparatoria a la Fiesta de la Virgen de Cotoca) y muchos se alegraron por pensar que el golpe significaba entrar en una etapa de orden, de progreso y de respeto a la dignidad de la persona. Frente al uso descarado del sentimiento religioso como factor político (procesión de los franciscanos), a los allanamientos de los conventos e iglesias, al apresamiento de sacerdotes y exilio de algunos, a la persecución, encarcelamiento, confinamiento y torturas de gran número de presuntos enemigos del régimen hubo una reacción valiente de parte de la Jerarquía, aunque algunos la juzgaron excesivamente institucionalista (defensa de la autoridad episcopal) o "gremialista" (defensa de los sacerdotes). Frente a nobles gestiones privadas en defensa de los derechos de las personas y ante la inutilidad de estos esfuerzos en la mayoría de los casos, llegó una especie de cansancio. La Iglesia se replegó sobre sí misma. El gobierno dejó de molestar directamente a los miembros de la jerarquía o del clero y 'un gran silencio' cubrió sus mutuas relaciones... Iglesia y gobierno optaron por seguir cada cual por su camino salvando las normas elementales de mutua convivencia.

...Nadie puede hablar... Solamente el Cuerpo Colegial de los Obispos tiene en estos momentos la autoridad, el respeto y la fuerza moral suficiente para decir la verdad. Las razones para hacerlo son claras y evidentes: apresamientos por simple denuncia anónima, detenciones en lugares insalubres, aplicación de la ley de fuga, fusilamientos sin juicio previo, torturas.

Algunos sacerdotes fueron incorporados al equipo gobernante (Zárate fue designado Alcalde de Potosí y Leónidas Sánchez Jefe de Relaciones Laborales en Comibol, este último pareció haber caído en desgracia bajo la sindicación de estar conspirando contra el gobierno desde la ultra-derecha), esto como un recurso utilizado para demostrar la veracidad de la tesis en sentido de que Iglesia y gobierno eran la misma cosa. Pero, una enorme cantidad de sacerdotes fueron obstaculizados en el ejercicio de sus funciones: "otros muchos ya no pueden hacer reuniones de concientización o revisión de vida, ni pueden predicar libremente la Palabra de Dios. Citar el Concilio de Medellín resulta peligroso. Muchos sacerdotes son controlados directamente por el Servicio de Inteligencia. En la práctica el gobierno no acepta más que una acción cultural y sacramentalista de parte de los sacerdotes".

Los hombres de la Iglesia sostuvieron que la función moralizadora de la institución estuvo ausente frente al grave problema de la corrupción que se origina en las cumbres mismas del Poder Ejecutivo y a la "total carencia de justicia distributiva":

"Una de las causas determinantes de la actual bancarrota económica ha sido la corrupción en la Administración Pública; durante el gobierno de Bánzer se han creado 6.000 puestos burocráticos, se ha aumentado un 40% el sueldo de los militares, se han comprado gran cantidad de vehículos oficiales, han sido liberadas de impuestos muchas importaciones consignadas a nombre de personas adictas al régimen, se ha realizado una intensa propaganda política oficialista a costa del erario público, se ha despedido de puestos técnicos a muchos especialistas para distribuir cargos de gran responsabilidad entre personas ineptas adictas al gobierno, muchos altos funcionarios concededores de la inminente desvalorización de nuestro signo monetario se han servido de sus influencias para obtener gran cantidad de dólares haciendo que las reservas monetarias descendiesen de cuarenta y siete millones a veinte millones de dólares . . ."

Hicieron circular una especie de "carta-cadena", fechada el 4 de noviembre de 1972 ²⁶ y que contenía 26.- "Violación de los Derechos Humanos en Bolivia", sin lugar de impresión y fechado el 4 de noviembre de 1972. Documento anónimo, policopiado, 6 pp., 21 x 32 cms. La copia que poseemos lleva una inscripción a mano que dice: "Daniel Arroyo fue asesinado en Viacha".

denuncia detallada de los casos de violación de las garantías democráticas, de apresamientos, torturas, asesinatos, violación de mujeres, etc. "Queremos presentar -decía el documento- en forma esquemática pero totalmente verídica e imparcial una serie de hechos y de actos en los que se prueba las flagrantes violaciones de los derechos de las personas en los que incurre de modo sistemático y constante el actual gobierno de Bolivia".

En esa pieza documental anónima se sostuvo que al finalizarse) año 1972 habrían 1.000 presos políticos y 42 mujeres. La cifra fue a todas luces abultada, exceptuando la que se da para las mujeres. Se comienza señalando la forma por demás arbitraria en que eran apresados los ciudadanos, por simple delación o sospecha y se añade que la represión también alcanzó a los propios partidos oficialistas: "Simples delaciones de palabra son suficientes para que se aprese a cualquier ciudadano... La represión se orienta en cualquier dirección, por eso nadie se puede sentir seguro. El mismo Paz Estenssoro, pro hombre del actual gobierno y miembro eminente del Frente Popular Nacionalista lo declara abiertamente en una carta dirigida al Presidente Bánzer: "En el curso del año y poco más, que lleva de vida el gobierno del FPN, el MNR ha sufrido la detención de varios de sus dirigentes y militantes. Unos han sido puestos en libertad merced a laboriosas gestiones llevadas a cabo en su favor; otros, empero, continúan detenidos sin haberseles probado culpabilidad" ("Presencia", 5 de agosto de 1972).

Se describen los campos de concentración, comenzando por la Isla de Coati: "El acceso a este campo de concentración está totalmente prohibido. Los detenidos no pueden recibir ninguna visita ya sea de sus familiares o de algún médico. Tampoco se les puede hacer llegar ninguna clase de ayuda. Se les ha negado terminantemente aún la asistencia espiritual. Después que 56 detenidos lograron fugarse de Coati, el día 2 de noviembre (1972), se ha podido comprobar que muchos de ellos estaban afectados por graves enfermedades, debido, sobre todo, al régimen inhumano de vida al cual han sido sometidos..."

La reapertura por la restauración rosquera de Coati, enclavada en medio del lago Titicaca, como prisión para elementos políticos, estremeció a la opinión pública nacional e internacional. Venía precedida de una negra historia y fue cerrada por la revolución de 1952. Posteriormente a la huida de 56 prisioneros, Coati concluyó siendo anulada como prisión. Ni duda cabe que se trataba de una victoria lograda por la sistemática campaña hecha en defensa de los derechos humanos más elementales de los prisioneros políticos.

El documento que estamos glosando sostiene que en Achocalla, un vallecito que colinda con la ciudad de La Paz, "están detenidas 26 mujeres... Se sabe que algunas de ellas han sufrido torturas y amenazas de muerte para hacerles firmar documentos. Entre estas mujeres detenidas se dan casos patéticos como el de la señora Delfina Burgos, el de la Sra. Judith Durán y de la señorita Mercedes Urriolagoitia... A algunas señoritas se les ha obligado a permanecer desnudas durante interminables interrogatorios, se han dado casos frecuentes de violaciones".

En Achocalla funcionó también una prisión para varones y allí estuvo hasta poco antes de morir Roberto Alvarado. En la parte baja de la quebrada existía un local de tortura, atendido por ex miembros del ELN. Una vieja práctica policial enseña que los peores verdugos para los militantes de un movimiento son los renegados del mismo.

Sobre el cuartel de Viacha (a 30 kilómetros de La Paz) se dice: "En los primeros meses del actual gobierno fue el lugar de detención más rígido y severo. Se piensa que en la actualidad (noviembre de 1972) solamente permanecen en él algunos elementos del Ejército de Liberación".

Entre otros centros de detención se citan Chonchocoro, declarado anexo de la cárcel pública situada en la Plaza San Pedro de La Paz, que también servía para el encierro de elementos políticos, "dependencias de la Dirección Nacional de Investigaciones, Planta baja del Ministerio del Interior", etc.

Alto Madidi, ubicado en la zona tropical y en las últimas estribaciones de la Cordillera Oriental, también se convirtió en campo de concentración y de él logró huir un grupo de prisioneros, después de haberse apoderado de un avión de las fuerzas aéreas.

Los sacerdotes dedican un largo párrafo a las llamadas "casas de seguridad", que se han hecho famosas porque en ellas es donde, con preferencia, se tortura a los políticos y se encierra a los más peligrosos: "Generalmente son las casas que fueron arrebatadas a los guerrilleros. Sin embargo, se conocen algunos domicilios que han sido directamente alquilados por el Ministerio del Interior con esta finalidad".

Se consigna una escalofriante lista de personas fusiladas por las autoridades:

"En Santa Cruz fueron fusilados nueve jóvenes universitarios por orden de Selich y Mario Gutiérrez como represalia por la bomba que estalló en la Plaza en el momento de la manifestación..."

"El 21 de abril de 1972 fue fusilado en plena calle el joven Jonny Moncada."... El periodista Oscar Fernando Núñez, de Cochabamba, fue muerto por la policía. Su cuerpo fue llevado ocultamente esa misma noche, al Hospital Viedma por dos policías diciendo que probablemente se trataría de un borracho que había encontrado la muerte en la calle. En su cuerpo los médicos encontraron dos balas.

"El joven Pedro Morant Saravia es encontrado cerca de la frontera de Chile por soldados del ejército cuando se disponía a escaparse del país. Según las declaraciones públicas del Sr. Prefecto de Oruro es trasladado a La Paz y entregado a las autoridades del Ministerio del Interior. Al día siguiente el Ministro del interior declara a la prensa que en la frontera con Chile, cerca de la localidad de Huachacalla, han muerto dos guerrilleros: Lisímaco Gutiérrez y Pedro Morant... La horrible verdad es que en las dependencias del Ministerio del Interior "se les fue la mano" a los esbirros del Gobierno.

"Hace apenas un mes, a consecuencia de las torturas recibidas, murió en el cuartel de viacha el joven universitario Ivo Stambuk, natural de Oruro. Murió al habersele engangrenado la pierna debido a profundas llagas que le hicieron en las torturas.

"El Dr. Roberto Alvarado murió en la prisión de Viacha a consecuencia de un edema pulmonar..."

"El Cochabamba, el 23 de marzo de este año fue violada y posteriormente fusilada la señorita Elena Amalia Spaltro.

"En la localidad de Caracollo, cerca de Oruro, fue pasado por las armas el minero Cancio Plaza.

"Víctimas de la "ley de fuga" fueron muertos Jorge Helguero, Rainer Ipsen y Enrique Ortega.

"El joven universitario Carlos Barrón, según informe personal de la Sra. Yolanda de Bánzer, fue torturado y matado por agentes del Gobierno en el mes de octubre de este año (1972). Se ha podido comprobar que el Gobierno cometió un trágico error por no haber llegado siquiera a conocer la identidad de dicho universitario.

"Son muchas las personas de las cuales no se sabe el paradero y que presumiblemente han sido muertas: el Sr. José Ovando Ukaski, el estudiante Rodolfo Quinteros, el Dr. Antonio Sempértégui, el Sr. Jesús Saavedra, el Sr. Reynaldo Rengel, el Sr. Efraín Galarza".

La lectura del documento anónimo resultaba estremecedor cuando describe las torturas a las que eran sometidos los presos políticos:

"Celda inundada de agua, donde hay que pasar toda la noche; aplicación de cables con corriente eléctrica de 220 en las partes más sensibles del organismo; quemaduras con cigarrillos; simulacros de fusilamientos, golpes de correas; introducción de alfileres y pequeñas astillas de madera debajo de las uñas; suplicio del potro. Esta tortura practicada con frecuencia en la antigüedad han vuelto a actualizarla algunos elementos sádicos del Ministerio del Interior. El suplicio del potro es simple y eficaz ya que reúne las dos principales características que los torturadores desean: ser terriblemente doloroso y el no dejar rastro sobre el cuerpo de la persona. Una cuerda resistente cuelga del techo, en medio de la habitación. Al preso se le obliga a subirse de pie sobre una silla, le atan sus brazos sobre la espalda con la cuerda que pende del techo. De una patada sacan la silla y el pobre preso queda colgando de la cuerda, el dolor, sobre todo el de las conjunturas de los brazos con el hombro, es uno de los más agudos que se pueden soportar".

El capítulo quinto del documento está dedicado a relatar lo que llama "Algunos casos más patéticos". Nosotros sólo indicamos unos pocos:

Una anciana, la Señora Delfina Burgoa (69 años) pagó con un largo encierro la adhesión a la causa de los perseguidos. La joven Judith Durán (17 años), natural de Sucre, estuvo en las celdas del DIN de La Paz, en Achocalla y finalmente en Viacha. "A raíz de los malos tratos tuvo una hijita prematura el día 21

de marzo de 1972 en un oscuro cuartucho del regimiento Bolívar de Arfillería... En esa misma celda número cuatro fue bautizada por uno de los presos que le puso un nombre simbólico: Libertad Bolivia Judith".

Mercedes Urriolagoitia es una inválida de medio cuerpo, graduada en Ciencias Económicas de la universidad de Chile, se desempeñó como catedrática en las Universidades de Sucre y la Católica de La Paz. "Fue tomada presa en el mes de julio pasado (1972) y, a pesar de su delicado estado de salud, fue trasladada con los ojos vendados hasta una "casa de seguridad" donde se la tuvo cinco días y cinco noches consecutivas sentada en su carro de ruedas. El haber estado tanto tiempo en esa posición, sin permitirle recostarse, le produjo grave infección en el hueso isquión".

Algunos presos enloquecieron como consecuencia de las torturas.

Hay casos de extrema brutalidad para ser fácilmente creídos: "Es también muy conocido el caso de la Sra. NN que en las torturas, los agentes del Ministerio del Interior, llegaron al extremo de amputarle los pechos... En el Panóptico de La Paz dos jóvenes universitarios fueron castrados por el método de vasectomía. Otros han sufrido graves atrofiaciones de los órganos genitales por golpes y crueles patadas".

Al finalizar se dan los nombres de los torturadores: "El responsable directo de toda la represión es el Coronel Rafael Loayza. Su colaborador más eficaz es Abraham Baptista. Son torturadores directos: Mario Jordán, Gary Alarcón, el "Mosca" Monroy, Víctor Ballivián, Guido Alarcán, "Danger" Salamanca, Capitán Mena y Capitán Vacaflor".

La descomunal y desigual lucha de los familiares de los encarcelados contra los organismos de represión se centró alrededor de los siguientes puntos: 1) juzgamiento de los presos por los tribunales ordinarios y conforme a las leyes generales vigentes; 2) cese del régimen de tortura y humanización del trato en las prisiones (asistencia médica, visitas de los familiares, control de la Cruz Roja Internacional, de la jerarquía eclesiástica, etc); 3) amnistía general.

Esta campaña se entrecruzó, aunque no coordinadamente, con la que desarrollaron los obreros organizados sindicalmente y que buscaban el respeto al fuero sindical y a la integridad física de las organizaciones laborales.

En 1973 se lograron notables éxitos y las autoridades del Poder Ejecutivo se vieron obligadas a retroceder. A comienzos del año un grupo de 81 presos fue pasado a la justicia ordinaria, aunque el trámite de formación de los expedientes demoró mucho tiempo.

El antecedente más lejano de esta verdadera conquista se tiene en la huelga de hambre que realizaron los presos y sus familiares en 1972. Los varios planteamientos de habeas corpus que, aunque no tuvieron un resultado positivo inmediato (a uno de los fallos negativos respondió el Presidente de "Justicia y Paz" entregándose al Ministerio del Interior como rehén a cambio de la libertad de varias mujeres), contribuyeron en mucho a la campaña de presiones que, finalmente, obligó a las autoridades a someter a juicio a los detenidos. Aunque la justicia estaba totalmente envilecida y controlada muy estrechamente por el Poder Ejecutivo, era siempre preferible seguir sus tortuosos caminos antes que estar abandonado a las reacciones glandulares de sayones sádicos, así por lo menos se tenía asegurada la vida.

Esta tercera campaña se potenció en 13 de junio de 1973, cuando, varias decenas de mujeres, es esposas, madres, hermanas y familiares de los presos políticos, se presentaron en las oficinas del Ministerio del Interior en calidad de rehenes, a fin de lograr que aquellos sean pasados a los tribunales ordinarios de Justicia o en su defecto liberados.

Algunos meses antes hubiera sido inconcebible semejante actitud y seguramente habría desencadenado una bestial represión. En 1973, el Ministro del Interior se vio obligado a dialogar con los representantes de las mujeres y a acceder a muchas de las demandas. La información oficial decía:

"1. Hoy a horas 17, el señor Ministro del Interior concedió audiencia a familiares de detenidos políticos y después de dialogar sobre los motivos por los que éstos se encuentran privados de libertad, manifestó el trato humanitario de que son objeto.

"2. El señor Ministro dijo que en observancia estricta de la Ley y en cumplimiento con la determinación del Gobierno Nacionalista, al igual que los 74 detenidos que fueron sometidos últimamente a la jurisdicción ordinaria, pasarán unos a los tribunales de justicia y otros, considerados dentro de los casos leves, recobrarán su libertad, previa evaluación exhaustiva de antecedentes.

"3. Asistieron a la reunión el R.P. Eric Wasseige, en representación de la Comisión de Justicia y Paz y el Dr. René Saavedra por el Colegio de Abogados.

"La Paz, 13 de junio de 1973".

Que las condiciones eran favorables para el exitoso desarrollo de la campaña, que importaba arrancara los presos políticos de las garras de sus verdugos y torturadores, se demuestra porque inmediatamente la actitud de las mujeres fue secundada por las organizaciones que ya se habían definido como avanzada en esta batalla.

Los esfuerzos estaban encaminados a conseguir, tarde o temprano, una amnistía general. Decía el comunicado de la Comisión de Justicia y Paz:

"La Comisión de Justicia y Paz ha recibido la carta que los familiares de los presos políticos enviaron el día de ayer al Sr. Ministro del Interior. Los impresionantes datos que aportan nos revelan una vez más que en nuestra patria rigen intolerables sistemas de represión, Justicia y Paz une su voz a la de esas sufridas esposas y madres de los detenidos políticos, se solidariza plenamente con su legítimo pedido de justicia y pide muy respetuosamente al Excmo. Presidente de la República conceda amplia amnistía como el primer paso para la pacificación y constitucionalización el país"²⁷.

Los 99 firmantes del documento "Evangelio y Violencia" volvieron a la palestra y comenzaron denunciando que persistían la arbitrariedad y la tortura en la represión política:

"Los sistemáticos apresamientos por meras sospechas, la retardación de justicia, el total desconocimiento de la mayoría de los detenidos de las causas de su detención, las torturas, la provocación de crisis nerviosas que, como en el caso del profesor Víctor Vargas le indujo a amputarse uno de los dedos y las terribles muertes sufridas en los mismos lugares de detención como la del coronel Selich y la del Dr. Sandoval Morón, y misteriosas desapariciones tales como las de Daniel Arroyo, Carlos Barrón y Emilio Alem hacen que nuestro silencio y el de la Iglesia pueda aparecer como culpable ...

"En aras de los más altos intereses del país y en razón de esos principios cristianos que dice practicar el gobierno y como medida indispensable para que se inicie una era de paz, unimos nuestra voz a la de aquellas instituciones que solicitan una irrestricta amnistía para los presos políticos, como presagio de una era de paz social, de orden institucional y de prosperidad económica".

La confederación de Profesionales y el Colegio de Abogados ya habían planteado la exigencia de la amnistía política irrestricta.

Hasta este momento las denuncias de torturas, violaciones, fusilamientos, etc. se hacían de manera anónima, en hojas copiadas en las sombras. El movimiento de las mujeres al que nos referimos volcó esas denuncias en la gran prensa diaria:

Las mujeres en su carta (12 de junio de 1973) "recuerdan que en otras oportunidades pidieron amnistía para los detenidos, pero que hoy "desengañadas" de las falsas promesas del gobierno" solicitan sólo justicia y el cumplimiento estricto y cabal de la ley", porque juzgan que "la indulgencia es patrimonio exclusivo de los corazones generosos". Por ello dicen que no esperan ya "absolutamente nada del tan mentado cristianismo de este gobierno" al que acusan de violar los derechos de las personas y la Constitución".

"... los que adoptaron métodos no democráticos de oposición como los guerrilleros ya han sido asesinados en nuestras cárceles..."

27.- "Comisión de Justicia y Paz pide al Presidente amplia amnistía", en "Presencia", La Paz, 14 de junio de 1973.

"Citan los casos del Cnl. Selich y del Dr. Félix Sandoval Morón, diciendo que fueron asesinados en las cárceles". Dicen que Luis Guevara de Oruro, "agoniza en estos momentos en el hospital" a consecuencia de torturas. Afirman que les consta que mujeres detenidas fueron violadas y que como consecuencia algunas esperan familia" ²⁸.

Eran mujeres decididas a vencer y que hablaban en voz alta: "Para que la historia no nos juzgue como cobardes, de común acuerdo hemos decidido dar un paso decisivo en favor de la justicia y de nuestros propios derechos: el día de mañana a horas cinco de la tarde, nos presentaremos en el Ministerio del Interior para ofrecernos como presas voluntarias. Si nuestros familiares están detenidos durante tantos meses por el único delito de pensar de un modo distinto a lo que piensa este gobierno, nosotras, las abajo firmantes, también hemos cometido ese delito".

La presión de los sindicatos demostró ser mucho más efectiva, pues logró liberar a muchos obreros presos. Lo que buscaban los sindicatos era que el fuero sindical fuese respetado irrestrictamente, de la misma manera que se permitiese el libre funcionamiento de la COB. Los fabriles hicieron huelgas parciales en demanda del retorno de los desterrados Valencia y Condori. Los constructores, reunidos en congreso en Sucre, durante la primera quincena del mes de junio de 1973, demandaron garantías para la COB y la constitucionalización del país, que deben entenderse no como la inclinación hacia el parlamentarismo vacuo, sino como la urgencia de implantar el respeto al ordenamiento jurídico.

El gobierno volvió a retroceder, hizo importantes concesiones a las demandas populares, pero eso no quería decir que casi diariamente no se siguiese apresando a los hombres de izquierda, que no se cometiesen con ellos excesos y no se los torturase. El retroceso momentáneo y parcial del oficialismo no impidió que siguiese hostilizando a los sindicatos, buscando cansar y atemorizar a sus dirigentes. El Ministerio del Interior persistió en su afán de erradicar de los sindicatos a los elementos considerados como políticos y el Ministro de Trabajo se ocupaba de catalogar si las huelgas eran "políticas", sindicales o "provocativas". Los mineros de Huanuni pararon las labores el 14 de junio de 1973 para subrayar así su repudio a la decisión gubernamental de no permitir el funcionamiento de la COB, etc. y el Ministerio del Trabajo tuvo la ocurrencia de sostener públicamente que ese paro era político y provocativo.

La radio "La voz del Minero" de siglo XX era, en ese momento, una de las pocas radioemisoras que realizaban una franca campaña de orientación política y entonces las autoridades creyeron que había llegado el momento de cerrarla. Se citó a su director, que era, a la vez, Secretario de Cultura del Sindicato de mineros, para que se presentase al Ministerio del Interior, buscando apresarlo o por lo menos atemorizarlo. Los sindicalizados consideraron que su deber no era otro que defender intransigentemente a un compañero que gozaba de fuero y comenzaron denunciando públicamente la actitud antisindical y provocativa del Ministro de Estado:

"Nuevamente, en violación fuero sindical, Secretario de cultura y Director "Radio la Voz del Minero", compañero Augusto León, fue notificado para presentarse Ministerio Interior La Paz. Caso no hacerlo presumiblemente será detenido en estos días. Amparo Ley General Trabajo y Constitución Política Estado solicitamos respeto libertades sindicales y consiguiente anulación orden Min. Interior.

"Atentamente. Firman: Osorio, Rojas, Capari Sindicato Siglo XX", ²⁹.

La prensa estaba llena de denuncias de este tipo. PRESENCIA de fecha 15 de junio informaba que los fabriles persistían en su pedido de libertad de Valencia y Condori: "La Federación de Trabajadores Fabriles de La Paz, mediante comunicado, manifiesta que "los compañeros Valencia y Condori son dirigentes sindicales debidamente reconocidos por los empresarios y las autoridades nacionales, nombrados en elecciones democráticas y en consecuencia gozan del fuero sindical consagrado por la Constitución Política del Estado.

"Agregan que el "señor Ministro de Trabajo no puede desconocerlos con una simple declaración, tiene que demostrar con hechos que los mencionados trabajadores son dirigentes políticos y no con simples evasivas como ha ocurrido al presente."

28.- "Mujeres se declaran rehenes en defensa de presos políticos", en "Presencia", La Paz, 13 de junio de 1973.

29.- "Presencia", La Paz, 15 de junio de 1973.

12 EL FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIIMPERIALISTA

En las jornadas de agosto de 1971 quedó confirmada la estrategia política del proletariado, plasmada en los objetivos de la Asamblea Popular y que constituyeron una revitalización, si se quiere, de la Tesis de Pulacayo. Estamos obligados, por la gran confusión política que impera en la izquierda, a volver a expresar qué consiste esa estrategia: dictadura de la clase obrera, convertida en caudillo nacional (es decir, apoyada en forma directa y militante por el campesinado y los sectores mayoritarios de la clase media de las ciudades), y cuya finalidad primera será el cumplimiento pleno de las tareas democráticas para transformarlas en socialistas.

Como quiera que no hubieron tiempo ni condiciones para que la insurrección llegase a su punto culminante, esto porque el golpe contrarrevolucionario preventivo cortó el proceso en medio camino, no se produjo la conquista del poder por las masas timoneadas por el proletariado, sino su retirada estratégica y el advenimiento del gobierno gorila, totalitario y fascista. No se dio como salida política la democracia formal ni un gobierno popular nacionalista, conforme esperaban muchos. La salida revolucionaria sólo podía ser la dictadura del proletariado y al no producirse ésta dejó el terreno libre para el desarrollo de la experiencia castrense de derecha. Es esta frustración la que ha confirmado por negativa, la estrategia de la Asamblea Popular.

Los escépticos podrían argumentar que el proletariado no se había desarrollado suficientemente (tanto numérica como políticamente) como para poder cumplir su misión histórica, aunque las contradicciones de clase eran tan agudas que tornaron insostenible e indeseable la situación política integrante. Este argumento parte del supuesto de que la importancia del asalariado en el proceso revolucionario arranca directa y mecánicamente de su número, de manera que planteando el problema en términos extremos, sólo puede llegar a ser clase políticamente dirigente si, con anterioridad se convierte en la mayoría de la población, lo que supone un gran desarrollo económico capitalista del país. Este argumento podría tener validez en el caso que se diesen dos premisas (en la realidad no hay lugar para ellas y sólo pueden formularse en el plano de la hipótesis pura): la existencia en el país únicamente de la burguesía y del proletariado y, sobretodo, que Bolivia se desarrolle dentro del marco estrictamente nacional y al margen de la economía mundial. La dialéctica del desarrollo de un país atrasado, como parte integrante del capitalismo mundial, se expresa en una peculiar dinámica de clases: la minoría proletaria (no existen posibilidades para que dentro del sistema capitalista se transforme en la mayoría de la población) tiene una importancia política proporcionalmente inversa a su número y está en directa relación con la insignificancia económica y política de la burguesía nacional. La incapacidad de la burguesía para solucionar las tareas democráticas agiganta políticamente al proletariado, pues le obliga a tomar en sus manos la particular formulación y solución de las tareas que históricamente corresponden a otras clases sociales. Así se transformaría en caudillo nacional, lo que supone que aplaste, en el terreno de la política, a las direcciones políticas extrañas. Las clases mayoritarias de la población (campesinos, clase media), que se asientan en los modos de producción precapitalistas, son las que con su gran explosividad llevan a la clase obrera hasta la conquista del poder político. Todo esto se da porque las fuerzas productivas se encuentran suficientemente maduras, internacionalmente consideradas, para transformaciones acaudilladas por el asalariado.

Una de las tendencias básicas del proletariado le empuja a convertirse en caudillo nacional, a dejar impresa su huella allí donde pone las manos, todo como consecuencia de ser la única clase revolucionaria. Lo que hace falta es encontrar la táctica adecuada que permita materializar esa tendencia congénita. Cuando el asalariado se estructura como clase su tendencia hacia la hegemonía en el seno de la sociedad actual se va afirmando más y más.

Lo que sí puede ser materia de discusión es la madurez o inmadurez política del proletariado para abrir las compuertas de la transformación socialista. De Pulacayo al congreso de la COB de 1970 se desarrolla la estructuración sindical de la clase obrera alrededor de un programa político claramente definido y que vuelve a expresarse en las bases constitutivas de la Asamblea Popular. Ese camino concreto recorre la evolución de la conciencia de clase. De manera paralela, o mejor, en interrelación dialéctica, observamos las vicisitudes que conoce el equipo político que pugna por poner en pie y fortalecer al Partido Obrero Revolucionario, cuyo fortalecimiento ideológico se proyecta al campo sindical. La estructuración de la Asamblea Popular como organización soviética tiene lugar después de reiterados anuncios en ese

sentido. Hemos indicado los obstáculos que tuvo que vencer la nueva organización para ponerse de pie y marchar en medio de la más aguda pugna clasista. Si esto fue posible es porque representaba una de las tendencias más poderosas que se agitaba en el seno de las masas y muestra una realidad viviente, con irrefutable elocuencia, contra quienes sostienen que no era más que una impostura ideada por algunos ideólogos para sorprender a incautos. La clase obrera que estructuró la Asamblea Popular había madurado lo suficiente para plantear la estrategia apuntada más arriba y se fortalecía, en el calor de la batalla, para llevarla a la realidad. Constituye otra prueba en favor de lo que venimos sosteniendo -como ya se ha indicado- el que el gorilismo hubiese preparado su golpe reaccionario teniendo como objetivo central el aplastamiento del proletariado y de las masas que se encaminaban abiertamente hacia el socialismo.

Hasta el 19 de agosto de 1971 las masas no hacían otra cosa que acentuar, más y más, su ascenso revolucionario; se encaminaban hacia la insurrección. El golpe fascista introdujo violentamente una modificación radical a este estado de cosas: cortó en seco esa movilización multitudinaria, a algunos sectores de las masas los aplastó físicamente y al proletariado le obligó a operar una retirada, que no debe tomarse como un simple ejercicio gimnástico, sino como un rudo golpe político. Una de sus consecuencias ha sido desmoralizar y desorganizar relativamente a los trabajadores y a sus organizaciones sindicales y políticas. Hemos indicado que la retirada desde las posiciones ocupadas en Vinto hasta los lugares mismos de trabajo se realizó de una manera consciente y deliberada, lo que permitiría suponer que no podía haber lugar para desmoralización de ninguna clase en el seno del movimiento obrero. Se olvida que la clase trabajadora está muy lejos de ser completamente homogénea y que sus capas más atrasadas, que son las más vastas, son vulnerables en extremo a la presión que sobre ellas ejercitan las otras clases sociales. En los primeros meses que siguieron a agosto de 1971 se tenía la impresión de que el régimen gorila era inmovible y que sentaría sus reales por varios decenios; la brutalidad fascista arrollaba todos los obstáculos y sometía a su voluntad a todas las organizaciones. Este estado de ánimo se filtró en las filas sindicales a través de las mismas bases. En determinadas condiciones la mayoría atrasada neutraliza a la vanguardia e inclusive puede arrastrarla detrás de sí. La represión no pudo menos que desorganizar a los sindicatos y partidos políticos, claro que en diverso grado según la intensidad de los golpes recibidos y la mayor o menor fortaleza de su estructura organizativa. En el campo de la izquierda lo más grave fue la crisis interna que siguió al profundo cambio de la situación política y que, de una u otra manera, reflejaba la quiebra de la estrategia de la ultraizquierda y de otros sectores. En un comienzo, solamente al trotskismo y después al PC pro-Moscú no alcanzaron los efectos de esta crisis.

En ningún momento las bases fueron ganadas por el gorilismo, no surgieron en su seno ideas diametralmente opuestas a las expresadas por la Asamblea Popular, nadie, excepción hecha de la dirección de la izquierda tradicional, renegó de la obra y de la prédica de esta organización, contrariamente, fue defendida toda vez que se presentó la oportunidad de hacerlo, es decir, las masas no fueron arrastradas por la contrarrevolución. El cambio político se manifestó en el paso de la actitud ofensiva a la defensiva, cesaron de atacar para concentrarse alrededor de sus organizaciones, que fueran acalladas y atemorizadas momentáneamente. Este hecho no puede menos que tener significación en materia política y organizativa. Las consignas fundamentales de la Asamblea y que pueden sintetizarse en una sola: la conquista del poder por la clase obrera, se sumergieron en las profundidades de la subconciencia de la clase, el observador superficial podía concluir que habían desaparecido. Con todo, es ya sugerente que los trabajadores defendiesen a la Asamblea, una y otra vez, como genuina obra suya. En circunstancias en que había que resistir y defenderse de la arremetida de la contrarrevolución en todos los lugares, saltaron al primer plano las debilidades organizativas, por fisuras volvieron a asomar la cabeza los dirigentes traficantes y aventureros. La Central Obrera Boliviana que tenía: el deber elemental de adoptar formas organizativas adecuadas a la época de la clandestinidad, asimilando y superando la experiencia de los sindicatos clandestinos del período barrientista, fracasó en su misión.

No se trata de un hecho sorprendente si se toma en cuenta que esta organización llegó disminuida y maltrecha a agosto de 1971. El origen de su profunda crisis, que ha pesado durante toda la etapa de lucha contra el gorilismo, se tiene que buscar en su defectuosa constitución durante el IV congreso nacional de trabajadores (1970): el lechinismo formó una dirección a su medida y en base de componendas con los sectores más dispares e insignificantes del movimiento obrero. Durante la lucha anti-gorila estuvo ausente una dirección centralizada nacional, o, por lo menos, un núcleo que intentase seriamente asumir ese papel; esta falla organizativa perjudicó seriamente los avances del movimiento obrero en su conjunto y fue causa de no pocas derrotas parciales.

Flota en el ambiente la siguiente pregunta: ¿por qué la otrora poderosa Central Obrera no cumplió ningún papel positivo en la lucha contra Bánzer, siendo así que los trabajadores recurrieron a todas sus reservas? Durante la crisis de fines de 1972 se hicieron esfuerzos para estructurar una dirección nacional ad-hoc, pero a nadie se le ocurrió hacer funcionar una COB clandestina o ponerla en marcha detrás de un rótulo cualquiera. La lucha por la vigencia de la COB se convirtió en un slogan muy general y que expresaba la voluntad de defender el derecho de libre asociación frente a los avances totalitarios del gorilismo. El problema no puede quedar reducido a la cuestión de la poca representatividad de sus miembros (cosa evidente y que ha contribuido en no poca medida a obstaculizar los trabajos reorganizativos), a deficiencias de estructura interna o a que su Secretario General, Francisco Mercado y otros se hubiesen pasado con toda su impedimenta al enemigo, esas traiciones repudiables de pigmeos no han podido dislocar al movimiento obrero en sí. El verdadero problema es de naturaleza política. El ejecutivo de la COB estaba lejos de expresar adecuadamente la Tesis Política aprobada en su IV Congreso, este programa se encarnó en la Asamblea Popular; contrariamente, los miembros cobistas trabajaron empeñosamente contra él, eran residuos del superado nacionalismo pequeño-burgués. La COB fue incluida en el Frente Revolucionario Antiimperialista por lo menos nominalmente; los que se decían sus representantes en el exilio tuvieron una actuación deslucida y turbia, esto porque lejos de fortalecer a la nueva organización se empeñaron por destruirla. Si la dirección de la COB hubiese llegado a agosto de 1971 totalmente identificada con la Asamblea Popular es claro que habría sabido encontrar los caminos para seguir luchando en la clandestinidad por la adaptación de su programa a las nuevas circunstancias. Fue arrastrada a la tremenda crisis que siguió a la quiebra de la perspectiva política nacionalista frente a la lucha del gorilismo contra el socialismo.

El asalto militar a los lugares de trabajo fue sustituido por los planes encaminados a desconocer la voluntad de las bases obreras y a imponer direcciones sindicales amañadas por el oficialismo. Constituyó una forma de oposición y una victoria sobre él, el funcionamiento sistemático de los sindicatos, el verificativo de elecciones y la victoria en ellas de listas izquierdistas estructuradas dentro del gran lineamiento impartido por el FRA. El antigorilismo se fue consolidando más y más en los sindicatos mineros y en otros de las ciudades. Se llegó a 1973 con un movimiento obrero alineado frente al gobierno.

No se trataba de un proceso que hubiese seguido una línea recta o que no hubiese conocido contratiempos. Inmediatamente después de agosto de 1971 se notó un notable decaimiento en la actividad sindical, particularmente en las ciudades, y, a veces, los equipos dirigentes democráticamente elegidos fueron sustituidos por camarillas adictas al gorilismo, aunque para ello se tuvo que recurrir, con mucha frecuencia al encarcelamiento y persecución de los titulares. No se puede dejar de puntualizar que en los primeros meses después del golpe contrarrevolucionario, únicamente las grandes organizaciones obreras, sobre todo las mineras, pudieron hacer escuchar públicamente su voz, a veces en tono muy airado y como protesta por los inconsultos apresamientos de trabajadores o por la falta de garantías para el normal funcionamiento de las Confederaciones y Federaciones. Este aumento incesante de la presión obrera sobre el gobierno dio un salto cualitativo a fines de 1972 y desde entonces parecieron haberse consolidado las organizaciones sindicales.

Ni siquiera en los momentos de mayor represión pudieron los gorilas imponer silencio a todo lo largo y lo ancho del país y se puede decir que siempre estuvo presente la resistencia pasiva de los sectores populares a los excesos del desgobierno fascista. Las protestas eran motivadas no sólo por atropellos inferidos a los trabajadores y a los sindicatos, sino también por una política inconfundiblemente entreguista. Resistencia pasiva, matizada de explosiones violentas, es cosa diferente al desbande y huida desordenados que siguen a las derrotas. El quid pro quo de la ultraizquierda radica en que tomó un fenómeno por otro y de aquí arrancó la conclusión absurda de que sólo tenía vigencia la táctica foquista y terrorista. Ni siquiera cuando se rompió las narices tuvo la inteligencia y el valor suficientes para reconocer su fatal error.

Después del 21 de agosto de 1971, los problemas de la táctica revolucionaria se centraron alrededor de la necesidad de convertir en resistencia activa y ataque generalizado los brotes de resistencia pasiva, que se daban como explosiones intermitentes y en grado diverso en las diferentes regiones del país, pero siempre teniendo como núcleo fundamental las minas, lo que sólo podría lograrse generalizando el descontento, elevándolo políticamente. Las organizaciones revolucionarias -y es esto lo que dijo el FRA- tenían la misión de realizar un trabajo paciente, sistemático, en el seno de las masas, para algunos tontos derrotados para mucho tiempo, tendiente a organizarlas, a educarlas y a vincularlas con los explotados de las otras regiones del país. Sobre todo después de agosto de 1971, lo que hacía falta era paciencia y trabajar laborioso para ayudar a los explotados a superar su estado de momentánea postración. La

dirección revolucionaria debería incorporarse y marchar junto con las masas, enseñando la vanguardia a no adelantarse mucho con referencia al lento avance del grueso de la clase, a luchar por el logro de pequeñas demandas salariales o de vigencia de las garantías sindicales o constitucionales. La discusión sobre estos problemas fue, en último término, la discusión acerca de la misma revolución en Bolivia. Nos parece que únicamente el trotskismo comprendió con toda claridad que se trataba de adaptar la línea política de la Asamblea Popular a las nuevas condiciones creadas después de agosto.

El Frente Revolucionario antíimperialista fue constituido en el exilio (Santiago de Chile) como una proyección de la línea política antiimperialista y revolucionaria de la Asamblea Popular, que sólo podía existir en medio de las más amplias libertades democráticas y no dentro de las condiciones excepcionalmente duras creadas por la victoria gorila en agosto de 1971.

Las largas discusiones que precedieron a su formación y continuaron después se centraron alrededor de la fijación de un programa revolucionario y la subordinación de los partidos y tendencias de izquierda a él y a los métodos propios de la revolución proletaria. Por primera vez en la historia boliviana, todos los partidos radicales se subordinaron a la estrategia y táctica de un proletariado que había sido capaz de estructurar la Asamblea Popular, es decir, de señalar con firmeza el camino hacia la conquista del poder.

El FRA fue la victoria de la política obrera sobre la pequeña burguesa, sobre el reformismo y sobre el foquismo aventurero. Es fácil comprender que los sectores no revolucionarios ingresaron a su seno empujados por su militancia de base y por las mismas masas explotadas. Por esto mismo su inscripción en el frente no importó una verdadera comprensión de su programa y su consecuente práctica. Lo que fue su fortaleza en cierto momento, se trocó en la causa de su debilidad y de su fractura, no bien el FRA encontró dificultades para penetrar en el seno del grueso de los explotados.

Posteriormente a estos acontecimientos, lo que en el pasado próximo fue motivo de discusión a la luz de los principios programáticos, se trocó en materia de simple constatación de lo ocurrido. A fines de 1972 las masas de las ciudades y de las minas irrumpen nuevamente en el escenario, pasan de la resistencia pasiva a la activa, hacen retroceder al gobierno y se empeñan en defender tercamente las posiciones que han conquistado. El desarrollo de los acontecimientos enseña que lo que el FRA escribió en sus documentos correspondía a la realidad política de ese momento y que el proceso coincidió con los lineamientos trazados por aquella organización. Pero, esos principios se convirtieron en una especie de doctrina esotérica, sobre todo porque la ultraizquierda agotó todas las argucias concebibles para oponerse a su difusión. La razón era clara: la línea aprobada por el FRA desvirtuaba la conducta pasada, presente y futura del foquismo intrascendente. El que el FRA se viese obligado a vivir y desarrollarse en el exilio suponía ya una ruptura, mayor o menor, con las organizaciones que seguían actuando en el interior del país. Todo esto ha sido dicho para demostrar que la propaganda del FRA y sus instrucciones sólo podían haber influenciado en muy poca medida sobre los acontecimientos nacionales, pero que correspondían a efectivas tendencias que se agitaban en el seno de las masas. Entre los partidos políticos integrantes del frente sólo el POR se identificó plena y totalmente con la línea política que había adoptado, no sólo en lo que se refiere a su inmediata realización, sino también a sus proyecciones futuras.

Las masas partieron efectivamente de brotes numerosos y aislados de resistencia pasiva al gorilismo, no se trataba de un supuesto ideado por algunos políticos que batallaban en el seno del FRA en su empeño por convencer a sus adversarios, esta era la realidad política del país y a nadie le estaba permitido ignorarla o suplantarla por cualquier superchería. El aumento cuantitativo de los brotes de resistencia pasiva fue constante hasta fines del año 1972, aunque la coordinación entre ellos, en el marco nacional, sufrió muchos contratiempos, como consecuencia, básicamente, de las deficiencias de organización y funcionamiento del FRA. Si se hubiesen calibrado debidamente los progresos efectivos que conocían las masas en su lucha diaria, en ese momento centrada no únicamente alrededor de la defensa de las organizaciones sindicales y de las garantías democráticas, sino de la urgencia de lograr mejores condiciones económicas y de defender algunas conquistas en este terreno, como los precios de pulpería congelados, por ejemplo, lo correcto habría sido trasladar la dirección del FRA al país, no para encubrir actos terroristas o la aparición de un foco guerrillero, como deseaban los ultraizquierdistas, sino para coordinar y darle un elevado contenido político a la resistencia pasiva. Fue decretado el traslado del FRA sólo después de que las masas protagonizaron los imponentes acontecimientos que eran la expresión de que habían pasado a la ofensiva y cuando su dirección se había fracturado totalmente. El comando revolucionario no pudo cumplir con el trabajo encaminado a coordinar los movimientos de todos los sectores de las masas e imprimirles un alto contenido político; las defecciones y derrotas temporales se

debieron, principalmente, a este hecho.

Si el FRA comprendía acertadamente la situación política, como se atestigua por sus documentos, ¿por qué actuó tan mal y no contribuyó a asegurar a las masas condiciones favorables para sus luchas? Podría pensarse que no existía la menor relación entre la enunciación teórica de los problemas y la actuación diaria de las organizaciones. Esto importaría abrir las compuertas al empirismo a ultranza. Lo que ocurrió fue que una gran parte del FRA no se identificaba con sus documentos programáticos y cuando éstos se veían confirmados por las masas en las calles los ultraizquierdistas pugnaban empecinadamente por modificarlos. Aquellos que aceptaron esos enunciados por maniobra o sólo diplomáticamente se oponían tercamente a que fuesen llevados a la práctica, seguían soñando con desencadenar focos armados detrás de enunciados antifoquistas. Esta fue la causa última de la inacción del FRA en el momento más trascendental de la lucha de las masas contra el gorilismo.

La devaluación monetaria banzerista actuó como la fuerza propulsora que permitió a las masas pasar francamente a la ofensiva. El aumento cuantitativo motivó la transformación cualitativa. Las consecuencias de este fenómeno fueron notables: los explotados perdieron el miedo, que fue reemplazado por la confianza en sus propias organizaciones; volvieron a adueñarse de las calles y batallaron enconadamente no sólo para defender las posiciones ya conquistadas, sino para realizar mayores avances. Pese a la ausencia de una real dirección nacional, la nueva ofensiva comenzó dándose en un alto nivel político: los explotados apuntaron como el autor del descalabro económico y como al mayor enemigo al gorilismo. Esta oposición revolucionaria se desarrolló dentro del marco de la independencia de clase del proletariado y tendió a canalizar todos los esfuerzos efectivos hacia la conquista del poder por la clase obrera, remarcable porque el movimiento comprendió a amplísimos sectores de otras clases sociales.

Inmediatamente después de agosto de 1971, parecía que la brutalidad de la represión daba fortaleza y estabilidad ilimitadas al gobierno. El impresionante número de fusilados y de prisioneros políticos, el trato bestial dado en los campos de concentración, eran presentados como expresiones de un régimen fuerte. Bien pronto se comprendió que se trataba de una simple ilusión. La protesta por los asesinatos, torturas y apresamientos inmotivados fue ganando a grandes capas de la población, convirtiéndose en un amplio movimiento subterráneo. No fue la lucha por el socialismo y sólo sí la librada por el respeto a las garantías democráticas, la que pudo arrastrar a gran parte de la población, lucha que se desarrolló en línea sinuosa, como si se tratara de avalanchas temporales. La presión popular y obrera exigiendo una amplia amnistía cobró dimensiones insospechadas antes de las Navidades de 1971 y 1972. En su momento le correspondió a Selich dar la nota pintoresca: estando pacificado el país y eliminados los extremistas -dijo- no correspondía dictarse amnistía de ninguna clase. Ciertamente que en un cementerio no hay necesidad de esta medida. Este primer empuje (que políticamente ha tenido la significación de demostrar el fracaso del plan gorila de un total aplastamiento de los sectores populares de las ciudades) no pudo vencer la terquedad del gobierno, todavía vivamente empeñado por imponer el respeto irrestricto al principio de autoridad. El retroceso del gobierno totalitario se efectuó revisando y pisoteando sus propias decisiones, lo que permite comprender que ante el empuje de las masas sucumben el principio de autoridad y demás ídolos. En la primera quincena del mes de febrero de 1972, volvió a crecer la ola de protesta contra los indiscriminados y largos apresamientos. Inesperadamente, "El Diario" publicó una carta, fechada en los lugares de presidio y dirigida al mismo Bánzer y al Ministro del Interior, demandando inmedata libertad; al pie de la nota aparecieron alrededor de doscientas firmas, entre ellas de diez mujeres. A las pocas horas, las emisoras y las agencias noticiosas propalaron la información en sentido de que esos presos políticos se habían declarado en huelga de hambre, a partir de las cero horas del día 8 de febrero de 1972, exigiendo que cese su encierro. Alrededor de cincuenta familiares, casi todas mujeres, secundaron la medida, después de concentrarse en la iglesia de San Agustín, ubicada en un lugar céntrico de La Paz. Cuando se hizo evidente el peligro de que la violencia gubernamental fuese descargada sobre las huelguistas, las altas cumbres de la iglesia no pudieron menos que salir en defensa de ellas. Después de la heroica huelga de hambre, los presos continuaron encerrados; con todo, su gran trascendencia consistió en ser la primera huelga política, después del 21 de agosto de 1971, que concentró la atención de todo el país y desencadenó un movimiento de solidaridad internacional.

En 1973 no se esperó que se aproximasen las fiestas de Navidad para demandar la dictación de la amnistía, después de recordar los sentimientos cristianos de las autoridades, la demanda se trocó en consigna permanente. No solamente se modificaron los planteamientos, sino el tono en el que eran hechos. Estos cambios se explican si se tiene en cuenta que entre 1971 y 1973 han tenido lugar las

grandes jornadas posteriores a octubre de 1972.

Como un prelude a lo que sucedió a fines de 1972, tenemos los numerosos movimientos anteriores alrededor de objetivos económicos, de resistencia a las medidas gubernamentales que tendían a empeorar las condiciones de vida de los bolivianos. Bánzer, mediante Decreto supremo, autorizó el aumento de tarifas eléctricas en la ciudad de La Paz, lo que motivó un generalizado movimiento de protesta, en el que participaron tanto los sindicatos obreros como las organizaciones populares. Aunque la empresa foránea Bolivian Power fue la que recibió los golpes directos, la repulsa adquirió un carácter marcadamente antigubernamental. Los sindicatos obreros creyeron llegada la oportunidad para recordar al gobierno su obligación de elevar los salarios en la misma proporción del encarecimiento del costo de vida. La escala móvil planteada en 1946, se trocó en la demanda más generalizada.

En los centros de trabajo, particularmente en las minas, no se dejó en ningún momento de reclamar por la concesión de garantías para los trabajadores, a fin de que pudiesen seguir produciendo en condiciones de normalidad, exigencia paralela a la demanda de garantías para el funcionamiento de las organizaciones laborales y del retiro de las tropas de los campamentos. A estas modestísimas reivindicaciones se añadió la lucha por lograr la confirmación e ciertos bonos, el cese de la hostilidad a algunos "extremistas", que comenzaron siendo trasladados a parajes insalubres o donde las ganancias eran menores. La tan pregonada política de austeridad del oficialismo se tradujo, principalmente, en la reducción de los gastos destinados a la seguridad industrial, en la limitación de los bonos, etc. que, en la práctica, significó una virtual disminución de los salarios. Tomemos un ejemplo. Durante el mes de junio (primera quincena) de 1973 los obreros de San José se declararon en emergencia y en pie de huelga demandando el normal aprovisionamiento de materiales y herramientas de trabajo y, al mismo tiempo, el cumplimiento de compromisos contraídos por Comibol. Las deficiencias anotadas incidían directamente en la disminución de los salarios, al extremo de que el sindicato planteó el cálculo del "sueldo 14" (llamado "aguinaldo patriótico") en base de los aguinaldos de 1972. Como quiera que esta actitud desagradó al Ministro de Trabajo, éste se tomó la libertad de negarse a "reconocer" a la dirección laboral democráticamente elegida. Acertadamente él respondió que para existir le bastaba la confianza de los obreros de base. Así quedó planteada la discusión acerca de la naturaleza de las organizaciones laborales. El sindicato de Siglo XX denunció que en la planta pre-concentradora Sink Float "se obliga al trabajador a duplicar su actividad laboral, los demás tienen que cubrir esa ausencia, sin el respectivo pacto de trabajo extra". También se exigió que los trabajadores de esta sección insalubre (el aire se encuentra permanentemente viciado por el polvo) recibiesen la misma compensación que los de interior mina, es decir, \$b. 150 en lugar de 135³⁰. Esos subhombres que se llaman cooperativistas plantearon que se les liberase de una serie de imposiciones que tenían y tienen que soportar, como si fuesen grandes empresarios. Estos senderos, si se quiere prosaicos, siguió la lucha de clases cotidianamente y fue en este caldero, y no en las grandes elocuentes proclamas y acciones destinadas de antemano a la gloria, que el proletariado se unificó, templó y aguzó sus métodos de lucha contra los opresores. La nueva situación política creada después de agosto de 1971 determinó que el factor dominante en las batallas contra el régimen banzerista fuese la defensa de las garantías democráticas, rasgo diferencial de toda la política posterior, por lo menos hasta 1978.

No pocos "teóricos", casi todos ellos alineados en la ultra izquierda, quedaron desorientados al observar la nueva realidad. Partían del esquema de que la clase obrera debería seguir una línea uniforme y siempre en ascenso hasta llegar al poder, sin comprender que la lucha de clases está llena de altibajos, de avances y retrocesos. Esta concepción totalmente mecanicista parte de la evidencia de que vivimos la época de la revolución socialista y de aquí se saca la conclusión de que la lucha por el socialismo se encuentra vigente en todos los instantes, que sólo ella es revolucionaria y no así aquella que coloca en primer plano las reivindicaciones democráticas e inmediatas. La realidad se encargó de rectificar brutalmente a los ultraizquierdistas: la oposición al gobierno Bánzer (eso que el FRA llamó resistencia pasiva, para remarcar su punto de partida y para diferenciarse de las tendencias desviacionistas) se expresó inicialmente a través de la lucha alrededor de consignas democráticas y de contenido sindical mínimas. La brutal presencia del gorilismo importó el arrasamiento de muchas de ellas y la amenaza inminente de que se acabase con todas. Las masas se vieron colocadas ante la necesidad de reconquistar lo perdido y defender lo poco que quedaba en pie; en estas circunstancias plantear lisa y llanamente la toma del poder político por el proletariado y el establecimiento del socialismo habría importado desembocar en el utopismo. A los "radicales" de café esto se les antojó una verdadera capitulación, con

30.- "Presencia", La Paz, 14 de junio de 1973.

referencia a anteriores planteamientos, y un cobarde abandono de posiciones ya conquistadas por las masas. De enero a agosto de 1971 se luchó y se movilizó a los explotados alrededor de la bandera del socialismo, esto para referirnos a un período en el que con mayor nitidez se dio esa política; partiendo de esta evidencia, la ultraizquierda insistió en que debía persistirse en tal línea: insistir en la consigna agitativa de gobierno obrero y de socialismo para su inmediata realización. Los foquistas y terroristas consideraban que eran ellos, a nombre de las masas, los predestinados a cumplir ese programa, era eso lo que se desprendía de la propaganda del Ejército Revolucionario del Pueblo de la Argentina, por ejemplo. No cuentan para nada las masas, su estado de ánimo, su lucha diaria; consecuentemente, la minoría privilegiada puede tomar el poder cuando se le antoje, siempre que esté militarmente preparada para ello. A los trotskistas y comunistas pro-Moscú se les dijo dentro del FRA que no se trataba de buscar consignas limitadamente democráticas, pues esto significaba nada menos que una pérdida lamentable de tiempo, sino de poner mayor énfasis que en el pasado en la proclamación del socialismo como meta inmediata. Esta postura, aparentemente inexplicable, parecía ignorar que en el país se había operado un cambio político de importancia (sustitución de un gobierno castrense nacionalista de contenido burgués, vale decir, de orientación antiimperialista, por uno abiertamente fascista) y estaba segura que la simple enunciación de una consigna era suficiente para crear las condiciones necesarias para su materialización. El ultraizquierdismo, elemental y mecanicista por su esencia, estaba convencido que cuanto más severas fuesen las condiciones represivas imperantes se justificaba en mayor medida la presencia de focos armados. Desde este punto de vista, habría que felicitarse por el advenimiento de Bánzer al poder. Los marxistas recordaron que las consignas debían corresponder ajustadamente a la situación política imperante en cierto momento. Las voces de orden que sirvieron en ciertas circunstancias resultan inoperantes en otras. Es esto lo que enseñó Lenin.

Los hechos demostraron que las masas, después de agosto de 1971, no comenzaron a movilizarse motorizadas por la urgencia de tomar el poder o de realizar el socialismo, sino alrededor de motivaciones democráticas y pequeñas reivindicaciones que tradicionalmente han sido catalogadas como sindicales. Ni duda cabe que existe el peligro de que la actividad diaria quede encerrada en el estrecho marco del tradeunionismo y es este el reparo de mayor peso que puede oponerse a la táctica señalada. La lucha cotidiana por estos modestísimos objetivos debe estar referida a la conquista del poder y del socialismo. La participación militante de la vanguardia proletaria en la vida cotidiana de las masas es imprescindible para garantizar la indisoluble vinculación entre los objetivos inmediatos y la finalidad estratégica de la clase obrera. El trotskismo libró una trascendental batalla contra el foquismo y también contra las tendencias reformistas, que pugnaban por limitar la lucha a las garantías democráticas o a las mejoras salariales de manera que la revolución se convirtiese en un proceso puramente democrático.

Duramente golpeada por los acontecimientos que no pueden ser ignorados, la ultraizquierda se desplazó osadamente hacia las posiciones abiertamente burguesas; se tornó nacionalista y electorera, enemiga de la violencia y defensora incondicional del legalismo y de la Constitución. El MIR retomó las banderas de la revolución nacional y el PC-ML no tuvo el menor reparo en aliarse nada menos que con Víctor Paz, un descarado agente del imperialismo. Así hemos pasado por la experiencia de la política pequeño-burguesa tanto en su expresión radical como en la nacionalista, caras de la misma medalla.

Cuando se dijo que la situación política imponía la necesidad de luchar por las reivindicaciones democráticas (garantías constitucionales, en verdad, y no tareas democráticas nacionales) y sindicales, una parte del stalinismo y sectores izquierdistas moderados se alistaron rápidamente detrás de esta perspectiva, esto porque la lucha inmediata por objetivos tan modestos se acomodaba perfectamente a su concepción de la revolución y a su programa, parecía confirmarse la tesis de que en los países atrasados las fuerzas productivas han madurado sólo para hacer posible la revolución democrático-burguesa. Desde el primer momento se notó una fisura entre estos elementos y el trotskismo, que dijo con claridad que a la lucha por el socialismo se tenía que ir, dadas las condiciones políticas imperantes, a través de las batallas libradas en defensa de las garantías democráticas y sindicales. Para el POR, imprimir un elevado contenido político a los brotes de resistencia pasiva quería decir orientarlos hacia la lucha por el socialismo. La diferencia era clara: los "demócratas" se empeñaban por quedarse dentro de los estrechos límites de las reivindicaciones inmediatas y los trotskistas pugnaban por proyectarla hacia la conquista del poder por el proletariado.

Hemos indicado, una y otra vez, que el proletariado boliviano al igual que el de los otros países atrasados, llegará al poder en su condición de caudillo de las otras clases sociales mayoritarias, explotadas y oprimidas en la actualidad. La clase obrera (numéricamente minoritaria) sola y con sus propias fuerzas,

podría en circunstancias excepcionales conquistar el poder, pero no mantenerse en él, instauraría un gobierno efímero e inoperante en medio de la hostilidad de la mayoría nacional. La revolución viable es siempre mayoritaria. Se ha repetido hasta el cansancio que la viga maestra de la estrategia revolucionaria radica en la alianza obrero-campesina, que no debe entenderse como matemáticamente limitada a proletarios y campesinos, sino que se refiere a una clase obrera arrastrando a los explotados que quedan al margen de las grandes fábricas, a la mayoría de la población generalmente asentada en las formas de producción pre-capitalistas, a los sectores más vastos de la clase media de las ciudades. Cuando decimos que es la gran capacidad explosiva de los campesinos la que, en ciertas condiciones, empuja al proletariado al poder nos estamos refiriendo también a las capas de la pequeña burguesía de las ciudades (particularmente a los estudiantes) que tienen una gran importancia en las luchas políticas. El momento de la insurrección llega, precisamente, cuando estos sectores sociales, entre otros factores, oscilan profundamente hacia la izquierda, cuando se convencen que para ellos no hay más salida que las proposiciones hechas por el asalariado.

Parece que no se ha analizado suficientemente la naturaleza y consecuencias de una clase obrera convertida en caudillo nacional, que quiere decir arrastrando detrás de sí a varias clases sociales (a la nación oprimida), que, ni duda cabe, tienen, en último término, intereses diferentes y hasta opuestos, pero que, en los momentos culminantes del ascenso revolucionario encuentran puntos de coincidencia que les permiten una acción unitaria contra los dueños del poder político. El proletariado de las grandes metrópolis es la mayoría de la población, lo que le permite convertirse en el gobierno nacional por excelencia, al mismo tiempo que plantea y resuelve sus intereses de clase exclusivamente. La situación del proletariado de los países atrasados es diferente siendo una minoría (consecuencia del unilateral y deficiente desarrollo económico capitalista) no pudo tomarse la libertad de ceñir su conducta a la solución únicamente de sus problemas de clase y menos a poner en pie un gobierno puramente obrero, la consecuencia sería su total aislamiento del gran conglomerado de explotados del país y, para su propio mal, precipitaría la hostilidad de la mayoría nacional; esta debilidad inicial la supera ganando la dirección política de las otras clases sociales oprimidas y explotadas por el imperialismo, de un modo directo o no; ganar la dirección política de la mayoría nacional supone que, simultáneamente, se derrote a los partidos políticos no proletarios, lo que sólo puede lograrse a través del debate y del balance alrededor de la experiencia diaria de las diversas agrupaciones políticas con referencia a los enunciados de la estrategia y táctica revolucionarias, confrontación que puede darse más fácilmente en el marco de un frente de clases, que eso es el frente antiimperialista, pues es aquí donde se elabora y se impone un programa único que se convierte en la piedra de toque de la conducta de las diferentes direcciones políticas; el proletariado minoritario se agiganta políticamente porque las otras clases sociales, directamente interesadas en la superación de las manifestaciones económico-sociales precapitalistas, no tienen por sí solas la capacidad de realizar las tareas democráticas, éstas pasan a manos del proletariado, que no se limita a repetirlas, sino que las subordina a su propia estrategia (no se contentará con cumplirlas y mantenerlas como tales indefinidamente, sino que las proyectará hacia el socialismo), de esta manera actúa como portavoz y dirección de la mayoría, de toda la nación oprimida; el proletariado desde el poder, actuando como caudillo nacional, tiene que cumplir, a su manera, las tareas propias de las otras clases sociales, lo que no supone que colocará lado a lado esas tareas, sino que las cumplirá de un modo integral, de manera que puedan ser transformadas en socialistas; el proletariado ni durante el ascenso revolucionario ni en el poderse diluye en el gran conglomerado nacional, sino que se afirma como clase, condición imprescindible para que pueda convertirse en dirección política de las masas en general, actúa como partido político e impone su estrategia y sus métodos de lucha, se da el caso de que asimile algunos que son propios de las otras clases pero, en este caso los transforma para adecuarlos a sus objetivos, este rol hegemónico y excepcional es consecuencia de su naturaleza de ser la única clase revolucionaria por excelencia de la sociedad, lo que determina que se estructure como clase en la medida en que afirma su independencia y se organiza como partido político. El proletariado llamado como está a liberar a la nación oprimida tiene que comenzar por liberarse dentro de ésta.

La revolución en un país atrasado, socialmente hablando, no puede ser puramente proletaria o minoritaria, sino que será protagonizada por toda la nación oprimida, vale decir, por las clases sociales oprimidas y explotadas por el explotador-opresor foráneo, a condición de que actúe bajo la dirección del proletariado. La presencia de éste como caudillo nacional de las masas y como dueño del poder, modifica las proyecciones de una revolución, no tiene más remedio que cumplir las tareas democráticas y abrir la perspectiva del socialismo. Dicho de otra manera, la revolución deja de ser democrático-burguesa o antiimperialista para transformarse en una revolución realizada bajo la dirección proletaria y de la que el cumplimiento de las tareas democráticas y la liberación nacional no son más que episodios de una

profunda transformación que desemboca en el socialismo y en la revolución mundial.

En Bolivia, a diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos, por ejemplo, las grandes organizaciones sindicales de masas, aquellas que han dejado huella profunda en nuestra historia, han rebasado los límites estrictamente obreros, para englobar en su seno a varias clases sociales, será bien recordar el ejemplo de la Central Obrera Boliviana, particularmente durante la primera época de la revolución.

La Asamblea Popular fue una particular forma soviética que importó la efectivización del frente antiimperialista bajo la dirección de la clase obrera. En su corta pero fecunda historia no conoció desviaciones derechistas ni ultraizquierdistas y fue la estrategia del proletariado convertida en organización. Nació y vivió en un momento de extrema tensión de la lucha de clases. El 21 de agosto de 1971 no fue destruida físicamente, la nueva situación política determinó, de manera casi mecánica, su receso; sin embargo, su validez fue ratificada por los acontecimientos en la medida en que se demostró la justeza de la estrategia del proletariado. Estas son las razones por las cuales no se puede hablar tan sencillamente de su desaparición del escenario, como no podía esperarse la reiniciación de sus reuniones al día siguiente de instalado el gobierno Bánzer. El cambio de la situación política hizo caducar la forma organizativa de la Asamblea, que correspondía a una etapa de gran ascenso de las masas y de la irrestricta vigencia de las garantías democráticas; pero, continuó en pie su línea política expresada en los documentos programáticos de la COB y en las Bases Constitutivas. Los que no percibieron el cambio de la situación política pugnaron, esto por algún tiempo, porque se volviese a convocar a la Asamblea Popular, mas, se olvidaron señalar cómo se haría para elegir en las bases populares a los delegados cuando imperaba el terror y habían sido destruidas las garantías democráticas. Lechín fue uno de los portavoces de esta curiosísima posición, pero lo hizo porque sabía que así mantendría la calidad de Secretario Ejecutivo del descomunal conglomerado de las izquierdas, que solamente podía darse después de agosto de 1971; en esos momentos emergía un FRA con dirección colectiva y pugnando por sepultar el absurdo caudillismo que tanto daño ha hecho al movimiento sindical boliviano. Una Asamblea sin la reunión de cientos de delegados, sin deliberaciones públicas, sin posibilidad de actuar como el polo catalizador de las tendencias revolucionarias y populares, resulta inconcebible. Después de 1978, cuando volvieron a ponerse en práctica las garantías constitucionales y las masas se fueron radicalizando gradualmente, al señor Lechín y a otros "izquierdistas" se les olvidó actualizar la consigna de la Asamblea Popular y prefirieron extraviarse por los equívocos caminos de frentes puramente tácticos, a espaldas de las finalidades históricas del proletariado.

La Asamblea apareció en el momento de mayor movilización de las masas, cuando éstas se encaminaban firmemente hacia la conquista del poder político. Es esta circunstancia la que explica su nacimiento, como respuesta a una necesidad histórica concreta, y sus características. La sola constatación de que las masas después de agosto ya no eran, cierto que momentáneamente, dueñas de las calles, debía llevar al convencimiento de que no podía funcionar esa gran organización de masas que fue la Asamblea. La estrategia del proletariado tenía que encontrar otro tegumento organizativo para poder expresarse. No sólo que caducaron ciertas formas organizativas, sino que el cambio de situación política obligó a modificar los objetivos políticos inmediatos: ya no se trataba de la conquista del poder de manera inmediata, sino de poner en pie de combate a las masas (de transformar la resistencia pasiva en activa). Lo que quedaba como conquista era la línea política maestra enunciada por la Asamblea Popular: utilizar las reivindicaciones inmediatas para movilizar a los explotados hacia la conquista del poder y mantener la hegemonía política del proletariado en todas las facetas de la lucha. La Asamblea le permitió a la clase obrera convertirse en dirección del conglomerado de clases y este hecho se tradujo numéricamente en la hegemonía de los delegados obreros; esto ya no era posible en las nuevas condiciones imperantes; sólo se podía luchar porque todos los sectores reconociesen la preeminencia del programa del proletariado. Cuando decimos que el FRA no hizo otra cosa que proyectar a la Asamblea Popular en la nueva situación política, no queremos significar que se mantuviesen invariables las formas organizativas de ésta, sino que el FRA encarnó la estrategia de la clase obrera.

La finalidad estratégica del proletariado emerge del desarrollo objetivo de la sociedad y se modifica por las modificaciones coyunturales de la política, permanece como tal en tanto la sociedad no se trueque en otra. Esas modificaciones pueden determinar que de consigna agitativa se transforme en propagandística. Lo que cambia es la táctica, que está destinada a efectivizar la estrategia revolucionaria por la reforma del capitalismo, y por esto mismo por su permanencia, deja de ser revolucionario para convertirse en vulgar reformista.

Superando la discusión, la realidad diaria impuso una profunda transformación estructural en la nueva organización encargada de adecuar la estrategia del proletariado a las nuevas condiciones políticas. Los observadores superficiales se apresuraron en subrayar que entre la Asamblea y el Frente Revolucionario Antiimperialista no había absolutamente nada en común. Algo más, se lanzó la especie de que éste, la nueva piel dentro de la cual se vio obligada a meterse la estrategia revolucionaria del proletariado, era nada menos que la negación de la Asamblea. La ignorancia y la mala fe se hermanaron en la irresponsable acusación de que el FRA deliberadamente marginaba al proletariado de su dirección. En los momentos de depresión y de clandestinidad, el proletariado sólo puede expresarse adecuadamente a través de su vanguardia política; en pleno período de ascenso, la vanguardia trabaja abiertamente y se exterioriza por medio de sus cuadros de militantes que actúan en el seno de las organizaciones de masas.

Después de los trágicos acontecimientos de agosto de 1971 se planteó ante los revolucionarios y la clase obrera la necesidad de darse organizaciones adecuadas para la lucha contra el gorilismo en las condiciones de clandestinidad imperantes. Dos tendencias pugaban por anular la perspectiva revolucionaria: una de ellas tendía hacia la disolución de la clase obrera y de sus principios programáticos en el gran conglomerado democratizante y la otra se encaminaba a aislar a aquella del resto de los explotados. La imposición de cualesquiera de estas tendencias habría sido fatal para el porvenir del movimiento revolucionario. Los que pretendían encarnar la política de la Asamblea lucharon contra esas dos desviaciones y propugnaron un frente político que continuase dentro de la línea de aquella: un frente de las mayorías explotadas (esta vez representadas principalmente por sus partidos políticos) bajo la dirección de la clase obrera. Es este requerimiento histórico el que obliga y justifica el nacimiento del Frente Revolucionario Antiimperialista.

Su ideología fue la prolongación consecuente de la Asamblea Popular, pero su estructura organizativa estuvo definida por las nuevas condiciones políticas imperantes en el país. Criatura legítima de un pueblo sojuzgado por la bota militar, no pudo escoger a voluntad el lugar de su nacimiento. Sus primeros pasos fueron los titubeos de la izquierda en el exilio y pagó muy caro el no haber podido vincularse debidamente y desde el primer momento con quienes batallaban en el interior del país por los mismos objetivos que había proclamado a tiempo de venir al mundo.

Los oponentes al FRA no han dicho hasta ahora qué otra táctica se debía haber seguido. ¿El aglutinamiento alrededor de la COB? Esta organización es ya un frente de clases y demostró su inoperabilidad en la lucha clandestina. ¿Formar un frente único del proletariado? Seguramente entre el POR y alguno de los partidos comunistas. Por su programa los partidos stalinistas son inconfundiblemente pequeñoburgueses. ¿Entre el POR y los sindicatos? Las condiciones imperantes no permitían el funcionamiento de tal bloque. El frente puramente proletario habría tenido el defecto capital de abandonar a la mayoría de los explotados a la dirección del nacionalismo pequeño burgués, es decir, que habría levantado deliberadamente un obstáculo insalvable en el camino de la revolución. El frente único proletario no es táctica adecuada para un país atrasado. Para ser fieles a la Asamblea Popular, los que se reclamaban de la revolución estaban obligados a batallar para que esa mayoría explotada se moviese bajo la dirección política del proletariado, que eso fue el FRA, es precio repetirlo.

Algunos "teóricos" europeos, particularmente los empíricos de la OCI, señalaron que el Frente Revolucionario Antiimperialista era repudiable porque importó un colaboracionismo clasista, queriendo dar a entender que el proletariado había abandonado sus objetivos históricos para seguir la línea señalada por la burguesía nacional. Llegaron a esta conclusión no después de analizar los documentos programáticos del FRA, sino partiendo de una deducción principista: allí donde están lado a lado proletarios y sectores de las otras clases sociales hay ya colaboracionismo clasista, abandono de la línea revolucionaria. Si hubieran sido consecuentes deberían haber aplicado este "principio" también a la Asamblea Popular. El origen de esta aberración principista se encuentra en su errónea concepción de la revolución en los países atrasados. Si ésta es realizada por las mayorías nacionales (no únicamente por el asalariado) bajo la dirección del proletariado, debe igualmente ser repudiada, desde el momento en que en su desarrollo se encuentran lado a lado clases sociales diferentes. La clave del problema radica en saber qué clase social arrastra detrás de sí a ese conglomerado. La especie de que en los países atrasados la revolución será hecha únicamente por el proletariado, para lo que esta clase social no sólo debe diferenciarse de las otras (punto de partida para lograr la independencia de clase), sino repudiarlas por reaccionarias, nada tiene que ver con el marxismo y mucho menos con la revolución. "Por otra parte, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque habiendo surgido sobre la base de la gran industria, aspira a despojar a la producción de su carácter capitalista, que la burguesía quiere perpetuar. Pero el "Manifiesto" añade que las "capas medias... se vuelven revolucionarias (o adoptan actitudes revolucionarias) cuando

tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado”.

“Por tanto, desde este punto de vista, es también absurdo decir que frente a la clase obrera no forman (todas las demás clases, según dice el texto íntegro del Programa de Gotha, G.L.) más que una masa reaccionaria”, juntamente con la burguesía y, además -por sí fuera poco- con los señores feudales” (Marx) ³¹.

No está en discusión la tesis de que en Bolivia la protagonista de la revolución será la nación oprimida, sino el problema de saber qué clase social dirigirá a esa mayoría nacional.

El esquematismo a ultranza consideró que el Frente Revolucionario Antiimperialista quería decir limitar la lucha revolucionaria a los objetivos limitadamente antimperialistas, vale decir, a la liberación nacional, o que, obligadamente, se señalaba como finalidad la instauración de un gobierno popular antimperialista, etc., como sostienen los stalinistas y otros demócratas. Si esto fuera evidente importaría considerar el Frente Antiimperialista como una estrategia y no como una medida táctica, que eso es en realidad. La clase obrera debería abandonar sus objetivos estratégicos e inclusive sus reivindicaciones de clase para no molestar a sus aliados burgueses y abandonarse en brazos de éstos, limitándose a actuar como fuerza de choque para que los demócratas materialicen sus aspiraciones. Estas características tuvieron dos frentes antiimperialistas organizados por el stalinismo (en puridad se llamaron ligas antiimperialistas) y que, en los hechos, fueron dirigidos por la burguesía nacional o la pequeña-burguesía. Se precisa una excesiva estrechez mental para reducir todos los frentes antiimperialistas que pueden darse al esquema stalinistas. La experiencia del frente organizado por los revolucionarios bolivianos puso un excesivo cuidado, desde el primer momento, para diferenciarse de los movimientos antiimperialistas internacionales del pasado y debutó agregando a su rótulo el término “revolucionario”, para subrayar que era el proletariado quien dirigía políticamente dicho frente.

Hay que comenzar por distinguir claramente a los frentes antiimperialistas dirigidos por la burguesía nacional y que sirven a la estrategia de esta clase social, en los que el proletariado pierde totalmente su fisonomía y no hace más que apuntalar objetivos que le son extraños y se disuelve como clase en el conglomerado nacional, de los frentes organizados alrededor del programa del proletariado y políticamente dirigido por éste. Estos últimos frentes adoptan como su programa la estrategia de la clase obrera, encaminan a la masa de explotados hacia la dictadura del proletariado, es, en resumen, una táctica de lucha al servicio de la estrategia esencialmente revolucionaria. El frente antiimperialista supone que la clase obrera derrota políticamente a los partidos de las otras clases sociales y les arranca el control de sus bases, es así como se marcha hacia la revolución.

El frente antiimperialista constituye el marco adecuado para que el proletariado pueda convertirse en caudillo nacional y cierre el paso definitivamente al nacionalismo pequeño-burgués. La unidad de la clase, en un país como Bolivia, sólo puede darse dentro de la perspectiva del frente anti imperialista. El frente antiimperialista es una táctica al servicio de la toma del poder por el proletariado y su vigencia se justifica por la necesidad de que esta clase acaudille a la mayoría nacional, que es una de las condiciones para su victoria. Su programa es el programa de la revolución acaudillada por el proletariado, y del cual la liberación nacional es sólo uno de sus aspectos.

Se ha censurado la inclusión de la burguesía nacional dentro del frente antimperialista. Se olvidó que hay que saber diferenciar entre nación opresora y nación oprimida. Allí donde la burguesía nacional existe y entra en fricción con el enemigo foráneo, su inclusión está justificada. En el caso boliviano la argumentación carece de sentido, por la sencilla razón de que una verdadera burguesía industrial está ausente del escenario y dentro del FRA no estaba incluido ni siquiera el MNR, pese a ser un partido pequeño-burgués que se reclama de las posiciones de izquierda.

El Frente Revolucionario Antiimperialista comprendió a toda la gama de la izquierda boliviana, desde las tendencias que en alguna forma entroncaban en el nacionalismo, cuyo ciclo se inicia en 1952, que todavía no ha llegado a su fin y cuyas expresiones derechistas se encarnaron en ese monstruo que fue el gorilismo banzerista, hasta la ultraizquierda. Junto al PRIN estaba VALOR, un desprendimiento por la izquierda del MNR y del silismo, y en cierto momento se tuvo la esperanza de que fracciones disidentes del oficialismo, que formaron tienda aparte, se sumasen al FRA. Esto de que casi todo el espectro de la izquierda estaba dentro del FRA, fenómeno sorprendente por muchos motivos, se les antojó una monstruosidad a algunos

31.- C. Marx, “Crítica del Programa de Gotha”, Buenos Aires, 1957.

críticos "marxistas". Ellos hubieran querido un frente únicamente de revolucionarios químicamente puros, como si en sus países no hubiesen protagonizado alianzas y contubernios del más variado jaez. Someter a los izquierdistas de las posiciones más diversas a la dirección obrera sólo puede darse en condiciones de gran evolución política de las masas, como una imposición de éstas, cosa que se vio con claridad en el caso de la Asamblea Popular. Por otro lado, un frente de este tipo allana el camino de la revolución en lugar de obstruirlo. El MNR -estamos hablando de los independientes y silistas, no del partido de V. Paz- se negó terminantemente a integrarse dentro del FRA porque estaba interesado en vivir la aventura de las alianzas con los conspiradores uniformados. En su seno estaban también las organizaciones nacidas de la múltiples escisiones del tronco marxista, incluyendo a los foquistas. Se podría argumentar que este último aspecto importaba concesiones y la capitulación ante la ultraizquierda, el abandono del programa tradicional. La experiencia y las pugnas habidas dentro y fuera del FRA demuestran todo lo contrario, la ultraizquierda tuvo que someterse, para poder permanecer dentro del frente, a la estrategia del proletariado, este es, entre otros, uno de los grandes méritos de esta organización.

Cuando se habla de los partidos componentes del FRA se percibe de inmediato sus profundas diferencias con la Asamblea Popular. Fue visible y notable la presencia de los grupos esecisionistas del MNR, del Partido Socialista, del ELN y de los militares antigorilas agrupados en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Las FAR constituían síntoma sugerente de la futura escisión del ejército bajo la presión de un proletariado en pleno ascenso revolucionario.

No se exagera cuando se dice que el FRA ya nació en las jornadas de agosto de 1971, esto porque la ultraizquierda, como consecuencia de los reveses sufridos, no pudo menos que convencerse que el aislamiento de las masas conducía indefectiblemente a la derrota. La adhesión del ELN al FRA, y esto desde los primeros momentos, fue un ejemplo aleccionador al respecto. Desde la época de la Asamblea Popular, los marxistas sabían que debían someter a la ultraizquierda al programa del proletariado, esto si no querían ver obstaculizada su lucha por las desviaciones pequeño-burguesas, en el seno del FRA continuaron desarrollando esta línea.

En esta concentración de tendencias diversas el problema de la dirección cobró enorme importancia. La línea política del proletariado quedó patentizada en el seno del FRA en sus documentos constitutivos y en la declaración de que consideraba como su punto de partida -según expresa la resolución- la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana y el antecedente de la Asamblea Popular (así exteriorizó su voluntad de asimilar las enseñanzas de esta experiencia). Claro que no es suficiente la aprobación de un buen programa para estar seguro que un frente no sufrirá oscilaciones y desviaciones hacia la derecha o la ultraizquierda, que no capitulará ante el imperialismo o que no concluirá en golpes aventureros, peligros que pueden aflorar en cualquier momento. El problema se agudizó cuando el PRIN pugnó por abrir las puertas de la organización a toda una gama de tendencias movimientistas, con la intención apenas disimulada de inclinar la correlación de fuerzas en su favor. Si el FRA hubiese caído en manos de una dirección extraña a la clase obrera, como es el nacionalismo pequeño-burgués proclive a someterse al imperialismo, su programa se hubiera visto desvirtuado por la acción diaria contraria a la estrategia revolucionaria. La única forma de garantizarla hegemonía proletaria dentro del FRA consistía en asegurar una dirección política que expresase adecuadamente la estrategia obrera. Las grandes organizaciones de masas, entre ellas las proletarias, fueron incorporadas al FRA, pero este simple hecho no garantizaba la hegemonía de la estrategia proletaria. En las condiciones imperantes después de 1971 se vio obstaculizada la expresión de la voluntad de las masas y las direcciones sindicales de alto nivel no siempre reflejaban esa voluntad, por esto decimos que la simple adhesión no era garantía de predominio político de la clase obrera. La hegemonía numérica de las agrupaciones nacionalistas (expresiones de la pequeña-burguesía radicalizada, muchas veces) en la dirección, habría obligado al FRA a apartarse de la estrategia proletaria. A la discusión teórica siguió la pugna por lograr que las decisiones políticas quedasen en manos de los partidos que en sus programas y en su acción diaria expresaban los intereses históricos de la clase obrera. Los marxistas se esforzaron por encontrar una forma de armonizar la amplitud en materia de nuevas adhesiones, de manera que esté representada toda la izquierda, con la necesidad de que la participación nacionalista y pequeño-burguesa sea minoritaria en la dirección del FRA. La tendencia marxista pagó caro su extrema liberalidad en la materia. Nacionalistas y ultraizquierdistas formaron un solo frente contra ella, de manera que toda nueva adhesión hacía peligrar el propio programa del FRA. En cierto momento las disputas y maniobras alrededor de este punto lo inmovilizaron completamente.

Esa amplia unidad que fue el FRA sorprendió al observador por dos razones: 1) se trataba de un frente de tendencias que se decían revolucionarias, bajo el predominio de los marxistas; nacionalistas y

ultraizquierdistas ni habiendo sido mayoría ocasional lograron modificar el programa frentista, como era su deseo y 2) se dio alrededor de ideas claramente establecidas sobre las finalidades estratégicas y métodos de lucha propios de la clase obrera. Los diversos grupos parecían estar conformes (al decir esto pensamos en el PC pro-Moscú, que en otros niveles ha aparecido como partidario de la evolución pacífica hacia el socialismo, etc.) en aceptar como métodos la acción directa de masas y la lucha armada. Suficiente recordar estos antecedentes para comprender la gran significación histórica del frente.

El FRA, como toda organización de masas (la COB, los sindicatos, etc.), no podía asegurar una política revolucionaria por el solo hecho de existir físicamente o por haber aprobado en cierto momento determinados documentos radicales, esa política podía ser desarrollada únicamente por una dirección que correspondiese a sus declaraciones programáticas iniciales.

Fue notable el método seguido para lograr la materialización del FRA y ciertamente opuesto al hasta entonces empleado en los trabajos frentistas. Generalmente se procedía partiendo del ocultamiento de las diferencias principistas y todo se limitaba a subrayar las circunstanciales coincidencias de objetivos inmediatos. La discusión sobre la estrategia se la consideraba superflua. La experiencia enseña que por este camino no se pudo construir jamás nada importante, todo se redujo a frentes efímeros e intrascendentes, que, a su manera, expresaban la poca evolución política del país, de sus masas, y consiguientemente de sus partidos políticos. Estos frentes, cimentados en las hipócritas declaraciones unitarias, comenzaban por exigir de sus integrantes la renuncia al derecho a la menor crítica y concluían pulverizados no bien se hacían públicas las discrepancias ideológicas y políticas. La defensa intransigente del derecho a la crítica del pensamiento y conducta de los ocasionales aliados es fundamental para los revolucionarios, porque constituye un recurso que les permite educar a las masas, por medio del desenmascaramiento de sus falsas direcciones. Es la crítica la que demostrará oportunamente qué partidos políticos actúan en contra del programa aprobado por el Frente. El partido de la clase obrera -dijeron en su oportunidad los trotskistas- no puede renunciar a su ambición de ganar para su programa, en el caso que nos ocupa el programa del FRA, a la mayoría de la clase y sólo puede hacerlo si demuestra que los otros partidos se quiebran o claudican en la lucha diaria.

El Frente Revolucionario antiimperialista para constituirse escogió un camino diverso: se procedió a la previa y cuidadosa delimitación de posiciones, de las diferencias políticas e ideológicas de los partidos interesados en integrarse en él. Partiendo de esta encarnizada y radical discusión ha sido posible elaborar una estrategia y métodos de lucha únicos que debían aplicarse -así dicen los acuerdos- de manera conjunta. Consciente o inconscientemente se siguió el consejo de Lenin: para unirnos debemos previamente delimitarnos, saber lo que somos y cuáles son nuestras verdaderas divergencias. De esta manera quedó a salvo, por lo menos en principio, la mutua crítica entre las organizaciones que conformaban el FRA. Crítica apasionada que tuvo lugar todos los días, dentro de los organismos del frente y fuera de él. Sin embargo, la aplicación del acuerdo sobre libertad de crítica dentro del FRA no siempre pudo aplicarse de manera normal, organizaciones políticamente débiles no pudieron soportar sus consecuencias y una y otra vez se rebelaron contra lo que ellos mismos habían acordado, hubo intentos de prohibir publicaciones partidistas porque contenían críticas a las ideas y conducta de las otras organizaciones.

Los marxistas incurrieron en un grave error al no haber determinado que para la aceptación de nuevos adherentes al FRA debía previamente constatarse si sus documentos partidistas y su conducta diaria no contrariaban las bases fundamentales del frente, como se lo hizo, por otra parte, en la Asamblea Popular.

Rápidamente se alinearon dos tendencias políticas dentro del FRA. Los trotskistas actuaron junto al Partido Socialista, al MIR de Zabaleta y al PC pro-Moscú. Su finalidad confesa no era otra que cumplir fiel y lealmente los documentos del FRA y su estrategia, que no era, repetimos, más que una continuación de la línea política de la Asamblea Popular. En el polo opuesto se aglutinaron los ultraizquierdistas y algunos sectores del nacionalismo pequeño-burgués, que en todo momento pugnaron por revisar la línea frentista y subordinar el FRA a las maniobras foquistas, aventureras y hasta golpistas. Repitieron la conducta que observaron en la Asamblea Popular. Ante el peligro que se perfilaba en el horizonte por acción de algunos militares golpistas y que decían contar con el respaldo por lo menos de parte del FRA, la fracción proletaria (la llamaremos así porque se guiaba por el apotegma de todo con las masas, nada sin ellas o contra ellas) hizo aprobar un voto resolutivo repudiando todo golpe de Estado, por importar un intento se sustituir la acción de las masas por la osadía de algunos generales o coroneles.

La lucha fraccional dentro del FRA llegó a un punto muerto cuando ambas tendencias lograron contar

casi con igual número de votos en el presidium. La inacción y la esterilidad contrastaron con las grandes acciones de masas que se desarrollaron dentro del país a fines del año 1972 y a principios de 1973. Es dentro de tales circunstancias que el Presidium resuelve disolverse y trasladar la dirección dentro de las fronteras de Bolivia.

En Bolivia el funcionamiento del FRA se vio seriamente obstaculizado por la represión, que se tornó sumamente grave debido a la penetración policial en muchas organizaciones políticas. Sin embargo, en los centros obreros, particularmente en las minas, el sentimiento fraista demostró ser muy poderoso. En las elecciones sindicales de Siglo XX (junio 23 de 1973) postularon dos fórmulas que ostentaban las siguientes siglas: Frente Obrero Revolucionario antiimperialista (ya estuvo presente en las elecciones de 1972 y se impuso por abrumadora mayoría sobre la lista oficialista), conformada por los trotskystas y el Frente Revolucionario Antimperialista Sindical, integrado por stalinistas y prínistas.

El que el FRA no hubiese podido entroncar en la gran movilización de masas fue la causa que impidió su fortalecimiento dentro del país. La disgregación ganó sus filas. Cuando la izquierda se tornó democratizante y pro-burguesa, el FRA fue duramente combatido y quedó prácticamente como una consigna defendida únicamente por los trotskystas.

Cuando Lora publicó su opúsculo titulado "De la Asamblea Popular al golpe fascista", la ultraizquierda y los nacionalistas lanzaron el grito al cielo y dijeron que se trataba nada menos que de una delación, porque revelaba documentos secretos y ponía en serio riesgo la integridad física de la organización y de sus componentes. La furia de los ultras se justificaba. Por primera vez se hacían conocer las bases programáticas y los métodos de lucha (en su fundamentación teórica) adoptados por la organización, lo que demostraba que ultraizquierdistas y nacionalistas habían capitulado en toda la línea frente a la estrategia del proletariado. El deber elemental de los revolucionarios consistía en dar la mayor publicidad posible a estas conclusiones, que por otra parte, podía encontrarse en numerosos libros marxistas. Nos limitamos a reproducir la última parte del mencionado libro.

1. En la carta fundamental de constitución del FRA se lee: "El Frente Revolucionario Antiimperialista se organiza para la toma del poder. El pueblo de Bolivia ha alcanzado un alto nivel de conciencia revolucionaria que lo habilita para la lucha por el socialismo como finalidad política". La Asamblea Popular se definía a sí misma como órgano de poder de las masas y del proletariado, cuyo objetivo central era el de conquistar el poder político y construir el socialismo. Esto demuestra que la Asamblea estratégicamente se proyectó en el FRA.

2. Ni duda cabe que el FRA tenía como objetivo inmediato la lucha contra la dictadura castrense, contrarrevolucionaria y fascista del banzerismo. No se planteó como tarea realizar la oposición por la oposición, actitud que, como enseña la historia trágica de Bolivia, puede concluir coadyuvando los trajines golpistas de las camarillas formadas alrededor del mismo poder, sino que se fijó con meridiana claridad el tipo de gobierno que debía instaurarse como resultado de la victoria de la lucha frentista: un gobierno dirigido por el proletariado, concepción en la que se sintetizaba toda la experiencia anterior de las luchas sociales, asimilación de las lecciones de la Asamblea Popular y que expresaba, en un elevado nivel político, la tendencia fundamental de los explotados hacia la constitución de su propio gobierno y la construcción del socialismo.

En el Frente Revolucionario antiimperialista, de igual manera que en la Asamblea Popular, estaban conjuncionados los partidos de izquierda y las grandes organizaciones de masas (sindicales, campesinas, estudiantiles, populares, etc). Parte de la izquierda boliviana, bajo la influencia del trotskysmo, que tuvo el acierto de sacar las debidas conclusiones políticas del palpitante desarrollo de los acontecimientos, asimiló debidamente la certidumbre de que la revolución social será hecha por las masas y por nadie más. El proletariado concluye convirtiéndose en caudillo de la nación subvertida, que lucha y se unifica buscando romper los lazos de sujeción que le atan al imperialismo. Sería absurdo, por no decir utópico, plantear la posibilidad de una revolución puramente proletaria o socialista, en la que la clase obrera pueda darse el lujo de marchar sola contra la mayoría nacional.

Los partidos políticos frentistas estaban interesados en actuar con referencia a amplios sectores de las masas, actividad que supone lucha interpartidista, pues sólo mediante ella podía imponerse la línea política del FRA.

3. La izquierda boliviana se ha dividido y subdividido en numerosas oportunidades alrededor de disputas y divergencias sobre los métodos de lucha a emplearse en el proceso revolucionario, discusión que lleva implícita la concepción partidista acerca de la mecánica de clases, en la que se manifiesta una de las particularidades del país.

En Bolivia, las tendencias políticas que sostienen la posibilidad del tránsito pacífico del capitalismo al socialismo no han tenido el suficiente valor para formular su tesis en forma franca y sistemática, hecho que debe atribuirse a la poderosa presión sobre ellas de un país radicalizado en extremo. Lo que hacen es tratar de desvirtuar o atenuar los métodos que parten de la acción directa de masas. Después de 1977, la izquierda derechizada se ha tornado parlamentarista a ultranza.

La discusión se centró alrededor del foquismo, que en cierto momento pretendió presentarse como sustituto del partido político de la clase obrera y que luego siguió una azarosa línea de búsqueda de contacto con el pueblo (los populistas prefieren utilizar éste término, olvidando que el "pueblo" está escindido en clases sociales), y de la lucha insurreccional del proletariado convertido en caudillo nacional. Estas posiciones se presentaron, a cierta altura del debate, como irreductibles en su oposición, lo que correspondía exactamente a la realidad. La disputa teórica, por sí sola, no tenía posibilidades de obligar a los foquistas recalcitrantes a modificar sus posiciones y a someterse a la dirección de la clase revolucionaria, lo que es diferente al reconocimiento lírico de la hegemonía política del proletariado en el proceso de la transformación revolucionaria. El choque de las concepciones foquistas con la terca realidad y los catastróficos descalabros que ha motivado, han obligado a su tácita revisión y han forzado a buscar afanosamente la forma de plasmar un movimiento en alguna forma referido a las masas. Las influencias de los Tupamaros del Uruguay y del ERP de la Argentina han tenido importancia en este aspecto.

La gran madurez política del proceso revolucionario boliviano (madurez de las masas y no precisamente de sus expresiones políticas) se mide por el hecho de que la izquierda concentrada en el FRA logró formular un planteamiento unitario sobre los métodos a emplearse en la revolución. Esta unidad fue una de las grandes virtudes del Frente (añadiremos que también constituye la mayor de las victorias logradas por el trotskismo sobre las tendencias ultraizquierdistas), porque permite dedicarse cuidados y pacientemente a los trabajos preparatorios de la insurrección, de la movilización de las masas, sin correr el riesgo de un aborto del proceso o de reducirlo a la postración en medio de la inoperancia. Nunca será suficiente recalcar el hecho de que la extrema izquierda se ha sometido, por instantes a regañadientes y casi siempre pensando realizar una artera maniobra, a los métodos propios de la revolución proletaria, Bien pronto se confirmaron estas sospechas, los foquistas se dedicaron a preparar por su cuenta sus empresas aventureras y fueron sorprendidos, una y otra vez, en medio camino. En las discusiones dentro del FRA, la ultraizquierda quería que el frente quedase totalmente sometido a la comandancia militar, para así tener carta blanca para sus aventuras.

En uno de los documentos básicos del FRA se sostiene:

"El Frente Revolucionario antiimperialista establece que la lucha revolucionaria en Bolivia no descarta ningún método, por el contrario, reconoce la validez de todos. Sin embargo deja establecido que no sitúa a todos ellos en el mismo nivel, y declara que la preeminencia de uno sobre los otros, dependerá del condicionamiento político en cada fase de la lucha insurreccional, debiendo ser todos, y en todo tiempo, los que son propios de la revolución proletaria, en cuya base se encuentran la movilización de las masas y la acción directa, que puede adquirir formas diversas según el momento político, desde las manifestaciones y huelgas hasta las diversas modalidades de la lucha armada". Aunque esta declaración descarta, por su meridiana claridad, toda posibilidad de aventura foquista, la ultraizquierda no quiso comprender que las acciones armadas y el armamento de los grandes sectores de explotados, y no únicamente de las minorías terroristas, debían marchar de acuerdo con la movilización de las masas. El propio problema del armamento, presentado como insoluble por muchos izquierdistas, está en relación con la presión que ejercita el ascenso revolucionario sobre el ejército, de la capacidad que tenga de escisionarlo internamente o de hacerle perder su capacidad de fuego.

Es la dirección política del proceso revolucionario por el proletariado la que determina que las formas de lucha devengan expresiones de los métodos propios de la revolución proletaria. Para el FRA la lucha armada tiene que ser, necesariamente, una manifestación concreta de la lucha de las masas. Todo lo anterior puede resumirse en la siguiente fórmula, que venía siendo repetida por el POR desde antes de agosto de 1971, todo con las masas, nada sin ellas o contra ellas. La lucha armada adquiere trascendencia

en la medida en que se convierte en una actividad propia de los explotados, entonces puede llegar a ser experiencia de la clase y contribuir a la evolución de la conciencia del proletariado. La experiencia vivida en los últimos años y la discusión habida alrededor de la validez del foquismo y del terrorismo urbano, nos llevan al convencimiento de que el error básico de los grupos ultraizquierdistas radicó en que, de manera natural y obligada, concluyeron moviéndose como organismos extraños a las masas, aunque declararon su voluntad de aproximarse a ellas y se movieron de manera paralela a los sindicatos.

La subordinación de las diversas organizaciones a los métodos del FRA fue expresamente establecida: "Cada una de las organizaciones que componen el FRA debe actuar de acuerdo a un plan político-militar colectivamente elaborado. El incumplimiento de este plan así como las actuaciones o decisiones que contraríen esta forma de trabajo revolucionario y unitario, que tengan carácter sectario, fraccional o divisionista, deben ser enérgicamente repudiados".

La acción directa de masas adquiere las formas más diversas y una o algunas de ellas pueden alcanzar vigencia en determinadas condiciones políticas, relegando a un segundo plano a las otras. El FRA, por ejemplo, no desconoce ni rechaza por principio las acciones comando o la guerra de guerrillas, cuando éstas con expresiones de la lucha de las masas, pero las subordina a las necesidades creadas por un determinado momento político, que está definido, básicamente, por la actitud que asumen las masas y por las modificaciones que se operan en su conciencia. Es esta realidad la que determina la vigencia o no de determinado método de lucha. No se trata simplemente de un cambio de la situación política, sino de que las masas sólo han madurado para utilizar eficazmente un determinado método de lucha. Las fuerzas revolucionarias se ven ante la necesidad de sobre montar en su lucha determinados obstáculos y la respuesta que dan a este requerimiento (necesidad histórica) no es otra cosa que la adopción de un determinado método de lucha ya existente o la creación de otro nuevo.

4. El FRA constituye un frente de partidos políticos que, indiscutiblemente, son una minoría inclusive con referencia a la minoritaria clase obrera. Este comando minoritario tiene la misión de poner en pie de combate y dirigir hacia la victoria a las masas, lo que sólo puede lograr si realmente se insume y sigue las tortuosas vicisitudes de la lucha de clases. Constituye una preocupación insoslayable el soldar a la vanguardia con el grueso de la clase. Los primeros trabajos del FRA estuvieron destinados a movilizar a las masas, partiendo del descontento que existía frente a la inconducta gubernamental, de la sorda resistencia al gorilismo.

El FRA señaló que la tarea inmediata consistía en unir, coordinar y elevar políticamente los brotes de descontento, la lucha por las garantías democráticas, lucha que debía proyectar a las masas hacia la toma del poder. El objetivo inmediato era poner en pie de combate a las masas, en ese momento dispersas, en cierta medida, e imprimir un carácter político a su movilización. Esto sólo se podía lograr si cotidianamente se seguía, paso a paso, la línea marcada por el desarrollo de la lucha de clases. Los obreros viven y se movilizan cada instante alrededor de pequeños objetivos.

Las consignas lanzadas debían cumplir la función de servir de puente que permitiese a las masas movilizarse hacia el poder (o mejor, de aproximarse cada día más y más hacia ese objetivo), partiendo de sus necesidades inmediatas. La defensa de las garantías democráticas, del fuero sindical, de las conquistas sociales más elementales, de la vigencia de la Constitución, de las riquezas e intereses nacionales, etc., adquirieron enorme importancia revolucionaria después de agosto de 1971. La experiencia directa vivida por las masas, por muy pequeña que hubiese sido, contribuyó a su madurez política, en mayor medida que la difusión de los principios y consignas abstractas del socialismo. Marx tenía razón cuando sostenía que "cada paso del movimiento real vale más que una docena de programas". Los bolivianos aprendieron y maduraron más, por ejemplo, participando en las jornadas de fines de 1972, que con la lectura de los periódicos y folletos que publicaron los izquierdistas, si es que publicaron.

Es errónea y absurda la tesis en sentido de que las organizaciones obreras no estuvieron presentes en el Frente Revolucionario Antiimperialista. Lo que ocurrió fue que en esta nueva etapa la expresión de los intereses históricos del proletariado se dio más adecuadamente a través de los partidos y la actuación sindical quedó muy limitada. La Tesis Política de la COB señala la línea maestra en sentido de ser indispensable la formación de un frente antiimperialista para lograr la liberación nacional, táctica que podría ayudar a superar la debilidad del factor subjetivo de la revolución, es decir, que el FRA podría permitir el fortalecimiento del partido revolucionario de los obreros. Cumpliendo este mandato, connotados dirigentes laborales creyeron de su deber impulsar la formación del FRA y redactar sus

documentos básicos. Muchos de los dirigentes de los partidos políticos que se reclaman del proletariado son, al mismo tiempo, sindicalistas. Por su tradición y por sus ideas, ninguno de los dirigentes obreros que protagonizaron el nacimiento del FRA, ni los partidos marxistas, sobretodo después de la experiencia de la Asamblea Popular, podían aceptar el marginamiento de la clase obrera de la nueva organización, que buscaba llevara las masas a aplastar al fascismo.

Los trotskystas manifestaron que su concepción del frente antiimperialista partía de las resoluciones del IV Congreso (1922) de la Internacional comunista al respecto.

En el mes de junio de 1973, tres organizaciones del FRA (de nueve que la componían) concluyeron un acuerdo político con el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNR), timoneado por Hernán Siles Zuazo. Esas tres organizaciones eran el PRIN, el Partido Comunista de Bolivia M-L (pro Pekín) y el Partido Comunista de Bolivia (pro-Moscú). Este nuevo frente político no adoptó una denominación capaz de identificarlo y se limitó a lanzar un "Llamamiento al pueblo boliviano"³².

Se trató de una actitud francamente contraria al FRA, no sólo porque le opuso un otro frente político, constituido para tomar el poder, sino porque propugnó objetivos que estaban en franca discrepancia con la línea trazada por aquel.

El señor Siles Zuazo, que se movió durante bastante tiempo para lograr este pacto político, creyó de su deber hacer constar por escrito que "El MNR no fue consultado ni forma parte del FRA". La verdad es que la incorporación del MNRI al Frente Antiimperialista fue objetada en cierta medida, muchos partidos expresaron que no era una organización revolucionaria y el FRA no tenía por qué cargar con el peso muerto de la herencia movimientista.

En un acápite del documento se lee: "Los partidos que suscriben este llamamiento, a tiempo de ratificar su independencia ideológica, política y orgánica, dejan constancia de que el mismo, no afecta acuerdos bilaterales y multilaterales como el FRA y otro tipo de contactos, propios de la naturaleza de las relaciones políticas". Los tres partidos izquierdistas que hemos indicado aparecieron, por propia decisión, militando en dos frentes políticos contrapuestos. Muchos políticos han sacado ventaja, por lo menos en el pasado, de su habilidad de correr siempre en dos caballos, lo que les permitió trabajar efectivamente para la derecha y tener bien cubierto su flanco izquierdo. No puede menos que sorprender, por ejemplo, que el señor Lechín hubiese visitado, sin inmutarse y como si se tratase de la cosa más natural, tanto la isla de Formosa como la China de Mao. En el caso que tratamos el problema no se redujo a que dichos partidos no distinguían el rojo del amarillo o del negro, sino que llegaron al convencimiento de que los postulados del FRA, resultaban de muy difícil realización y que debían ser considerados como hechos para un futuro lejano. Esto quiere decir que llegaron a la conclusión de que el FRA no era viable, por lo menos por ese entonces, y por eso escogieron otro campo de acción. Se subraya que el nuevo pacto fue materializado en un plano realista al fijar los objetivos y la necesidad de lograr "un gran entendimiento nacional de las fuerzas democráticas, populares y revolucionarias".

Se buscaba un frente sin fronteras claramente delimitadas y a este propósito respondió la deliberada vaguedad de los enunciados. A dicho frente podían ingresar todos los que se reclamasen de la democracia o que ocasionalmente se opusiesen a determinadas medidas gubernamentales. Era manifiesta la apertura hacia los partidos de la oposición derechista, se buscaba reeditar la tristísima y vergonzosa experiencia del Frente Democrático Antifascista (creado para derrocar a Villarroel-MNR del poder y que no fue otra cosa que el contubernio de los progenitores de los dos Partidos Comunistas con la rosca). El Partido Demócrata Cristiano de Benjamín Miguel, el PRA, el PURS, el Partido Liberal, cuya adhesión a los principios democráticos nadie puede discutir, tenían abiertas las puertas para sellar su alianza con Lechín, Siles y los partidos comunistas. En este juego lo único novedoso era la presencia en el contubernio del nacionalismo movimientista, representado por el derechista Siles.

Los "marxistas" de los partidos comunista comenzaron por olvidarse de la lucha de clases y de indicar qué rol jugaría en todo esto la clase obrera. Hablaron del pueblo en abstracto.

Uno de los objetivos del flamante frente era nada menos que defender "la seguridad e integridad del territorio patrio". También esto repetían los gorilas. ¿Defender de quién? La respuesta no se encontraba en el texto y el olvido era muy grave. La amenaza contra Bolivia y la realidad de su opresión es debida al imperialismo norteamericano. Ni una palabra al respecto de parte de los "marxistas".

32.- "Llamamiento al pueblo boliviano", en A.B. (publicación del PC-ML), junio de 1973.

La estrategia de estos "demócratas" quedó al descubierto cuando dijeron que buscaban "el establecimiento de un gobierno democrático y nacional" para una finalidad modestísima: la plena vigencia de las libertades y derechos hoy avasallados". El FRA propugnó un gobierno timoneado por la clase obrera para abrir la perspectiva del socialismo. El nuevo frente dio un giro acentuado hacia la derecha y buscaba un gobierno de corte burgués democrático y nacional y que se limitase a otorgar garantías democráticas.

La plataforma que plantearon contenía medidas limitadamente reformistas y de corte democrático.

¿Qué buscaba con todo esto, que es inexplicable después de la aparición del FRA? Nada más que estructurar el apoyo civil de algún golpe castrense, timoneado por algún jefe "demócrata" a la peruana. Este era el fondo del problema. Hacía tiempo que el MNRI andaba metido en tales trajines golpistas, luego el PRIN y los partidos comunistas se prestaron a respaldarle en su aventura. Estos partidos olvidaron que el FRA se pronunció de manera concreta contra el golpismo moviéndose a espaldas de las masas.

Durante el gran desplazamiento de las masas hacia el polo burgués (1977-1978) los izquierdistas y los democratizantes se lanzaron a organizar frentes políticos amplísimos, dentro de la política burguesa, con la finalidad expresa de atrapar a las masas en las redes democratizantes. La UDP y la Alianza-MNR pueden ser consideradas como formas frentistas totalmente opuestas al FRA. El que participasen en ellas algunos de los protagonistas del Frente Revolucionario Antiimperialista fue consecuencia de un profundo cambio político operado en el país.